

C·A·R·A·C·A·S

Tomo 1



para · principiantes



Marlon Zambrano

Erika Farías Peña

Alcaldesa de Caracas

María Isabella Godoy

Presidenta de Fundarte y del Gabinete de Cultura CCS

Mercedes Chacín

Presidenta de la Comunicación Popular CCS

Ciudad CCS

Mercedes Chacín

Directora

Roberto Malaver

Asesor editorial

Teresa Ovalles

Jefa de redacción

Tatum Gois

Coordinadora de redes sociales y proyectos multimedia CCS

Librería Digital CCS

Tatun Gois

Diseño de portada y diagramación

Wilfredo Rojas

Corrector

PRESENTACIÓN

Si usted es miembro de eso que mientan la Humanidad y quiere saber lo que está ocurriendo de verdad en Caracas debe consultar obligatoriamente este libro de crónicas. Caracas para Principiantes es un recorrido por la capital de la República Bolivariana de Venezuela con la mirada del periodista, escritor y poeta, Marlon Zambrano, quien ve a la ciudad como un ser vivo del que no se despegará jamás porque es imposible despegarse de las propias entrañas. Son 33 “crónicas selfies”, publicadas originalmente en la revista Épale CCS, desde donde Marlon cuenta a la ciudad y se cuenta a sí mismo. La mejor manera de echar cuentos. Estas crónicas caraqueñas hacen de Marlon Zambrano un auténtico cronista urbano, el imprescindible cronista de los tiempos que corren.

Mercedes Chacín





Fotografía: Enrique Hernández

Pasaje Linares



Índice

1.- CARACAS EN DEFENSA PROPIA	9
2.- DE PETARE LAS BOMBÓN	12
3.- REPOSTADOS DE AMALIVACA	19
4.- LA CULPA FUE DE OZUNA	21
5.- BARBERÍA+KARAOKE+MUSEO+BAR	26
6.- LOS PERFUMES DE CATIA	30
7.- BUCEAR	35
8.- LOS AMANTES DE LA DIEGO IBARRA	37
9.- CARACAS POLVO A POLVO	41
10.- EL REY DEL BOLLO	48

Índice

11.- SI NO LO CONSIGUES, ESTÁ EN QUINTA CRESPO	50
12.- DE EL CEMENTERIO, LOS VIVOS CON SUS MUERTOS	56
13.- LAS SOPITAS DE JAVI	63
14.- VIENTRE DE PONCHE CREMA	66
15.- DE LA PASTORA EL TANGO	68
16.- DESTROYER PARTY Vs APOCALIPSIS SOUND	74
17.- BEBER ENCAPILLADO	79
18.- LOS MORRALITOS DEL METRO	82
19.- MARCIANOS EN FUERTE TIUNA	84
20.- DE TURUMO LA CHAMPETA	89
21.- LOS MANTELEROS DEL CENTRO	92

Índice

22.- LA MEMORIA DEL PAISAJE	97
23.- YARISOL DE LA ANDRÉS BELLO	99
24.- ARDERÁS EN LAS PAILAS DE EL JUNQUITO	101
25.- MAMBO EN LA ASUNCIÓN	105
26.- SANGUEO POR LA PAZ	107
27.- LEBRANCHE EN IOS MANOLOS	112
28.- UNA ESTATUA PARA CANTINFLAS	115
29.- UNA ROCKOLA EN LA CONCORDIA	118
30.- UNA PORNO Y UNA FLOR	123
31.- DE LAS COSTAS DEL VARGAS EL SUSTO	127
32.- UNA PANDILLA DE EXORCISTAS SANTIGUANDO LA CIUDAD	134
33.- HACIA HIGUEROTE, COCODRILOS	140

Caracas, en defensa propia

A Caracas que la dejen como está. Planificarla, como han hecho varias generaciones obsesionadas, quizás signifique un cambio irreversible hacia una ciudad imposible, que termine “mejorando” solo en las discusiones de barra, en las tertulias de intelectuales, en las quejas de las comadres.

*...Los planos de la
nueva ciudad deben
dibujarlos los carajitos.
Sus montañas ocras,
ristras de pajaritos
amarillos, casitas
colgadas en el aire
bordeadas por
araguaneyes azules
y autopistas que se
dirigen al cielo...*

Caracas es lo que es. ¿Acaso es imposible que nuestro orden sea el caos? ¿Que los proyectos de desarrollo, esos que pasan por “reinventar la ciudad” para “superar sus males estructurales” sean los responsables de nuestra versión de la raza cósmica de Vasconcelos? ¿No es probable que la autorregulación de nuestro ecosistema urbano esté hurdido indefectiblemente por la colita de la Fajardo, los misterios insondables de los estacionamientos del Sambil, la muchedumbre achantada en la redoma de Petare?

Marco Polo le contaba cuentos chinos a Kublai Jan para ganarse sus favores; así le describió ciudades donde todo era posible entre lo fantástico y lo exótico. Caracas podría ser una de esas ciudades o mejor aún, alguna de las ciudades invisibles de Calvino, donde se suman muchas cosas menos un plan estructurado: recuerdos, deseos, palabras.

Caracas debería zafarse de una vez por todas de la razón, o mejor dicho, asumir que la sinrazón es su destino. Así, podríamos su-

perar el permanente inventario de frustraciones que nos impusieron el pensamiento ilustrado y su hijo avenida, el positivismo, para darle paso a la era de las sensaciones donde el camino al progreso sea dirigido por los poetas y los niños, en guerra permanente contra la nostalgia, si no ¿cómo se construye al hombre nuevo?

Nos llamaron flojos, salvajes, desorganizados, y aún lo creemos. José Domingo Díaz se licenció en filosofía en la Universidad de Caracas a finales del XVIII para venir a acusarnos de ser el centro de todos los males. Gil Fortoul, Vallencia Lanz y hasta Rómulo Gallegos lo atajaron en los primeros innings del siglo XX para rematarnos con citas de Letourneau y Speneer y hacernos sentir culpables de ser llaneros iletrados e inestables, gauchos sin Martín Fierro y tapatíos sin Sor Juana.

En los días en que ya no hay imaginarios colectivos sino en los perfiles del Facebook, Caracas podría tejerse en el vaivén de los andenes del Metro y sus 495 millones de usuarios al año, colectivismo alegre y respondón que nos ilustra la idea del socialismo del siglo XXI mejor que cualquiera de los tratados intratables: 495 millones de alientos, de ansiedades y enamoramientos súbitos, una coreografía contigua que consagra el roce de los cuerpos y glorifica el acuerdo tácito del pueblo que necesita la solidaridad y los pactos casuales para no atascarse en las escaleras.

Los planos de la nueva ciudad deben dibujarlos los carajitos.

...En los días en que ya no hay imaginarios colectivos sino en los perfiles del Facebook, Caracas podría tejerse en el vaivén de los andenes del Metro y sus 495 millones de usuarios al año...

Sus montañas ocres, ristas de pajaritos amarillos, casitas colgadas en el aire bordeadas por araguaneyes azules y autopistas que se dirigen al cielo, deben constituir el dogma de los despachos de arquitectos e ingenieros, bajo las órdenes insobornables de un consorcio de muchachitos menores de 6 años que saben a rajatabla donde va cada cosa en el universo.

¿No se quejó Bernardo Núñez del destino del pájaro Taramayna expulsado hacia las cumbres del Waraira Repano debido al estertor del fuego de Fajardo diezmando a los caracas? ¿No se asqueaba Picón Salas del muestrario caótico de fachadas de todo el mundo en dos cuerdas de la capital de la República? ¿No aseguraba Aquiles Nazoa que la nueva Caracas iba surgiendo como una ciudad improvisada, hecha para satisfacer pequeños caprichos y ambiciones?

Caracas, la ciudad negociada, la que surgió de la depredación, la especulación y el pillaje, tiene el derecho sagrado de que la “desplanifiquen” los gestos espontáneos de sus gentes, que todo vuelva al principio evocador de la palabra cuando primero era el verbo y el verbo era con Dios, y el desconcierto apocalíptico de los días iniciales vertebró el nombre de las cosas, sus olores, sus sabores, sus formas y le dio paso al mundo nuevo.



De Petare las bombón

Me hizo sufrir como todas a las que he amado. Me lanzó en la fosa desesperante del olvido. Me llevó al extremo del ruego. Se burló de mí para luego tratarme con esa dulzura de melcocha derretida. La cosa empezó seis días antes, cuando a través de un mensaje de texto, la intercepté por las veredas virtuales:

-Hola Galvis, soy Marlon, periodista.

Te quiero entrevistar.

-Claro bebé, ¿cuándo?

Mi respuesta fue “paso hoy en la tardecita, dime dónde te ubico”. Pero al parecer el mensaje nunca llegó, o ella no lo quiso responder, y así empezó el peor de mis calvarios. Esa tarde me lancé orondo, creyendo en la posibilidad infantil de que la hallaría esperando por mí. Pregunté por ella apenas salí escupido por las escaleras del Metro hacia ese gueto maravilloso y hostil que es Petare, donde los sortilegios cotidianos triplican el realismo mágico que García Márquez descubrió en Macondo. Todos sabían

de ella, pero nadie me daba una dirección precisa. La llamé y nada que respondía, los mensajes se quedaban en el tintero o rebotando en el eco sordo de mi aullido desesperado. En medio del casco colonial grité su nombre de loba esquiva, hasta que en la calle Miranda me tropecé con esa fortaleza de la memoria que es la bodega

...Llegó un momento en que sentí que Galvis y la pauta entera se me escurrían entre los dedos. Me detuve a almorzar en una “vende y paga” con las birras a un precio caritativo...

La Minita, donde me entretuve interpretando junto a su dueño, el señor Francisco, los escabrosos designios del extravío.

Seguí buscando. Pregunté en Francis, Yura, New York, La Gitana, salones con cierta alcurnia, pero en todas me daban pistas falsas, rutas imposibles o destinos resbaladizos, hasta que llegué a un tugurio sin nombre ni rótulo ni nada reconocible que no fuera un grupo de peluqueras jugando banco.

-Buenas: señoras, ¿dónde ubico a Galvis?

-¿Gladys? Noooo mijo, ella se fue ya para Ecuador.

-No, no. Galvis, La Galvis.

-¿Un marico? ¡Ay!, no sé mi amor.

Llegó un momento en que sentí que Galvis y la pauta entera se me escurrían entre los dedos. Me detuve a almorzar en una “vende y paga” con las birras a un precio caritativo. Su encargado, Búfalo, me entretuvo un buen rato hablándome de las bondades de su celular y esgrimió un estudio comparativo de todos los sistemas móviles que han pasado por sus manos, hasta que el carajo me sacó de mi introspección cuando me recomendó que ni loco exhibiera mi teléfono en la calle, que me guardara los lentes oscuros y me sujetara muy bien el koala que hasta esa hora llevaba trenzado en mi pecho. “¿Tengo pinta de malandro?”, le pregunté con una sonrisita idiota torciéndome los cachetes. “No, pana, de paraco colombiano”. ¡Bicho!, me asusté.

Entendí mejor las reticencias implacables frente a mi búsqueda de una dirección en Petare. Con cara de monje franciscano, que es la que más me sienta, toqué el vidrio templado que como una pecera gigante resguardaba otra unisex sin nombre, de donde surgió detrás de una cortina de humo espeso y dulzón, un negro de ojos rayados.

El olor inconfundible a yerba envolvió su respuesta: “Sí chico, búscala en la calle La Línea, bajando por Baloa”.

La reconocí al instante por su tupida cabellera platinada. Ya la conocía del cortometraje de 2013 “Yo soy yo”, de los chamos de la agencia creativa Guatafoc, que retrata el mundo laboral de las peluqueras transexuales de Petare.

Detrás de otra puerta de vidrio, en el local de uno de los callejones más barrocos de la Caracas del siglo XXI, estaba ella embutida en una falda de licra blanca a punto de estallar. “Hola, yo soy Marlon”. “Hola, yo La Galvis, pero hoy no te puedo atender, papi, estoy full”.

Martes

El Prieto, uno de los raperos más rotundos de la ciudad, lo llama Barrio de Pakistán, pero no sé si se queda corto. Petare es, finalmente, la amalgama de todos los mitos de la urbe postmoderna: el barrio más grande de América Latina, epicentro de la

rumba al compás de la changa, del baile erótico con la champeta, colonia colombiana, haitiana y ecuatoriana, reducto de una tribu urbana estigmatizada por su acento barrial denominada “tuki”, un continuum sin fin que se abre paso a través de Fila de Mariches hacia Guarenas, territorio de lo conocido y lo desconocido.

El censo poblacional de 2011 dice que la habitan casi medio millón de almas, pero todos sabemos que eso es imposible. En sus recodos,

...Con cara de monje franciscano, que es la que más me sienta, toqué el vidrio templado que como una pecera gigante resguardaba otra unisex sin nombre, de donde surgió detrás de una cortina de humo espeso....

a donde no llega ni gobierno ni ley y las normas se establecen por los mismos pactos milenarios que permitieron a las tribus compartir las primeras hogueras, sus moradores se multiplican con nuevas necesidades y alianzas, y crecen por millones.

Desde la avenida principal de La Urbina o entrando por la Francisco de Miranda, Petare se abre como una cayena florecida con sus pétalos de rojo sedoso. La gente, con su vitalidad proletaria, desborda las calles y se instala a convivir en las aceras destrozadas o sorteando el pavimento agujereado. No hay esquina virgen ni misterio indescifrable: una mujer baña a su niña en una ponchera plástica sobre las aguas negras que rebosan las alcantarillas, justo al lado de otra que vende limones del tamaño de patillas. Una negra hermética apila torres delicadas de plátanos maduros y hace pirámides de fresas. Un juego malabar mantiene firme un rosario de huevos que se venden a precios inauditos. Se ofertan relojes de utilería, zapatos de las marcas más reconocidas, ramas para conseguir marido o contra el estreñimiento, artesanía rococó, platería de hojalata, pañales regulados, champú, leche, pollo, pescado, café, todo lo que difícilmente puede hallarse en la ciudad formal, hasta ese oscuro objeto del deseo llamado papel toalé.

En medio del reino de la ilegalidad, resulta gracioso cuando un policía municipal desaloja a un pobre vendedor de “quemaitos”, mientras a su lado una muchacha de pelo teñido exhibía la harina de las arepas, a un costo demencial.

Las motos tienen un reino particular y sus jinetes cabalgan imponiendo su propia ley. Ese día le armaron una tranca vehicular al alcalde por el estado de las calles y la basura, ante la mirada imperturbable de policías y guardias que dejaban gobernar a su antojo a esos justicieros del asfalto, artesanos del caos. Ella no quiso aparecer.

Miércoles

Allí, donde confluyen los caminos y se acrisolan los olvidados, donde se mezcla la furia con el ajetreo citadino, en esa periferia suburbana que encierra en su perímetro la densidad del alma del pueblo que existe al margen de lo creíble. Donde se toman los yises a El Carmen, Maca y Barrio Unión. Donde quizás tuvieron vértice la ruta de la seda y el camino de los españoles, se extiende con holgura la rugosa piel del barrio. Estás en La Línea, que no es más que un callejón de sueños rotos donde mana la vida con la intensidad de las primeras veces. Por allí se entra y se sale a pie o en moto. De sus fachadas costrosas florecen peluquerías, bares, almacenes de chatarra, clínicas dentales. Tiene un aire bohemio y ofensivo a la vez, que le confieren un extraño atractivo.

“Son muy caprichosas -me confirma Leidy, peluquera y encargada- y muy celosas. Una me desgració el pelo una vez, la desgraciada, porque cuando salimos a rumbear los tipos me caían más a mí que soy mujer, y ellas molestas”. Es una morena desenvuelta de 32 años, cinco hijos y la belleza de una adolescente impulsiva. A su rol administrativo le imprime un toque de ternura cuando habla de las muchachas. “Yo les digo maricos, locas, perras. Ellas se ríen porque son más jodedoras que todo el mundo -advierte-. Hasta orinan agachadas, no sé dónde se meten la manguera -se ríe a carcajadas-. Pero siempre las defiendo, yo no me calo mariqueras

...Ya lo daba todo por perdido. Mientras me preparaba para un fracaso estrepitoso, me puse a inventar las palabras que expresan el destino de estas infortunadas princesas: excluidas, renegadas, maltratadas...

de nadie y sé que a ellas les duele cuando la gente las rechaza”. En la espera me instalo un rato con Jesús, el dueño del botiquín del frente, un dominicano con 42 años en Venezuela que no ha perdido su acento perico ripiao y ha sobrevivido a dos acontecimientos que no dejaron ileso a nadie: el ciclón David que asoló a su San Cristóbal natal (a 28 kilómetros de Santo Domingo) y a los saqueos del año ‘89 en Caracas. No le importa compartir la calle con “ellas”, mientras vivan y dejen vivir. Se pone a la orden para cuando me quiera tomar unas frías y jugar dominó en La Línea: “Aquí está el Niño Jesús, pa’ lo que salga”. Tampoco llegó.

Jueves

Ya lo daba todo por perdido. Mientras me preparaba para un fracaso estrepitoso, me puse a inventar las palabras que expresan el destino de estas infortunadas princesas: excluidas, renegadas, maltratadas, pero una alegría pueril se adueñó de mí cuando vi a tres gacelas brincar sigilosas por entre el frigorífico Elí Carnes y la cola para Maca. Eran ellas, empujadas por La Galvis como una capitana del pink power.

“Papi, es que hemos estado muy full, sacando papeles”, me soltó como si curara las heridas de un perrito faldero, mientras se apoltronaba a la entrada de la peluquería Will Lory, un cubículo de no más de tres metros cuadrados que ahora es su reino y que habían decorado con hilachas de bolsas negras y calaveras danzantes en la víspera de Halloween. Leidy, Galvis, Johana, Brainer y La Gorda Shantal me hicieron un círculo de boquitas pintadas y respondieron, con soltura mimosa, todas las interrogantes que había saboreado por una semana y que ahora casi me salían desde el ahogo. Al fondo, una fila de muchachos esperando ansiosos su turno para

un corte, peinado, lavado o tinte.

Me juraron que la fidelidad no existe, que el amor es un acuerdo entre las partes, que son así desde que tienen memoria, la crisis del país no ha afectado el negocio, que tienen pene hasta pa' regalar y no les importa el qué dirán, porque tienen familias amorosas que entendieron el camino que decidieron labrar con mucho esfuerzo y resistencia. Pero las imagino regresando a casa, al final de la jornada, como gatas en celo que huyen sobre los tejados de zinc, ronroneándole a la noche petareña y su luna perlada, llevando auestas las penas del desamor y la fobia machista, con el garbo errante con que se han defendido desde el día en que confundieron los carritos de sus hermanos con muñecas roñosas.

Nacidas niñas pero forradas en traje viril, les confieso que no sé cómo llamarlas. Responden, casi a coro: "¡Que nos llamen Las Bombón!".



Recostados de Amalivaca

Caracas, cualquier cosa: el caos, la lluvia, el temblor, el Waraira, los motorizados, la chamba, Altamira, el Metro, Catia, mamá, el cielo, el infierno, tú. Tercera columna de izquierda a derecha, frente al mural de Amalivaca de César Rengifo en las catacumbas del Centro Simón Bolívar, 10:30 pm. Tu aliento a Ventarrón, embriagador y ardiente, y tu mano sacudiendo mi pecho con sed de venganza y dos lagrimones prendados que no se dejaron derribar por la sacudida, exigiendo la prueba más trucada del amor, que es la entrega.

...¡Ámame!”, creo que me reclamaste frente a la mirada atónita de las indias tamanaco mientras el celaje de un indigente nos ladeó amenazante, cuando te anunciaba mis temores...

“¡Ámame!”, creo que me reclamaste frente a la mirada atónita de las indias tamanaco mientras el celaje de un indigente nos ladeó amenazante, cuando te anunciaba mis temores a esa hora conjurada para el amor y la puñalada, en la ciudad más peligrosa y alegre del mundo. “Cómo no vas a querer a una jeva nacida en la Clínica Metropolitana que te suplica, a ti, compromiso”. Yo ya era chavista y tú lo sufrías, y aquello, en realidad, no era más que otro episodio descarnado de la histórica lucha de clases. “Dame un beso,

pero olvídate...”, dije agónico en tono de telenovela de las 9 de la noche cuando ya se acercaba, belicoso, un celador en forma de buque destructor a nuestro encuentro.

Tus ojos sombríos brillaron como los fuegos de la conquista y disparaste un juramento ecuménico que, desde entonces, escucho desde distintos frentes de guerra: “Chavista de mieeeeeerda”. Antes de salir disparado, tras un sermón del tombo, me dio tiempo de anunciarte un mea culpa que, probablemente, te supo a sopa boba: “¿Qué vas a esperar de un carajo que nació en la Panamérica, una clínica a media cuadra de la Plaza Sucre en Catia?”, y logré huir internándome en los pasillos que dan a la iglesia Santa Teresa, donde reinan las putas más feas y solitarias de todo el planeta.



La culpa fue de Ozuna

Cuando apareció, desafiante como una pantera en celos, arisca y devoradora a la vez, me vino a la mente Ozuna. No William Osuna, el poeta que le canta al Güaire, a quien admiro y tantas veces he intentado parafrasear para pasar por bardo delante de las muchachas enamoradizas, sino Ozuna el reguetonero.

Empezó a tintinear, como un golpe sordo, el tempo que deja fluir alguna canción que nunca me he detenido a escuchar pero que siempre está allí, en mis momentos de reposo y de ocio, en el autobús Guatire-Caracas, deambulando por el Centro, ladeando los parques, en una emisora de radio y en la otra, en la publicidad de Youtube.

Ella atravesó el nivel feria del centro comercial en pos de mi encuentro, mientras rugía como telón de fondo esa línea de El Farsante: “bebéeeee... Si todavía me amas como antes / Ya nada me parece interesante / Yo sé que en el amor soy un farsante / Yo sin ti no vuelvo a enamorarme, bebéeeee”.

Me abrazó como quien se encuentra por casualidad a la comadre. Yo la esperaba más efusiva, pero recordé que toda jornada caraqueña se adereza con alguna larga cola o una falla del Metro. Justifiqué su tibieza.

...Ella atravesó el nivel feria del centro comercial en pos de mi encuentro, mientras rugía como telón de fondo esa línea de El Farsante: “bebéeeee...”

Días antes me había advertido que solo un besito o dos, no más, pues su corazón pertenecía a otro. Tronó, no sé desde donde, otro vez Ozuna: “Bebé, yo te boté y te boté / Te di banda y te solté / Pal carajo te mandé / Y de mi vida te saqué, oh oh”.

La tarde brilló gloriosa mientras los ocres del sol iban labrando las sombras de las cosas detenidas, hasta que sorpresivamente suplicó, sin que nadie esperara semejante proclama en mitad de un helado de 250 soberanos, que por favor, me dedicara a ella esa noche, hasta el amanecer. Ozuna chilló: “Criminal, cri-criminal / Tu estilo, tu flow, baby, muy criminal”.

Aunque acepté ipso facto, un ruido seco frenó a mis espaldas. Era mi cartera, que advertía, por si no lo notaba a conciencia, que tenía compromisos de pago frente a dos tarjetas de crédito, apenas me agarraba con chinchas a la de débito y el Bono Independencia se resistía a salir del monedero digital. Sin desperdiciar el sentido del misterio, la dejé seguir con su fascinación de veinteañera que descubre el mundo a través de mis experimentados cantos de sirena, mientras temblaba cada vez con más ímpetu: uno, porque sentía frío, y dos, porque se acercaba la hora y... ¿con qué plata iba a pagar yo, en mitad de la quincena, un cuarto de hotel a la altura de esa gata?

Un golpe de fortuna ladeó la nave a mi favor: otro anuncio que nadie esperaba brotó de sus pecaminosos labios cuando advirtió -voltea para acá- que por dinero no me preocupara, que ella pagaba.

...Un golpe de fortuna ladeó la nave a mi favor: otro anuncio que nadie esperaba brotó de sus pecaminosos labios (...) Solo dos veces en mi vida he presenciado la prueba irrevocable de la existencia de Dios. Esta fue una....

Solo dos veces en mi vida he presenciado la prueba irrevocable de la existencia de Dios. Esta fue una.

Expulsados del Edén

A decir verdad soy inexperto y timorato, apenas auxiliado por una buena estrella que muy de vez en cuando me sonrío. Escarnecido por la delincuencia desatada, pero con la esperanza boba de resolver el asunto carnal en la primera avanzada, nos lanzamos inocentes a hurgar los hoteles de la Casanova a las 8 de la noche, como quien busca agua para la sed, hostias frente al pecado, logística después de la marcha, a hurtadillas por si acaso, hasta que pasó en moto un viejo conocido (periodista para más angustias) que me dejó una estela de paja humeante: “Ese Marlooonnn”.

Yo iba tomado a ella de una mano y con la otra sujetaba en racimo una garrafa de jugo, 100 gramos de mortadela de pollo y unos panes que me vendieron por encargo en el trabajo, porque la noche auspiciosa anunciaba truenos y marejadilla.

¡De verdad me alegra tanto ser de este siglo y estar en este lugar del planeta!

Tirar es asunto serio y las trincheras del placer de esa zona de la ciudad lo asumen con celo. Nada bajaba de los 2.500.000 de los fuertes y casi todo -para nuestra sorpresa- estaba lleno, por lo que agotados de tanto andar, pero con las ganas a flor de piel, decidimos recomponer la estrategia y largarnos para un sitio que conozco como la palma de mi mano: el centro de la ciudad.

El Metro, cosa rara, estaba hasta las trancas, sin aire y con retraso, lo que convirtió la espera en un suplicio y me hizo hundirme en la desesperación y en ella desató un asma bestial que se agudizó con el olor a miao esquinero del andén abarrotado de partisanos de la noche.

Finalmente se abrió, como una rosa percutida, la estación Teatros,

por donde nos colamos sudados, con el aliento cansado, el apetito malherido y los deseos punzantes, mientras Ozuna apareció de nuevo desde algún resquicio en la intersección salvaje entre las avenidas Lecuna y Baralt: “Me enamoró y ahora me ignora / me dijo que estaba sola / le llamo la insaciable / que en la cama me devora / hasta la mente me controla más de 24 horas / no sabes lo que te espera / hay sorpresas en la caja de Pandora / na na, na na na na”.

Si a eso se le puede llamar hotel, desembocamos frente a la entrada de algo que dibujaba al fondo un mostrador malevo, media estrella devorada por el deterioro, su jorobado de Notre Dame y su Cruella de Vil, uno cobrando y la otra sonriendo con la mueca fría de la maldad: “No tenemos agua, señor”. “No importa, diles que sí”, cantó mi inocente acompañante al borde de una angina. “Tampoco tenemos toallas”. “¡Qué importa!”, jadeó apenas mi niña. “A cada rato se va la luz”. “Nos da igual”, rezongó la mía ya sin aire. “Ah, no hay punto... pero pueden ir a pagar al frente: 280 nada más”.

Como ascendiendo al Gólgota, trepamos una escalera en espiral que nos llevó a un laberinto de baldosas manchadas y puertas entreabiertas, hasta que vimos -como nos indicó Alberto, el de la recepción- el cuarto de los cigarros detallados y el de los heladitos de teta, frente al de la muchacha con los dos carajitos. Justo al lado, la habitación sin número que nos prometía nuestro particular parnaso. Ingresamos a tientas. Ella sofocada por el asma y yo semierecto

...“No tenemos agua, señor”. “No importa, diles que sí”, cantó mi inocente acompañante al borde de una angina. “Tampoco tenemos toallas”. “¡Qué importa!”, jadeó apenas mi niña. “A cada rato se va la luz”. “Nos da igual”, rezongó la mía ya sin aire...

burlamos ese arco del triunfo patético para intentar darle rienda suelta a la pasión. La vecina tenía la radio bajita, de donde brotaba, de nuevo, el negrito ojos claros: “Baby, tú quieres acción / todas tus amigas saben mi reputación / dicen que le meto violento / bien duro a la penetración / también dicen que soy pequeño / pero tengo un bicho cabrón”.

Por suerte, cuando cayeron las primeras cucarachas del cielo raso, la chama ni se inmutó en medio de los zarpazos de inhalador que se metía con desesperación de adicta. La rata que rasguñó mis pies en la madrugada no se enteró de su cuerpo perfecto, entumecido y curvado para mitigar el jadeo asfixiado. Mis labios, avisados desde temprano de que esa noche tendrían fiesta, se preparaban para ofrecer respiración boca a boca hasta que por fin, el amanecer nos expulsó de aquel silencioso purgatorio casi como dos malditos que reciben el castigo de los dioses.

Ozuna, desde una camioneta atestada en la Baralt, no pudo ser más burlón: “Hasta amanecer / quédate conmigo mujer / tranquila que él no lo va a saber / tú tienes lo que yo ando buscando / te quiero tener...”.



Barbería + karaoke + museo + bar

26

La virilidad del copete inmóvil. Las patillas decididas y alargadas como un caminito de espigas. El degradado que arranca desde la depresión concéntrica del cráneo hasta languidecer a pie del mentón. La barba seccionada en busca de la mejor proporción áurea. La raya de lado. Aquí no hay gorrita, magrey, sayayín ni extensiones. ¿Tinte fucsia? ¿Qué es eso? Tampoco hay fashion ni mamicas ni bombón.

“Barbería pa’ puro caballero”, puntualiza César Colmenares con su marcado acento gocho. Regenta desde hace 25 años El Refugio (durante medio siglo Barbería Córdoba), de Maturín a Abanico, paralelo a la Urdaneta, cerca del Templo Masónico de la parroquia Altagracia.

De repente, pero no al azar, llegan Harry y Moisés, cada uno con una birra en la mano, huyendo de la rutina epiléptica del ministerio para encontrarse con la noticia de ese viernes en la tarde: 3×3 España y Portugal. Rueda

el Mundial y César lo sabe, y lo celebra. Guindó en la techumbre de su establecimiento ristras de banderines de cada país, como una telaraña barroca. No es algo atípico.

Su barbería, clásica como las de antes, no es solo un pasillo ancho de espejos relucientes con cuatro sillones comprimidos de memoria. Es también un museo profusamente ornamentado, que destila a

...“Barbería pa’ puro caballero”, puntualiza César Colmenares con su marcado acento gocho. Regenta desde hace 25 años El Refugio (durante medio siglo Barbería Córdoba), de Maturín a Abanico, paralelo a la Urdaneta...

través de sus paredes la memoria forzada de eso que algunos llaman La Venezuela de Antier. Allí se han afeitado ministros, panas del barrio, gente seria que se balancea en la costumbre y hasta ese personaje mitológico que ya es instrumento de una novísima tradición: Hugo Chávez en persona, recién salido de presidio, cuando montó una oficinita en la esquina de Abanico.

César, coleccionista impenitente, cuenta que va por los pueblos observando lo viejo, admirando el pasado: “Siempre me gustaron las antigüedades, cosas de la época, para recordar los momentos sagrados de los abuelos”.

Entre latas de cervezas y refrescos, sombreros charros, rolos de policía, conchas y cachos, botas de vino, cascos de guerra y gorras de beisbol, carritos plásticos, teléfonos inútiles y pósteres, lo que menos importa son los mechones regados, arrancados de las testas de los clientes que se muestran ansiosos, menos por lo que está pasando que por lo que está a punto de pasar.

Harold Rojas echa tijeras, César también. Harold repara máquinas de afeitar en una esquina, César atiende el teléfono. La clientela entra y sale con la facilidad de la tranza, pero en la medida en que avanza la tarde -sobre todo los jueves, viernes y sábados- se comprime la atmósfera, se detiene el aliento, y como parte de un encantamiento profano, todo cobra sentido por lo fantástico de la ciudad y sus prodigios.

Llegan los morochos. Primero uno, dicen que el morocho malo, y después el otro, el bueno, con tres hembras dispuestas a la guerra: son Sharlott, Soé y Susej (“Como Jesús, pero al revés”, me aclara con su boquita prensada de rojo carmesí); y todos y todas, bajo el influjo aleatorio de la felicidad explosiva del caraqueño, arman la fiesta.

el despeluque

“Estando contigo me olvido de todo y de mí. / Parece que todo lo tengo teniéndote a ti. / Y no siento este mal que me agobia y que llevo conmigo, / arruinando esta vida que tengo y no puedo vivir-ir-iiiiiiii”, gime César quien emerge, micrófono en mano, desde un portón solapado y debajo de un sombrero pelo ‘e guama que le queda gigante. Esta vez, por mala suerte, no lleva el mandil que levanta para exhibir un pene descomunal de plástico con el que persigue a la clientela más díscola.

Es oriundo de San Cristóbal, Táchira, tiene 62 años de edad y es padre de tres hijos, dos de ellos periodistas de los buenos. Teoriza sobre la felicidad sencilla: “Aquí la pasamos en familia y entre amigos, depinga, felices todos, cantando y jodiendo”. Cualquiera se suma, si entra en confianza e ingresa a esa selecta logia de clientes-panas.

Las niñas cantan desafiando los registros agudos. “Aló, ¿me escuchan? Si, si...”, enfatiza Sharlott como si probara sonido en la sala Ríos Reyna del Teatro Teresa Carreño. Se lanza en bajada sobre “La viuda millonaria” de Santiago Rojas, siguiendo la letra que dibuja el monitor desde una esquina apiñada. Las demás le disputan el micrófono para los coros.

Llega la mamá de los morochos, pero nadie se enseria. Es una matrona espesa de belleza ancestral y cabello metalizado que impone sensatez. Al contrario, la sientan en los banquitos de espera, en medio de la gradería, mientras observa a sus niños coquetear con las tres beldades, de no más de 20 años, que lucen más empeñadas

...Aquí la pasamos en familia y entre amigos, depinga, felices todos, cantando y jodiendo”. Cualquiera se suma, si entra en confianza e ingresa a esa selecta logia de clientes-panas...

en cantar y tirar besitos que en acumular pretendientes. No logro descubrir de dónde salen las cervezas, pero clientes, barberos y relacionados se intercambian birras como barajitas del álbum Panini, mientras hacen su entrada, cada quien en su turno, Ana Gabriel, Danny Rivera, Chayanne, Juan Gabriel, Lavoe y Maelo.

A ciencia cierta, tampoco es posible precisar, a las 7 de la noche, si los tipos salieron bien afeitados o no de El Refugio, donde se hacen cortes y se suministra masaje capilar. Lo que sí es fácil establecer, por pura comprobación empírica, es que salieron más felices.



Los Perfumes de Catia

Amar a Catia es algo que me supera. Un sentimiento primitivo que me atrapa, desde que salgo de la estación del Metro de Pérez Bonalde y ajusto el bolso sobre mi pecho como medida de seguridad, hasta que me intentan embaucar los bachequeros ofreciéndome dos de lentejas por uno de azúcar, con esa habilidad soberbia de expertos en la tranza.

Amo a Catia. Creo que por ese olor a orines de los eternos borrachitos de la plaza, mezclado con las especias que se desbordan desde el mercado municipal, con sus perfumes a cilantro, ajos, verdolaga, margaritas, cúrcuma, laurel, parchita, comino, yerbabuena. Amo a Catia con sus malandros, sus desconocidos, sus isleños, su gente haciendo la cola para comprar el pan. Las muchachas que te venden el alma, los muchachos que te la compran, sus mujeres de belleza inaudita andando sobre los boquetes de la niebla que se disipa. Sus cronistas de arrabal, sus abuelas sentimentales, música de Felipe Pirela y Daniel Santos. Todo comprimido en un arrebató.

...Los gatos lo saben: el mercado es un recinto custodiado por los felinos que deambulan misteriosos, no solo por donde van quedando vísceras esparcidas, sino por cualquier resquicio desmigajado de paredes agrietadas y pisos cortidos...

Olfatear como derecho

Quizás el maleficio de la hiperinflación nos impida participar en el antiguo festín de la compra compulsiva, pero no puede evitar que rebusquemos en la memoria gustativa los aromas más distantes, de

cuando la abuela María, una andina menuda y melindrosa, nos paseaba por los puertos del bulevar como barcos a la deriva mecidos por la felicidad infinita de la infancia.

Así fueron nuestras correrías, y las de José Vera, heredero de uno de los negocios que abrió sus puertas el 15 de diciembre de 1951, cuando se instaló el mercado Periférico de Catia para descongestionar al antiguo surtidor de víveres de San Jacinto, que abastecía a la ciudad de pocas cuadas. Es, además, un cronista oficioso nacido en 1953 pero con los recuerdos prístinos de sus 7 años, cuando despertó maravillado al oficio de carretillero frente a esa infinitud de apenas 19 locales que comenzaron a proveer de alimentos al oeste caraqueño. Con sus 65 años, no solo regenta El Rey de la Voladora -donde aún mezcla jugos con ojo de ganado, remolacha y otras hierbas- sino que se pasea curtido por los olores que describen una especie de cartografía sensorial: nos señala la zona de las hortalizas donde huele a verde, la del ganado que apesta a sangre, la de pescado con sus tufos obvios, la charcutería que aflora fragancias embutidas, las flores con olor a Galipán, el café con la esencia primordial de Venezuela. Los gatos lo saben: el mercado es un recinto custodiado por los felinos que deambulan misteriosos, no solo por donde van quedando vísceras esparcidas, sino por cualquier resquicio desmigajado de paredes agrietadas y pisos curtidos por donde puedan meter el hocico para estirar sus siete vidas. Los sifrinos también lo saben: un fenómeno emergente es la presencia de compradores que provienen del este de la capital, la zona económicamente más pudiente, quienes comienzan por descubrir mejores precios para, finalmente, hallar un universo paralelo, lleno de milagros. Como explica Samuel Velásquez, director del mercado, las estadísticas no fallan: al menos 60% de los usuarios de la proveeduría no pertenecen a la parroquia Sucre. Se ha monitoreado, nos cuenta, la presencia de compradores que vienen de Caurimare, Santa Fe, Los Palos Grandes, Altamira,

pero también de algunas alejadas poblaciones mirandinas y hasta de La Guaira.

A lo mejor tiene que ver con que el registro de delincuencia dentro de las instalaciones no supera el 1%. Las autoridades trabajan a través de una sala de monitoreo y control y están permanentemente supervisando los depósitos y los concesionarios, haciendo cumplir a rajatabla la norma de exhibir con habladores visibles los precios sugeridos en bolívares actuales y bolívar soberano, así como la fecha de colocación del producto.

“Pero tampoco te puedes apendejear”, ataja Pedro Delgado, un narrador fundamental de la historia catiense: “Si te descuidas y dejas tu bolsa mal parada, de pronto, desaparece”.

Los jueves, día en el que se hace la renovación de casi toda la mercancía, entra un promedio de entre 13 y 14 toneladas de alimentos proteínicos, víveres, aseo personal, etc., que rápidamente se tranzas entre los más de 400.000 habitantes de la parroquia, sus alrededores y más allá.

...“Si te descuidas y dejas tu bolsa mal parada, de pronto, desaparece”.

Los jueves, día en el que se hace la renovación de casi toda la mercancía...

Fragancia de café

Había personajes entrañables y tenebrosos. Cuentan que entre los imprescindibles estaba el policía Veneno, quien, según Pedro, sometía a los carretilleros y azotaba a los carajitos realengos. Una poblada lo quiso linchar a la caída de Pérez Jiménez pero, finalmente, le perdonaron la vida. El revés de la moneda era El Ratón, un bandolero de Lomas de Propatria que mantenía fugado a los comerciantes y que, como delincuente jus-

ticiero, terminó enrolando las filas de la corte malandra. Lo mataron a plomo en una rueda de policías estresados.

“El kilo de verdura era a bolívar. Y todo freeeesco” rememora Pedro, a quien seduce el olor a café. En su recuerdo más entrañable señala el pasillo al fondo del ala este, donde se instalaban los molinos que dejaban escurrir el aroma más penetrante de todos aquellos parajes de trapicheo constante.

En Los Magallanes de Catia estaban las tostadoras más famosas de la capital, y en el mercado se distribuían las marcas Santo Domingo, San Antonio, Primor, Santa Ana, Fama de América, El Peñón, El Negrito, Universal Minerva, etc.

Hoy sobreviven el olor y los restos de una trituradora con las muelas vencidas en el puesto Inversiones Gabriela's Cofees. Eusebio Varela, su propietario, se apiada de nosotros y enciende la máquina que, en medio de un gruñido asfixiado, sirve para triturar un cuarto del mejor café, cuyo olor, como un hechizo, atrae mágicamente a la gente que se acerca sospechando que aún oler es gratis.

“Aquí no había puertas ni santamarías, y esto que tú ves aquí son los estantes originales del año 51”, cuenta Carlos Espinoza, hijo de fundador, cuyo local identificado con la numeración 108-109 mantiene esa estampa de bodega patrimonial, cuando también nacieron los mercados de La Pastora, Quinta Crespo y Guaicaipuro en el mapa de la ciudad opulenta, que crecía al compás de la bonanza petrolera.

*..Hoy sobreviven el
olor y los restos de
una trituradora con
las muelas vencidas
en el puesto
Inversiones Gabriela's
Cofees...*

Bálsamo de palopatí

Entre sus diez extensos pasillos, tras escudriñar de entre los 260 puestos que alberga hoy el inmenso coso de fachada solariega, decretado Monumento Histórico Nacional en el año 1994, se encuentra que también hay alimento para el alma.

Lo testifica Lizbeth Gómez después de rezarle la culebrilla a una abuela, quien se retira adolorida pero sonriente de su pintoresco cuchitril que, como un pesebre barroco, está adornado de los ramajes más misteriosos para convocar la fuerza de los espíritus.

Para brindar por el cumpleaños de un curioso nos ofrece un brebaje reconstituyente con 21 ramas, raíces y conchas como chuchuguasa, jengibre, ñame salvaje, cúrcuma, yuquilla, zarzaparrilla, guásimo, venamí...

“¿Y venteamor?” le pregunta el visitante con media sonrisa pícara trezada en su rostro. “Y palopatí”, le responde ella con la velocidad del humor sencillo, con olor catiense.



Bucear

La ciudad se hizo para mirar. Una galería permanentemente abierta por donde lo bello y lo feo circulan frente a la observación de millones de ojos que se reparten, sin restricciones, el paisaje. La observación que mide, escudriña, envidia, desea, abierta o disimuladamente. La que tiene la misión de calcular tendencias y

caracterizar, en un arqueo permanente que no encuentra paz ni sosiego en su empeño empírico.

Así se justifica el ejercicio científico de mirar culos en Caracas. Es, a la par de sublime, una misión ingrata que en algunos casos puede devenir en respuesta desaprobatoria e incluso un bofetón. Por ello, miles de observadores en fase experimental callan lo que ven o apenas esbozan asombro, que comparten tímidamente con otros eruditos pero que, a la larga, se ven coartados para promocionar sus hallazgos.

No existe, que yo sepa, un dietario de culos de Caracas, una edición ilustra-

da, una enciclopedia. Apenas ciertas leyendas urbanas que refieren un anecdotario poco riguroso: que si los culos de Sabana Grande son rápidos y furiosos, que si los del Centro oficinescos, que si los de Altamira rezuman garbo. Suele decirse que los culos del barrio son monzones voluminosos, regando desparpajo aleatorio en su movedido andar. Dicen que el culo de urbanización tiene un estilismo mestizo, fruto de la mezcla de nacionalidades, y por eso anda

...Así se justifica el ejercicio científico de mirar culos en Caracas. Es, a la par de sublime, una misión ingrata que en algunos casos puede devenir en respuesta desaprobatoria e incluso un bofetón...

desclasado exhibiendo sus méritos con orgullo cosmopolita. La falta de comprensión ante tan delicada tarea de la racionalidad ha impedido elaborar con claridad las tablas comprobatorias que permitan dilucidar si es cierto, o no, que los culos de Caracas son los mejores del mundo.

Para quienes hemos tenido la oportunidad de aplicar el método científico en su aspecto más elemental, es decir, la comparación in situ, no dudamos en afirmar que sí. Hay en nuestra modalidad de culo una proporcionalidad infinita y una curvatura desafiante, que pocos relieves corporales femeninos pueden igualar.

Quien suscribe, tímido a ultranza pero amante de la experticia metodológica, tiene nivel de postgrado en materia de observación. Asumimos este reto con responsabilidad y ética, entendiendo que a nuestra edad lo más recomendable es sentarse a ver antes que intentar seducir, lo cual, además, contaminaría el objeto de estudio. Afirmamos, con soberbia de maestro y sensibilidad de rapsoda, que el culo caraqueño es un poema y, por tanto, debe declararse patrimonio de la ciudad y, ¿por qué no?, sugerirle a Benito Irady someterlo a debate para su posible elevación a Patrimonio de la Humanidad.

Por tanto, al acto de mirar (bucear, pues, esa palabreja tan despectiva) hay que empezar a considerarlo avance de la ciencia y una de las bellas artes, y cuando venga un pendejo a tratar de descalificarnos que si porque Caracas es la ciudad más fea y violenta del planeta, responderles, con orgullo patrio, que los nuestros son los culos más hermosos del universo entero.



Los amantes de la Diego Ibarra

Enrique Antonio Miranda Ramírez -Kike para sus más cercanos- también es conocido como el hijo del patrón, el caporal, el Duque del Hong Chang y “Maravilla Miranda” cuando fue boxeador en Lídice y completó el inconfesable récord de 25 peleas, todas perdidas por nocaut.

*...A las puertas de
sus setenta veranos,
poeta no agremiado,
insaciablemente
arisco, con dos
libros publicados en
fotocopiadoras y
rebautizados una y otra
vez en las tascas del
Centro...*

Tiene, para quien no lo sabe, que es la mayoría, el extraño privilegio de ser el único hombre que puede contradecir la célebre sentencia de que el tren solo pasa una vez en la vida. Él dice que lo vio pasar dos veces, y las dos veces lo tomó para llegar a la próxima estación. A las puertas de sus setenta veranos, poeta no agremiado, insaciablemente arisco, con dos libros publicados en fotocopiadoras y rebautizados una y otra vez en las tascas del Centro en una orgía interminable de ceremonias tan felices como inútiles, se autodefine como un latero del amor, alguien que ha pasado por la vida recogiendo afectos con la parsimonia de un taxi-

dermista, y así ha podido construir una épica romántica más llena de sobresaltos excitados que de compromisos duraderos.

De sombra en sombra, como un Quijote, fue convirtiéndose en un romántico en lance: de los que buscan en cada recodo de la ciudad a su Diosa Coronada, como Florentino Ariza. De esas batallas, más de una vez ha salido indemne de puro milagro frente a los inminentes peligros de los maridos celosos, las posiciones indecorosas y los

coitos furtivos y sin protección en el filo de la penumbra. Según Arístides Rojas, Caracas fue casi un convento durante la Colonia, donde la jerarquía eclesiástica intentó imponer la beatitud en medio de la oscurana pueblerina que reinó en estos parajes. Desde el primer obispo, don Rodrigo de Bastidas, hasta don Diego Antonio Diez Madroñero, todos aspiraban superar los peajes al Cielo con una actitud penitente que les llevó a desterrar la alegría: desde la abolición de los antiguos bailes del zapa, la murranga y el dengue, hasta los juegos de carnaval, que intentaron sustituir por el rezo del rosario “en procesiones vespertinas durante los tres días de la fiesta carnavalesca”, describió en sus crónicas.

Primer tren

“¿Es que 300 años de calma no bastan?”, parece que se preguntó Kike, como el Libertador, un día entrando a un laberinto de atajos salpicados de una algarabía inusual. Iba persiguiendo un culo, cuenta él, de esos que tienen la forma perfecta de la felicidad y que han desarrollado, en tierra venezolana, los contornos más vertiginosos y tentadores de que tenga memoria la humanidad, desde los días en que Da Vinci bosquejó la fórmula universal de la belleza con su hombre de Vitruvio. La mujer desapareció por entre los apiñados escondrijos de los tarantines a su alrededor, y he aquí que el tren pasó mascullando una letanía libidinosa, como de jadeo al borde del orgasmo, y del interior de un rancho anclado en todo el medio del centro de la ciudad, una rubia recalcitrante pataleaba a través de la pantalla de un

...un día entrando a un laberinto de atajos salpicados de una algarabía inusual. Iba persiguiendo un culo, cuenta él, de esos que tienen la forma perfecta de la felicidad y que han desarrollado, en tierra venezolana...

televisor a punto de estallar en una burbuja de espasmos delirantes: en ese momento, Kike se enamoró de verdad, por primera vez. Era, ¿cómo decirlo?, una golosina lechosa con cabellos de miel chorreando sobre sus espaldas, y una capacidad ficticia para contornear su cuerpo como una trapecista ciega, llena de orificios, gracia y arrebatado, capaz de desterrar hacia la locura a sus ocasionales amantes bien en pareja, en trío u orgía, hetero, bi, homo, interracial o zoofílica. Celeste para los fans del porno, se llamaba Lynda Acton, según su historia oficial, a quien quiso en silencio y por quien cada viernes a eso de las 3 de la tarde, después de cobrar la semana en un oficio irrelevante, se internaba en ese abigarrado barranco criminal que durante 16 años llamamos Saigón, sobre las ruinas de la plaza Diego Ibarra, a comprar sus estrenos en DVD: *The Dinner Party 5*, *The Dinner Party 6* y la insuperable *Borderline (Orgía final)*, que fue a entrever y luego comprar por 25 bolos de los de antes, con un ramo de astromelias blancas, un saco de mezclilla y tres gotitas de Pino Silvestre por oreja, para alegrar las tardes de prolongado ardor. Ciertamente la oferta era casi infinita: en nuestra versión caribeña de la ciudad de Vietnam del Sur, se podían hallar pornstars al gusto, con exhibición pública y gratuita en televisores particulares, por pasillos asimétricos que se enredaban en sus cruces y desembocaban en más pasillos con ofertas de videojuegos piratas, quemaitos, programas y equipos de computación de factoría proscrita, merenderos, mataderos, ropa de moda de imitación, solo en la capa superficial, pues habría que indagar arqueológicamente para saber qué se podía agenciar en sus catacumbas.

Segundo tren

Un mal día, dice la leyenda y Kike asienta con nostalgia, Chávez vio aquel berenjenal desde la oficina de la Presidencia del Consejo Nacional Electoral (CNE) y ordenó al para entonces alcalde Freddy Bernal disolver aquella picaresca que desapareció como un suspiro

en la noche, desvaneciéndose también su nido afectivo, su lugar de encuentro, sus tardes celestes que se disolvieron bajo la fuerza centrípeta de los adelantos tecnológicos y la pornografía 2.0, que echó en el olvido las copias de pasta.

El 5 de julio de 2011 y con una inversión superior a los 175 millones de bolívares, la Alcaldía de Caracas y el Gobierno de Distrito Capital entregaron completamente remozada la plaza, coincidiendo con la conmemoración del Bicentenario de la Independencia de Venezuela. La ocasión se zanjó con un concierto de Dudamel y el Sistema de Orquestas que montó en tarima a, por lo menos, 1 millón de músicos, que no cabían en la plaza habilitada para 5 mil personas. Desde la fuente central, que ahora exhibe una escultura llamada La aguja, del artista plástico venezolano Luis Alfredo Ramírez, Kike quemó las naves en torno a una violoncelista de la segunda fila, por lo menos 40 años menor, a quien divisó como a una tigresa platina-da que sometía con furia su armatoste.

Él dice que ella le devolvió la mirada y hasta se sonrojó, y que tras aquel episodio se encendió en él de nuevo la chispa de la locura inacabada del amor. Dice, y esto me parece absolutamente improbable, que tras aquel lance de caballero errante volvió a las andadas y que -no me consta- hoy corretea a su muchacha sobre las ruinas de Saigón gritándole, como el loquito de Cinema Paradiso: “La plaza es mía, la plaza es mía, la plaza es mía...”.



Caracas polvo a polvo

Yahí estaba yo, con mi careta artificial de cronista audaz, escoltado por un culo de tamaño extrafamiliar, de redondez casi perfecta y sin trucos de silicona, y unas tetas turgentes como peces boqueando bajo una red de nailon de bisutería, mientras mi pánico a perder la línea de la conversación me mantenía,

forzosamente, hundidos los ojos sobre mi libreta anotando, convincentemente, las confesiones de mis putas poco tristes.

“¿Qué hice yo para merecer esto?”, me preguntaba ansioso al tiempo que escribía algunas confidencias fantásticas, hasta que Sandra llegó saludando como una Miss Venezuela de pacotilla, lanzando besos a estribor con esos labios desechos por los sorbos de la lujuria que cuatro o cinco desconocidos habrían arrendado en el transcurso de la mañana. Serían unos cuantos billetes, supongo, si no fue que se tranzó por el anal o el beso negro, que aún temo no saber exactamente en

qué parte de la anatomía humana se estampan, pero que merecen un plus de muchos bolívares adicionales.

Eran las 11 de la mañana y ya había despachado tres polvetes que ni enriquecen ni empobrecen, pero ayudan a llevar leche a casa y un kilo de arroz y uno de pasta, como mucho.

¿Que no representan al hombre y a la mujer nuevos? Eso está claro: son miles de años de tradición vedada por la “liga de la decencia”,

...Eran las 11 de la mañana y ya había despachado tres polvetes que ni enriquecen ni empobrecen, pero ayudan a llevar leche a casa y un kilo de arroz y uno de pasta, como mucho...

pero que han servido a las grandes causas del mito y la leyenda, la armonía y el consenso, la reconciliación y el desmadre. Si hasta la Magdalena, “la más señora de todas las putas, la más puta de todas las señoras”, según Sabina, nunca le cobró al Redentor.

Dos gotitas de Nina Ricci

“Esto simplemente es un trabajo... así hay que entenderlo”, dice Ashley terminando de masticar un sándwich en el aire, mientras improvisamos una rueda de prensa en medio de un salón en penumbras tapizado de espejos, sobre una mesa que sirve de comedor, despacho y consultorio. La del culo desapareció y me dejó en garantía al Chino, el carajo que hace los mandados con devoción de Jorobado de Notre Dame, recogiendo los cobres para comprar café para todas, menos para mí. ¡Sería el colmo!: además de que ingresé sin ser invitado, pretendía tomar café a costillas de orgasmos ajenos. No hay derecho. Aunque no era por exceso de calor, había más piel que ropa. Se trataba, en resumen, de un amasijo de tetas de hierro, un carnaval de piernas prietas, nalgas poderosas e intachables y cuerpos torneados por el aceite del uso que danzaban solitarios -o en grupitos inconexos- en un cortejo desprovisto de plumajes, con bikinis de un solo cordel, tacones ciclópeos y caricias al azar, que igual paseaban sobre las espaldas de un obrero como de un cajero de banco, de un liceísta primerizo o de un abuelito alejado de la cola de la pensión, quienes

...Se trataba, en resumen, de un amasijo de tetas de hierro, un carnaval de piernas prietas, nalgas poderosas e intachables y cuerpos torneados por el aceite del uso que danzaban solitarios....

entraban medio desafiantes, medio asustados, con la mirada aferrada a las baldosas, apurando el paso hacia los cubículos que fungen de nido de amor, donde las sábanas revueltas atestiguan que ahí se han perpetrado las batallas de la pasión desde temprano.

“¿Vienen más chavistas o escuálidos?”, me atrevo a preguntar.

“¡¿Quééééé! No mijo, aquí se viene a una sola cosa”, dice Vanessa, cuyas caderas infantiles, transparentes, detrás de dos gotitas de Nina

Ricci, me recuerdan por qué me enamoré la primera vez.

Se trabaja todos los días y a todas horas, según la agenda de los instintos. La crisis no ha hecho mella sobre el viejo oficio en la Caracas del siglo XXI. Los locales se abarrotan, los estudios deben dosificar las citas, las calles y avenidas se pueblan de novatas recién llegadas del interior con un mapa esotérico de las rutas del deseo y de veteranas apoltronadas sobre el susurro de la jubilación, mientras se adiestran especialistas a las que el vulgo de machos calientes han colocado curiosos nombres como La Prepago o esa tenebrosa modalidad, emparentada

...Se trabaja todos los días y a todas horas, según la agenda de los instintos. La crisis no ha hecho mella sobre el viejo oficio en la Caracas del siglo XXI. Los locales se abarrotan...

da con la criminalidad, llamada La Novia del Pran.

Aunque no hay datos oficiales, basta seguir la pista de un grupo de hombres errando desde las postrimerías del deseo, por un concurrido bulevar a treinta pasos del Metro. “2.300 por quince minutos”, advierte un cartel en medio del salón como un salmo responsorial, al que todos le hacen caso omiso menos los que están en la quiebra absoluta, como este servidor.

Ellas se inventan lo que sea, pero nadie cobra eso sino mucho más. “Una sabe trabajar a los clientes”, confiesa Sandra bajando la voz para que no se entere el dueño, un hosco y macilento señor sacado de una película de David Lynch, con un cigarro en una mano y un fajo de billetes en la otra, sentado en una pequeña habitación en compañía de otro tipo, más mustio todavía, pero con cara de zamuro al acecho midiendo nuestras palabras y las de las muchachas a las que les despacha condones, tres por Bs. 200, y se queda con 800 por la habitación en cada servicio, de 6 de la mañana a 2 de la madrugada.

No me vuelvo a enamorar

La historia de todas es la de siempre, por eso el oficio se funda en la tradición. Una pena del corazón, la soledad o la pelazón las obligó a la alternativa. Todas quieren salir de ese mundo, pero no pueden o no saben cómo hacerlo; todas quieren estudiar una carrera universitaria o están cursando y así costean las fotocopias; o tienen hijos que mantener y la situación cada vez está peor como para ponerse a pensar en un cambio de rumbo laboral, así, de pronto.

Sandra, por ejemplo, recuerda su primera vez: “Nunca la olvido -buuaaahhhhhh, se burlan todas-. Era un viejito. Lloré mucho, tenía 18 añitos”. Con marido e hijo, una madre a la que ayuda, unos hermanos. Todos juran en casa que ella trabaja en un banco de lunes a viernes de 8:30 de la mañana a 3:30 de la tarde. Cada mañana su hombre la lleva, entre arrumacos y ofrendas de afecto, a Plaza Venezuela, y allí se despiden con un beso, una caricia y el veloz repaso a las tareas de la rutina familiar. Con su carita de virgencita de porcelana y un cuerito trenzado al cuello, del que pende un Cristo de oro blanco, cuenta que para ajustar su farsa gestionó con un cliente una ristra de cesta tickets a su nombre y, con otro, un carnet laboral. Pero en las noches, cuando duermen y él pretende retozar con su hembra pellizcándole un pezón, ella grita agraviada

en medio del sueño hasta que recuerda que está con su esposo y no con un cliente.

Lo que saben muy pocos es que los días de marcha y guarimba les espantan la clientela, o ellas mismas se repliegan ante el temor de que pase algo en el país y las agarre en pleno mete-y-saca. Algunas, ese día, se dedican a sus hijos; otras, comparten en familia; muy pocas se reúnen con amigos de sus amigos por temor a que aparezca, de la nada, un asiduo que las delate.

Algunas sacan mucho dinero a diario, dependiendo de la modalidad de sus servicios, pero aseguran que eso no las privilegia: bachaquean igual. El trabajo es ingrato, la sociedad las señala y la cotidianidad se consume los ingresos.

...La historia de todas es la de siempre, por eso el oficio se funda en la tradición. Una pena del corazón, la soledad o la pelazón las obligó a la alternativa...

Tífany está nerviosa. Es la primera vez que la entrevistan. Le tiembla la comisura de los labios, lo cual resulta fascinante. “Nunca, pero nunca -y lo dice con un énfasis ofendido- he engañado a mi marido con otro hombre”. Le quise creer y hasta le hubiera ofrecido matrimonio de no ser por el resultado de mis dos intentos anteriores y porque fue un cliente el último quien le ofreció sacarla de las calles, y lo logró, por poco tiempo. Regresó al sexo pago porque “una se acostumbra al dinero fácil”, mientras se secaba tiernamente media lágrima chiquitica

que casi le chorrea el rimmel del ojo derecho. El ámbar de su mirada, el cobrizo reluciente de su piel, la exaltación voluptuosa de sus curvas, le habrían augurado otro destino: modelo, presentadora de televisión, amante de un ministro; pero su pasado y su presente la persiguen hasta morderse la cola. Viene de Rubio, Táchira, como mi abuela, y su acento fresquito de

muchacha provinciana me incita a quererla con ternura familiar.

-¿Qué es lo más loco que te han pedido?

-Que les haga pupú encima, que los orine, que les pegue o los escupa.

-¿Y lo has hecho?

-No todo, ¡guácala!

Un buen día en 20 polvos

Michelle se dedica al alto standing. Su servicio es VIP, exclusivo para empresarios ricos, diplomáticos y funcionarios chinos, coreanos o japoneses que se pasean por un hotel en La Campiña. Sus tarifas van desde 5.000 a 20.000 por hora, dependiendo de la modalidad del servicio: masajes, show, fetichismo, dúo, relax. “¿Solo orientales?”, me sorprende la restricción. “Bueno, y sus escoltas. Nadie más”.

-¿Esto no te agota?

-Claro, me afecta como mujer. A todas. Siento mucha tristeza.

-Pero, ¿no puedes hacer otra cosa?

-Ahorita no. Intenté invertir dinero y mucha gente me quedó debiendo, así que volví, una siempre vuelve. No falta quien lo hace por vicio, pero la mayoría lo hace porque son madres que están solas con sus hijos.

“En un día bueno se pueden hacer hasta 20 servicios”, precisa Vanessa. Es decir, 20 olores, alientos, apariencias, caprichos, aunque sorprende que casi todas resalten el buen trato de los clientes. Como mucho, han tenido que sacar a empujones a uno que llegó con verrugas en su miembro o quería tirar sin preservativo con jactancia de macho impaciente.

“La novedad ahora es que los condones están saliendo malísimos, a todas se nos ha roto alguno en plena vaina”, cuenta Canela mientras se acomoda los lentes de pasta negra, que le dan un aire intelectual

a su embalaje de cacheteros de pepitas rosadas y amarillas y un sostén que, a duras penas, mantienen en su sitio dos tetas encabritadas que se chorrean por todas partes. “Es un riesgo, pero para eso tenemos nuestras técnicas: lavado con pasta de dientes, Alka-Seltzer, lavado vaginal con perita o la pastilla del día después”. Desde su erudición aparente nos relata que es bisexual y vive con su mujer, pero salió embarazada de un cliente, quien decidió hacerse cargo de la manutención del chamito que hoy es la alegría de los tres.

En muchos casos pasa al contrario de lo que narra el chiste: llegan tipos contentos y salen medio tristes. “Es que a veces somos un paño de lágrimas y un montón de veces se enamoran”, cuenta Tífany, a quien de vez en cuando los clientes la invitan a salir o la usan de confidente. “Te pagan y simplemente te dicen: ‘Porfa, quédate aquí, vamos a hablar’”.

-¿No te molesta que te digan puta?

-No, no me ofende. Te digo una cosa: creo que soy menos puta que una mujer que se la está dando a cualquiera en la calle por placer. Yo nunca he sido infiel, me considero menos puta que muchas. Nunca lo he hecho con otro, que no sea por dinero.



El rey del bollo

Aunque uno se pierda entre las tenazas empedradas de su bulvar, las callecitas fiesteras enlazadas por el azar y las fachadas borradas por los recuerdos inventados, uno vuelve a Catia desde el laberinto de los olores.

No ya a las esquinas referenciales ni mucho menos a los rostros conocidos, sino a la emotividad de la infancia, con aroma a albahaca, romero, yerbabuena, papa rellena, majarete, empanada de mechada, envuelto andino. Uno regresa a partir de la evocación gustativa para situarse en el edén del mercado del domingo, donde coinciden 16 vórtices solares en ese delta imposible de la Plaza Pérez Bonalde, con la piel curtida del pueblo trashumante que, durante la migración del medio siglo pasado, arribó con sus encantos y sus miserias a El Dorado de los espejismos.

Catia se convierte, por artificios de la memoria, en la poblada que arrastra su alegría obrera desde Propatria, Casalta, Los Flores, Gramovén, Tenerife, Madeira, Quito, Lima, Cúcuta, San Cristóbal, Maracapana. En Catia se borran las fronteras y se teje la geografía humana entreverada de deseos y de supervivencia.

Si no quieres comer, te provoca pararte a oír: “Dime, rey, ¿qué vas a comer, mi vida?”, el grito complaciente de Wendy, Ana y Elidé. Ese guiño gratuito de gente sencilla, que habla con afecto del familión andino anclado en una esquina, apiñada debajo de unos inmensos paraguas.

...Uno regresa a partir de la evocación gustativa para situarse en el edén del mercado del domingo, donde coinciden 16 vórtices solares en ese delta imposible de la Plaza Pérez Bonalde...

De pronto se escucha un rugido que puede pasar por oferta carnal: “Toma tu boooooollooooo”, que resuena en los 16 confines de la plaza de las 16 esquinas. Allí se exhibe, como una cayena en flor, El Rey del Bollo, una esquina de solera con los sabores primigenios del pan de los pobres.

En la calle La Engracia, sobre una trocha del bulevar y a un costado del mercado, desde hace años Blanca Alicia Estupiñán ofrece el bollo. En este país esa expresión se presta para las más excitantes reminiscencias, aunque eso es lo que hacen allí: el bollito de masa de maíz relleno de guiso de carne, pollo o chicharrón, envuelto en hojas de plátano, te lo abren y te lo sirven, solo o acompañado (con ensalada de gallina o pollo), para que la erótica del gusto se abra paso entre bocado y sorbo.

Actualmente Richard Vega Estupiñán es el encargado, sus hermanas y alguna amiga las que sirven y su mamá la cocinera y guardiana de la tradición familiar, que se remonta a la población de Rubio, estado Táchira, donde se inició el rito del bollo con una abuela que hace más de sesenta años vendía su condumio de puerta en puerta, paseandito la Calle Real.

Su madre aterriza de pronto y se sitúa a sus espaldas para corregir lo que va contando. Es un portento paramero de 71 años, uñas postizas de gata, camiseta ceñida y licras atigradas, con una vitalidad sorprendente. Trabaja los 365 días del año.

El bollo es un asunto de gustos y de urgencias, en todos los casos, pero en el Rey está elevado sobre un altar de tentaciones: un jugo de guanábana que es casi una crema, ensalada rallada al gusto, trato impecable, roce de pieles, salsas de diversos verdores y el arribo intempestivo de algún vendedor informal con mercancía -lícita o no- preparada para la transacción inmediata.

También ofrecen hallacas y comidas especiales por encargo. ¡Y en diciembre no se dan abasto!



Si no lo consigues, está en Quinta Crespo

50

Al primer clic de la cámara un círculo hermético se fue cerrando a nuestro alrededor, hasta dejarnos prácticamente sin salida. El último anillo de seguridad dejó una estela verde oliva en una de las puertas de acceso al mercado y quedamos por fuera, sin escolta ni espacio neutral, en medio de una interpelación portátil y agresiva que, poco a poco, fue subiendo de tono hasta convertirse en manotazos al aire, gritos atropellados y miradas enfurecidas.

Un público repentino se fue agolpando detrás de los enardecidos que nos cerraron el paso, nos formularon las preguntas inversas a las que pretendíamos desplegar y nos mantuvieron en un vilo de segundos, que se hicieron interminables, anticipando un final nada inofensivo, tomando en cuenta que desde hacía 20 días ese territorio había sido epicentro de conatos de saqueos y batallas campales entre policías, guardias y buhoneros por la distribución y venta ilegal de insumos de la canasta básica, con un saldo significativo de heridos y detenidos.

Pensé en la época en que quise ser corresponsal de guerra y en algún pasaje de “Un día más con vida” de Kapuściński, hasta que una morena hermosa con una sonrisa perlada del tamaño de la luna llena, salió del fondo con dos réplicas de anime de micrófonos de Globovisión y Ve-

...Un público repentino se fue agolpando detrás de los enardecidos que nos cerraron el paso, nos formularon las preguntas inversas a las que pretendíamos desplegar...

nezolana de Televisión, para ametrallarnos a preguntas comprometidas, como buena periodista, en medio de la carcajada colectiva. Juro que nunca había sentido tanto placer de que se rieran de mí.

Días antes asistí de incógnito a saciar un vicio: fui a buscar café, al precio que fuera, y conseguí una cola estancada para adquirir el polvo recién molido y caliente por un precio exorbitante.

También pude comprobar que el mercado extendió sus tentáculos a través de la avenida Baralt: casi tres cuadras informales, desde la esquina Maderero, Sur 6, donde comienza a palpitar el alma de una ciudad sitiada por la guerra económica.

La chica del micrófono que, por supuesto, no quiso dar su nombre, soltó en cascada: “¿Por qué no nos dejan trabajar? ¿Por qué no entienden que también estamos pasando hambre?”. Más allá, una flaca de los Valles del Tuy: “¿Qué hacen con lo que nos decomisan?”.

A su lado una chamita de huesos infantiles: “¿Por qué no hacen nada con los policías que nos cobran aquí y después nos cobran para dejarnos salir del calabozo?”. De improviso, un espontáneo pretendió encarar la reacción iracunda de las llamadas “bachaquetas”. “Pero no es justo que ustedes pretendan vender un kilo de arroz en 2.000 bolívares, cuando lo compran en 40”. “Arranca de aquí cabeza ‘e groseríaaaaaa”, soltó una voz pendenciera, que remató: “el que quiera comprar que compre... ¿a cuánto crees tú que nos venden el kilo ‘e carne?”.

“Mi causa es la causa del pueblo”, dice Joaquín Crespo desde el busto, yerto y hediendo a orines, que da la bienvenida desde una esquina angular del recinto. Fue erigido por Eleazar López Contreras e inaugurado por el general Marcos Pérez Jiménez en 1951, como parte del nuevo tejido urbano que pretendió vestir de metrópolis el trazado aldeano heredado de tiempos de Guzmán Blanco.

Al viejo perfil art déco anclado en el corazón de la parroquia Santa

Teresa, del cual sobrevive el alero ondulado de su fachada este y el campanario coronado por un reloj descuartizado del que sobresale una manija que no da ni las horas ni los minutos, se impuso un orden aleatorio que se rebela ante las cartografías e insiste en ser un respirador artificial de la ciudad.

“¡Mira, conejos! Es lo que provoca comprar. Esos paren a cada rato”, le dice un adolescente a su mamá mientras se pasean por una venta de animales de corral que advierte, con un cartel en la entrada, que no hay gatarina pero si palomas, gallos y conejos.

Se trata, para describirlo de algún modo, de un microuniverso de vida cosmopolita “ordenado” bajo un techo antiguo y otro moderno, con infinitos accesos y corredores flanqueados por frutas, verduras, hortalizas, ropas, enseres, embutidos, pescados, ramas y todo lo que ha podido ir exigiendo el imaginario urbano como parte de sus necesidades reales y ficticias.

El laberinto, sin embargo, está incompleto sin el brazo a la intemperie que se despliega exuberante hacia el Oeste, esquina de Horno Negro, atravesando el puente Casacoima con su río pestilente y sus moradores haciendo sancocho de verduras en sus riberas, y el novísimo

Centro de Economía Popular Cipriano Castro, al sur del mercado, con sus cuatro pisos de “corotos” dispuestos para el trapicheo comercial de martes a domingo, donde es posible hallar repuestos para vehículos y motos, frontales de sonido, “chivas”, lavamanos usados y muñecas de plástico, entre otros tantos vestigios de la picaresca capitalina, ingresan-

...El laberinto, sin embargo, está incompleto sin el brazo a la intemperie que se despliega exuberante hacia el Oeste, esquina de Horno Negro, atravesando el puente Casacoima....

do y emergiendo con la celeridad cómplice del gesto sibilino, la mirada escurridiza y el silencio complaciente.

“Mano, que revisen los bolsos de todos esos que están sentados ahí”, oigo que le sopla disimulado, casi susurrando, un mototaxista a un sargento de la Guardia Nacional Bolivariana que ordena un despliegue inmediato de sus funcionarios sobre una acera diagonal al mercado. A su alrededor, edificios invadidos que han devenido en depósitos clandestinos, alfa y omega de la caleta de los “informales”, quienes no comen coba a la hora de ofertar sus productos en todo el frente de las autoridades del Plan Antibachaqueo, mientras adentro fiscales del Senni y de la Sundde insisten en los operativos de inspección de la economía formal, donde han decomisado toneladas de productos irregulares que enseguida han revendido a precio justo.

“De esa vaina van a sacar a varias lacritas”, dice un buhonero que ofrece su pila de plátanos y señala al edificio de la antigua fábrica de perfumes Christine Carol, adonde la Guardia Nacional intenta ingresar buscando trazas de delito.

“Aquí nos conocemos todos”, dice Jackeline Perdomo mientras despacha cocos a un babalao que traslada dos cajas de donde emerge el balar de unos chivos que, probablemente, serán la eclosión de un ritual de consagración. Cuesta creerlo al observar el río de extraños que se cruzan entre sus pasillos en busca de alimento y lo demás. “La época vacacional es mala para las ventas”, refiere, aunque el trabajo es el de siempre: llegar a las 5:30 de la mañana, comenzar a despachar a golpe de 6 hasta el final de la tarde, cuando comienza el proceso inverso. Entre las singularidades de su local, El Rincón de Diana, están la mantequilla de almendra y de maní caseras, la miel artesanal y el papelón de Yaracuy, además del coco que los santeros llaman “rotación” en sus liturgias, así como al quimbombó le llaman “chimbombó” y utilizan

para ofrendar a Changó. “Los santeros dicen que esta es su casa”, y se nota, por los largos pasillos con trajes blancos y collares multicolores en la sección de vestidos. Su cuñado, antiguo empleado de un laboratorio farmacéutico que cerró sus puertas, despacha a su lado y ofrece guayabas y parchitas de Mérida a los más de 40 clientes que a diario se pasan para preguntar y comprar, cifra que se duplica los fines de semana. “En diciembre es cuando nos va mejor”, dice Chiva, uno de los dependientes del local de don Cirilo, el emblemático yerbatero (ya retirado) que por más de 40 años despachó toda clase de montes para cualquier necesidad del cuerpo y del alma. Hoy se dedica a la siembra y a la contemplación desde la Colonia Tovar, mientras su hermana y sus hijos se afanan en el local familiar. “La gente lo que más busca es sangría, yerbamora, hojas de mango, sobre todo para el zika, que se puso de moda”, advierte el diminuto asistente de poblada barba y manos empedradas. Sus productos provienen de El Junquito, los Andes, el Waraira Repano, Barlovento, y la cantidad de especies es tan amplia que elevaron un vistoso segundo piso repleto de verdor.

José Pérez también despacha montes con voz de erudito, incluso se atreve a dar recetas. “El pelo é negro se pica en varias partes, se pone a cocinar en un litro de agua, se deja rebajar a tres cuartos, se embotella, se mete en la nevera y se echa como tónico para evitar la caída del cabello y la caspa”, explica.

En una esquina del mercado atiende con devoción de internista, escucha detenidamente la explicación de cada mal y saca de su chistera un manojo de sabiduría ancestral que, por lo menos, conmueve. Hay gente que ha sanado males incurables y ha regresado para agradecerle. La cúrcuma, por ejemplo, que se exhibe en cada palmo de Quinta Crespo como una moda sobrevenida ante la dificultad para hallar algunos fármacos, “tiene propiedades anticancerígenas, sirve para subir las defensas, para curar los males de la próstata y es antiinflamatoria”. Hay cadillo pata é perro para desgrasar el hígado; toronjil para el nervioso;

cola 'e caballo para limpiar los riñones; la tuna, que se utiliza como una fórmula sobrenatural para los espolones: “Le montas el pie a la penca, dibujas la forma, la cuelgas y te curas de verdad. Una cosa increíble”. Amada Padrón parece una flor brotada en la acera, sedosa y huérfana con su exigua voz de isleña, sobreviviente de las viejas oleadas migratorias de la España franquista.

*...Casi llora contando
sus peripecias vitales
(...), pero sin perder
ese gusto de manos
primorosas que saben
que con trabajo y amor
es posible labrar la
esperanza...*

Regenta un diminuto tarantín del que cuelgan rosarios de casabe aliñado, cachapas y naiboas en la orilla de uno de los pasillos principales, como una patera a la deriva. Vendiendo rosquete isleño con una cesta de mimbre en la parte de afuera, graduó a su hija en Comunicación Social. Trabajando adentro se encargó de la otra. Es de El Hierro, una diminuta isla volcánica que se besa con las costas del desierto del Sahara occidental, y aunque desde hace 46 años habita estas tierras, su acento extraño y profundo la delata.

Casi llora contando sus peripecias vitales en la maraña del mercado y nos regala casabe y rosquetes, con menos azúcar

y harina de lo normal, pero sin perder ese gusto de manos primorosas que saben que con trabajo y amor es posible labrar la esperanza, que es otra cosa que también se puede encontrar en Quinta Crespo, a veces a precio justo, a veces “bachaqueado”.



De El Cementerio, los vivos con sus muertos

56

No solo se llega muerto, también se vive en el cementerio. Se trata de otro ecosistema. Se muere frente a la vida, pero se vive ante la muerte. Se ama, se trasiega, se baila, se bebe, se renace y la fe encuentra estancos imposibles, como la devoción a un delincuente que fue un Robin Hood de los barrios caraqueños, al que adoran cientos de seguidores que se dan cita pautada con tinta invisible, en horas tácitas del día o de la noche.

Todos son inocentes e infinitos. Como la infinitud de la juventud, incuestionable. Así se llega al cementerio, lleno y falto de vida, porque tres metros bajo tierra comienza otra historia que se escribe entre visitas cada vez más espaciadas pero intensas; promesas heroicas e imposibles; solidaridad automática y a contracorriente; alegría sin par, pena y dolor.

Pero ya está el muerto en el hueco, y lo que queda es la vida.

...Todos son inocentes e infinitos. Como la infinitud de la juventud, incuestionable. Así se llega al cementerio, lleno y falto de vida porque tres metros bajo tierra comienza otra historia...

Muertos de amor

Motorizados amenazantes pasan haciendo caballitos. Los “convivitos” se preguntan en voz baja quiénes son esos que tienen rato dando vueltas. Los pilotos, curtidos, se detienen unos segundos y saludan con un gesto crítico. “Parroquia” sonrío. Nada es al azar.

El señor camina, mantiene distancia, pide permiso antes de pisar una tumba o encaramarse sobre un muro. Nada es gratis y los códigos no escritos se respetan. Hay leyes impronunciadas, que existen. No escupirás, nada de burlas, cuidado donde orinas, son algunos de los mandamientos que uno va intuyendo.

También se ama intensamente. Un muchacho compra un ramo de astromelias y se lo ofrece a la novia. Ella lo increpa: “¿Tú eres loco? ¿Flores de muertos?”. Él le susurra: “Pero son para ti, mi amor”. Ella se sonroja un poquito. “Sí estás loco vale”, le suelta antes de estamparle un beso con sabor a cielo, en la entrada del huerto del Señor, donde colindan el bulevar César Rengifo y el Cementerio General del Sur.

Desde sus desgastados corredores, se observa uno de los perfiles más vertiginosos de esa hermosa montaña que le da espesor a Caracas desde cualquiera de sus ángulos: el Waraira Repano, El Ávila, trenzado desde su pico Occidental hasta el Oriental por una hamaca que llaman Silla y que de lejos parece una sonrisa para la sultana, un tributo a la vida de una de las ciudades más alegres y mortales de América Latina.

Desde una maraña de nichos quebrados aparece una mamá con su hija, tomadas de la mano, regresando de clases. Caminan apresuradas por entre las angostas veredas rumbo al barrio que estuvo sitiado varios días, porque había plomo entre policías y malandros, a la altura del sector Las Quintas de la Cota 905. Cuando es así el transporte público ni se asoma.

Los limpiadores

Empieza a ser el Cementerio General del Sur cuando finalmente uno se tropieza con el esplendor del mausoleo a Joaquín Crespo. Una imponente cúpula maltrecha que recuerda el paso por la historia del mandatario venezolano, que gobernó en dos períodos del siglo XIX y cuyos huesos, sustraídos, deben haber sido usados para “echar un mal”. De repente se desbordan los olores: huele a tabaco, claveles y crisantemos por cada bocanada de aire.

Entre las aglomeraciones huele a cerveza y a anís, pero también viene un olor tenue a verde, lo poco que sobrevive de las continuas invasiones que han ido cercando el camposanto hasta casi devorarlo.

Los limpiadores de tumbas son un gremio informal. No hay precios fijos sino estimados. No hay horarios, ni contrato colectivo. Lo que sí debe haber, necesariamente, es un teléfono de contacto y un par de mensajes previos. El “cliente” llama y cuadra: “Voy el fin de semana, pendiente para que me limpie y me acompañe”. El limpiador, algunas veces, termina convirtiéndose en un amigo cercano, un lazarillo, un confidente.

Hablan del “Maestro” como de un personaje mitológico. Se trata de un viejito que arranca la jornada diariamente a las 6 am y se retira al final de la tarde. Va con sombrero y a veces hasta paltó, peluqueando los penachos de maleza que desbordan las losas. Tiene como 80 tumbas y 100 años en el oficio, jura alguien.

Luis Meneses cobra barato por tumba. Tiene tres apenas, porque es nuevo en el oficio. No habla mucho, nadie quiere hablar demasiado, no sea que termine en una confidencia.

Juan reclama que se pasa mucha sed, no hay fuentes cercanas de agua, ni un chorro. Para regar las flores y medio lavar una lápida, deben subir con tobos desde la piscina que está en la entrada, donde bucean unos peces multicolores. De la delincuencia ni se acuerdan, dicen que eso ha cambiado mucho y ya no es como antes. Aunque no llegamos a ver ni a un policía, los limpiadores aseguran que suele subir en combo un escuadrón motorizado.

...Hablan del “Maestro” como de un personaje mitológico. Se trata de un viejito que arranca la jornada diariamente a las 6 am y se retira al final de la tarde...

Todos caben

Fue Antonio Guzmán Blanco, en su afán por darle un rostro cosmopolita a Caracas, quien en 1876 decidió disponer de 246 hectáreas, en los terrenos de la antigua hacienda Tierra de Jugo que hoy conocemos como parroquia Santa Rosalía, para darle final destino a los caraqueños, prohibiendo los entierros en los demás camposantos que fueron poblando anárquicamente la urbe.

Comenzó a funcionar formalmente el 10 de julio al recibir, como primeros moradores, al músico de la Banda Marcial de Caracas, Bonifacio Flores, a Guillermo Goiticoa y a José Conrado Olivares.

Muchas cosas han pasado desde entonces y muchas vidas han desembocado en “unos huesos mondos y una mueca espantable”, como escribió Octavio Paz. El Cementerio General del Sur ha recibido en sus entrañas a ricos, pobres, buenos, malos, negros, blancos. Chinos, no se sabe. Entre los más reconocidos personajes de la historia se encuentran en sus espacios Miguel Otero Silva, Rómulo Gallegos, Martín Tovar y Tovar, Andrés Eloy Blanco, Jorge Rodríguez (padre) y, más recientemente, Lina Ron, Robert Serra y hasta el líder del colectivo 5 de Marzo, José Odremán.

Dolor de madre

No tan connotados, pero igual presentes (o ausentes), Jonathan y Juan Carlos reciben “el último adiós de este mundo” cada 15 días de su mamá. Francisca Azuaje sabe que nadie es eterno, aunque no parece resignada a asumir la pérdida de dos de sus cuatro muchachos en condiciones tan oprobiosas. Jonathan cayó en 2008 y Juan Carlos en 2012. Jonathan jugaba a la ruleta rusa y a Juan Carlos lo embistió el hampa en La Vega.

Sus dos nietos matan bachacos que contrabandean hojitas resacas por el sol sobre la lápida de algún desconocido. A Francisca la acompañan

sus otros hijos y su madre, que viene de los Andes a honrar la memoria de sus nietos. No hay rictus forzado y el ritual del dolor se transforma en fiesta. Aprovechan y se hacen unas selfies en familia. Todos sonríen para la foto.

Antes, Francisca era puntual cada semana y se echaba casi todo el día, pero la delincuencia la ha ido espantando. “Sí, aquí sube la policía, pero igualito atracan”.

Parroquia y la corte

“Parroquia” está allí para cerrar el ciclo vital entre lo divino y lo profano. Tiene mirada hostil, como de perro rabioso, pero es que ha tenido una vida perra. En sus ojos hay furia y arrepentimiento. Todo se lo agradece a Ismael, el santo, que lo devolvió a la vida desde las antípodas.

En su rostro hay laceraciones pronunciadas pero en su cuello lleva una marca que denota una herida profunda, mortal, adquirida quizás como trofeo de guerra o en una liturgia de arrabal. Hay un hilo de sabiduría y entendimiento en sus palabras, como de santón ungido de poderes chamánicos, jugueteando con una navaja filosa entre sus manos que solo le entrega a otro pana, que necesita tallar una petición sobre una vela.

El portal de la Corte Calé se identifica desde lejos porque exhibe un tricolor nacional ondeando tímidamente. Está protegido por un techo de zinc, unas paredes aleatorias, un montón de tributos que van desde vasos de anís a medio beber hasta placas esculpidas con alguna frase de agradecimiento. A Ismael, que lidera el panteón también conocido como la Corte Malandra del Espiritismo, le acompañan, de cerca, Chamo Freddy, Elizabeth, Ratón, Miguelito, Petróleo Crudo, Luis Sánchez, Machera, entre otros, acompañados de la corte chamarrera e imágenes superiores de la religión como María Lionza o el Negro Primero. “¿Tú eres el que cuidas aquí, mi pana?”, pregunto. “No, hermano, ellos son

los que me cuidan a mí”.

Tuvo que dejarlo todo atrás. Mujer, hijos. Ocho veces estuvo en el filo de la muerte, pero Ismael le hizo el milagro. Como promesa, hacía 9 meses y 26 días, con sus noches, que atendía el sitio del portal, a donde se acerca una señora menuda y temerosa junto a su esposo, un negro entrado en años de complexión robusta, a cumplirle una promesa al santo para que saque a su sobrino de la cárcel, donde está detenido injustamente. El tributo es apenas un cigarrillo apagado, que coloca orientada por el Parroquia en un borde florido del altar. Solo para eso vino

desde La Raiza, en los valles del Tuy.

Otro “materia” comenta: “Aquí no se trabaja con demonios, eso es cuento, aquí se trabaja con la fe y para ayudar a los demás. Yo soy espiritista pero respeto cualquier otra religión, sea budista, evangélica, católica, lo que sea; pero ellos lo juzgan a uno porque uno ‘ique’ trabaja con el mal”. Parroquia lo ataja: “Mi hermano, una pregunta que te voy a hacer: ¿tú crees que el infierno está abajo?”, “yo no me he muerto para saber si el infierno existe o no” responde el otro. “Bueno, escucha lo que te voy a decir. Para mí, y si estoy equivocado que mi diosito me perdone, si existe un Dios también existe un diablo, si existe

*...En su rostro hay
laceraciones
pronunciadas pero
en su cuello lleva una
marca que denota
una herida profunda,
mortal, adquirida...*

lo bueno también lo malo. Para mí hay tres cielos: uno donde estamos, el segundo donde quedamos prácticamente como vagando, o sea, el infierno, y el tercero, donde resucitan las personas”. Parroquia vive de la voluntad, y nada más. “Aquí no se le cobra nada a nadie, porque como todo, las cosas están complicadas”.

El que no cree en cuentos es Leopoldo, que a pocos metros, entre una

tumba y un inmenso matapalo adornado con cuentas de casas a escala, como los que se usan en las maquetas, adivina el porvenir. Egdiwar Mejías, con una sonrisa rumbosa, dice que es excelente y que gracias a su guía dio con Victorio Ponce, al que llaman “El Santo de las Casas”, enterrado allí desde 1880. A Egdiwar le consiguió fue un carro, con el que “tigrea” mientras consigue un empleo formal y todo lo demás. Hoy es viernes y está de visita un rato, para “consultarse” y fumarle su tabaquito.

“¿Que si es milagroso?”, lanza José Ferrer, cuidador de la cuadra de Ponce desde hace 18 años. “Véngase un 26 de agosto para que vea la fiesta y el gentío. Este año no había menos de 400 personas y, como era un negro de Curiepe, se le tocan tambores, pero también se le trae un mariachi”.



Las sopitas de Javi

Mientras se afana en su cocina, los muchachos pasan a preguntarle si eso está listo. Javi se agarra el turbante con desesperación y les grita, ahogando la carcajada, que dejen el fastidio, que eso estará cuando esté, que se den una vuelta y regresen, pero que la dejen trabajar en paz.

Desgarra el ñame con fuerza, trocea una pata de ganado en porciones benéficas y desmenuza el cilantro que lanza con estocadas de director de orquesta sobre la olla impecable, ardiendo ante el fuego estival que conjura los sabores y purifica el oro.

Afuera, sentados en un portal de belén techado con zinc y hojas de palma, esperan dos jardineros, tres motorizados, una ama de casa. De pie, pidiendo para llevar, otra fila abultada de obreros de la construcción, funcionarios públicos, señoras de las cuadrillas de limpieza.

Desde las sombras del quiosco de latón, aparece con dos platillos voladores inmensos sobre sus fuertes brazos de pescador costeño, que deposita sobre la sencilla mesa del portal donde el hambre es saciada con felicidad proletaria y hervor babélico.

Javier Ramos de Ávila es casi un personaje sacado de Cien años de soledad, no solo porque llegó hace 46 años desde los paisajes barranquilleros que describe García Márquez en sus novelas, sino porque su imagen de dama de las camelias se adereza con un tocado infaltable, a

...Afuera, sentados en un portal de belén techado con zinc y hojas de palma, esperan dos jardineros, tres motorizados, una ama de casa. De pie, pidiendo para llevar...

lo Piedad Córdoba, que complementa con camisas profusamente floridas, a veces con largos vestidos de matrona amorosa, zarcillos de juego coqueto y una fascinación por atender bien a todos, como uno quisiera conseguir más seguido en cualquier parte de una ciudad muchas veces inhóspita.

En la frontera entre la plaza Andrés Bello y Pinto Salinas ha sobrevivido, por 30 años, un establecimiento sin más letreros ni ornamentos pretenciosos que no sean una estrella de Belén, una ceiba adornada con luces de colores y la grácil imagen de Javi sirviendo empanadas y arepas, sopas y secos, jugos y refrescos, a los comensales que saben de su existencia gracias a las pistas dejadas por su estela de buena índole, que lo avalan como un personaje heroico que igual cobra la sopa en 500 y las empanadas a 100 -con todo y malta-, así como le lava la ropa curtida a los indigentes de los alrededores que no tienen donde caerse muertos, regala empanadas a los niños más humildes que salen muy temprano al colegio sin nada en el estómago, y organiza las fiestas del Día de las Madres y los carnavales con sus propios recursos.

Ese estilo de humanidad le ha servido para ganarse las simpatías del barrio al punto de que una vez salió en pleno en su defensa, cuando intentaron proscribir su establecimiento por desentonar con la nueva arquitectura prevista para la plaza remozada. La burocracia no pudo con ellos, y un pequeño acto épico se vivió en las faldas del Waraira Repano, al grito popular de “Javi, amigo, el pueblo está contigo”.

Su madre, su motivo. De ella heredó la sazón y la buena voluntad y es a quien consagra sus días cocinando para ayudarla a llevar su precario estado de salud.

Cocina casi que al pedido del comensal, de lunes a viernes desde bien temprano para el desayuno, y como hasta la 1:00 pm con el almuerzo. Pero los lunes y viernes se celebra la sopa: una bomba repotenciadora que recibe las fuerzas telúricas del ají dulce, el cebollín y la albahaca para dar fortaleza antes de la rumba y devolver el alma al cuerpo cuan-

do se inicia otra semana.

El lugar se llama, en los documentos, La Posada de Japy, “porque yo le doy amor a todos”, dice él, pero nadie pregunta nunca sino por el quiosco de Javi, que cualquiera conoce, desde Sarría hasta Maripérez. Y si no va a comer, puede pasar a que le rece la culebrilla, le ensalme el mal de ojo, le inyecte y le aconseje, porque japy, para Javi, significa felicidad.



Vientre de ponche crema

miabuelaborracha es el hashtag que se activa automáticamente en mi memoria cuando rescato de los anaqueles del olvido la presencia del Ponche Crema en el vientre del hogar, durante una fecha como esta. Era ese brebaje, validado por la ebriedad efusiva de los mayores, el que desataba las más coloridas pasiones en la cocina, antes, durante y después de la confección de las hallacas, el dulce de lechosa, el pernil horneado y la infaltable ensalada de gallina, mientras las mujeres organizaban con entereza matriarcal la sinfonía de los sabores. Afuera, en la sala y los pasillos, los hombres hablaban de política, de caballos, de mujeres, campaneando desde las trincheras del vicio el whisky.

De pronto, agitando la falda, como una gitana en trance, salía mi abuela de las catacumbas del guiso al compás de “Se va el caimán” que, indefectiblemente, terminaba bailando conmigo o cualquier de los otros nietos, hartos de los mosaicos de la Billo’s sonando a coro por el interminable pasillo del jolgorio en que se convertía la avenida Simón Bolívar de Catia en diciembre.

Dicen que eso sí era un Ponche Crema: gustoso, espeso, embriagante, y no esa derivación acuosa en que ha devenido la famosa marca del guarenero Eliodoro González Palacios, quien patentó una fórmula impenetrable a principios del siglo pasado y ordenó, para la tradición empresarial, un voto de silencio irreductible. Pero he ahí que la desobediencia borracha ha intentado, algunas veces con imponentes méritos,

*...De pronto, agitando
la falda, como una
gitana en trance,
salía mi abuela de las
catacumbas del guiso
al compás de “Se va el
caimán” ...*

reeditar la mezcla metiéndole tres ramalazos de hojas de naranjo, un pellizco de nuez moscada, media cachetada de caña clara, un espolvoreado de flan o clara de huevos batidos y el regurgitado de la leche condensada, para sobrevenir en leche de burra. Pero verga, nunca queda igual al bendito caldo que dibujaba un bigotito lechoso de funcionario a mi abuela, autorizada por mi mamá y mis tías durante el aquelarre navideño a meterse esas peas sabrosas junto a sus hijas, quienes aprovechaban la contienda animada para componer entuertos familiares, prometer cruzadas de casta, abjurar del amor y ofrecer divorcio y coñazos al canto de los primeros gallos.

Mis primos y yo ensayamos los primeros guamazos con esa bebida dulce y pastosa que nos entretenía el paladar, hasta que te hacía explosión en el güiro y empezabas a sentir una fascinación exagerada por la carajita de los pelos trenzados, a la que nunca le habrías sostenido la mirada más de tres segundos de no ser por los vapores de Eliodoro. El Ponche Crema estuvo facultado, por una autoridad doméstica artificial, para ser parte de nuestros hallazgos inaugurales, con el aditivo de la cosa ilícita que siempre ha fascinado a los exegetas del pecado. Gracias a sus efluvios germinaron los sabores más profundos de la matría. Mi abuela, borracha o sobria, fue una mujer abonada por el maltrato y el abandono, como muchas, que parió a ocho muchachos, les encomendó un destino y los echó a andar.

Inspirados o no, ellos y nosotros hemos entreverado esta tierra, degustando los gestos mínimos y épicos que le han dado cuerpo a esa cosa rica que se llama “venezolanidad”.



De la pastora el tango

68

Le entré por Dos Pilitas a Portillo, cruzando a la izquierda desde la avenida Baralt en el autobús que va a Puerta Caracas. Es un acceso diáfano, despejado -como quien sale del infierno en llamas-, atravesando el puente El Guanábano para atrincherarse en un retiro apacible, en la trastienda de la memoria. A la 1 de la tarde del 24 de junio ya se habían desbocado los caballos libertarios de Carabobo, San Juan danzaba aprisionado en la espesura de la belleza negra y Caracas parecía querer dormitar bajo una calima de lluvia y olvido. Dos abuelas, que no cabían en el autobús, se mantenían de pie a mi lado mientras atravesábamos el longevo puente Carlos III; me atenazaron como su pasamanos particular: “Mijo, ya no tenemos de dónde agarrarnos, permítanos”. Eran dos bellezas de casi un siglo cada una, con la sonrisa aún transparente y la fuerza del cangrejo azul. “No se preocupen, señoras; eso sí, agárrenme duro”.

Uno no sabe cuándo escapó del frenético barullo de la capital sitiada por el caos. De pronto, se ve cercado por las casas adoquinadas de la calle real, abiertas tras el rubor de los zaguanes de terracota y las puertas de dos hojas, sus balaustres de madera, cornisas como pestañas entumecidas y las largas ventanas de mampara decimonónica. Saber que por esa calle bajó rodando la cabeza aceitada de José Félix Ribas en 1815. Se erigió una ermita y luego una iglesia que fue devastada por el terremoto de 1812 y mudada tres veces de lugar. Allí funcionaron

...Dos abuelas, que no cabían en el autobús, se mantenían de pie a mi lado mientras atravesábamos el longevo puente Carlos III; me atenazaron como su pasamanos particular...

siete cines comerciales y bajó Pacheco con su túnica de niebla desde las alturas de Galipán. Por ahí trasegaron los carruajes fundacionales que traían las especias, las sedas, los esclavos, la sangre, atravesando el Camino de los Españoles y haciendo escala en las aduanas coloniales para rendir cuentas del avituallamiento del Nuevo Mundo.

Desde hace 81 años, ahí, el tango es una melaza que unta de nostalgia sureña la tarde tropical. Los tocadiscos, cada vez con menos insistencia, dejan vibrar el acordeón con pretensión de arrabal porteño y exclamaciones en lunfardo. Se escucha al morocho desclasado en Caminito, a la Malena entumecida sobre la esquina de San Juan y Boedo, a los cuchilleros del Abasto y a los que esperan turno para su elegía en polvorientos corrales de Balvanera.

“Lléeeeeeevate tu papelón con limón... bieeeeeen frío”, clama con soltura malandra un vendedor a mi lado que me recuerda, con un pescozón de aliento patrio, que no es La Boca sino La Pastora.

En verdad, yo solo quería conocer a Gilberto González, “El Porteño”. En 1935 tenía 4 años y ni se enteró de que Gardel se presentó casi a su lado, en la casa número 57, entre las esquinas de Gloria y San Fernando, para cantarle a una dama enferma que requería su presencia sanadora en una Caracas donde no pasaba nada. Esa vez Gardel pidió que sacaran los parlantes a la calle para que los pastoreños lo escucharan, sin saber que un mes después nadie lo oiría nunca más en vivo tras morir trágicamente. Tres años luego, en el desaparecido cine La Pastora y con 7 años ya, pudo disfrutar de la película Tango Bar: todo cambió para siempre. Gilberto no solo se volvió un artista con aspecto de Rodolfo Valentino, sino que franqueó su existencia venerando al más grande

tanguero de todos los tiempos, militando en un culto casi centenario. Se volvió una presencia poderosa del canto, organizó la Peña Tanguera, recorrió los grandes escenarios, fue reconocido por venezolanos, uruguayos y argentinos como una extraordinaria voz; y cada 24 de junio, fecha en la que el avión que transportaba a Gardel y su comitiva chocó contra otro artefacto en el aeródromo Olaya Herrera de Medellín, conmemora el triste acontecimiento con un encuentro devoto de los incondicionales de esa hermandad universal, con asiento perpetuo en la plaza José Félix Ribas de La Pastora.

-¿Nació en Francia o en Uruguay?

-¿Pero no te dije ya que en Toulouse, Francia? Yo soy uno de los que más sabe esa historia.

-Pero no te incomodes Ramón, yo no dudo de ti...

-Gardel era un entusiasta de los caballos.

-Es verdad, eso está documentado.

-Estábamos tan atrasados en esa época, que fue como un año después que repatriaron el cadáver desde Colombia a Argentina, a la Chacarita, donde está enterrado.

-Fue una muerte horrible.

-Figúrate que en esa época los aviones se abrían por fuera. Gardel golpeaba la puerta desde adentro, mientras se quemaba vivo.

-Ajá, ¿y cómo supieron que en verdad ese era el cadáver?

-Por un anillo.

-¿Y es verdad que tenía un morocho?

-Que no, ¿pero no te lo dije ya?, él no tuvo hermanos...

-Pero no te molestes, Ramón, yo no dudo de ti.

...Se volvió una presencia poderosa del canto, organizó la Peña Tanguera, recorrió los grandes escenarios, fue reconocido por venezolanos, uruguayos y argentinos como una extraordinaria voz...

Conversaban en tono de controversia Ramón Frankiz, de 89 años, y César García, de 70, mientras sonaba como cortina “Caminito”, media hora antes de arrancar Un viejo tango para mi Pastora, evento que organizan La Peña Gardeliana y la Fundación Cultural La Pastora. No es la única, pero se comenta que es la más reconocida del país y una de las más antiguas. Antes se reunían en el bar La Estación (El Gardeliano) de Caño Amarillo, a donde arribó por primera y única vez el Morocho del Abasto junto al tren que lo acarreó desde La Guaira. Dicen que allí cantó algo, en la estación del ferrocarril frente a Villa Santa Inés, y partió a pie hasta el extinto hotel Majestic, donde hoy quedan las torres de El Silencio, a donde llegó en brazos de una multitud desbordada que no lo dejaba avanzar. Era el primer fenómeno cultural de masas en el país.

*...“Tomo y obligo,
mándese un trago;
de las mujeres mejor
no hay que hablar;
todas, amigo, dan muy
mal pago, y hoy mi
experiencia lo puede
afirmar”...*

Media hora más tarde Ariel Rojas arrancaba aplausos frenéticos, como si Romeo Santos arrullara a las groupies hechizadas de su club de fans, al cantar “Tomo y obligo”, que provocó unas lágrimas ahogadas en más de una princesa octogenaria a los pies del Waraira. “Tomo y obligo, mándese un trago; de las mujeres mejor no hay que hablar;

todas, amigo, dan muy mal pago, y hoy mi experiencia lo puede afirmar”. Julián Bravo tronó las cuerdas de su requinto en clave milonguera y cantaron, en procesión, Luis Felipe Izquierdo, Pedro Laporta, Iván Fuenmayor, Marlene Mena y Julio Méndez; bailados por Arturo Avilez, María Eugenia Armas, Ever Morillo y su cuerpo de baile (de la UCV), y cualquier aficionado con maneras de experto que quisiera desplegar su sapiencia en la coreografía de pies, para delicia de los bailadores. El mo-

derador de la tarde, Frank Maneiro, fue distribuyendo las alegrías, pero sobre todo las penas. Actor, locutor y tanguero confeso, no fue compasivo al enumerar a los caídos con un parte de guerra: “Hoy recordamos a los que no están, a Carlitos Gutiérrez, Hernán Rojas, Santiago La Cruz, grandes tangueros idos recientemente en estos dos años que han sido aciagos”.

Miré zigzagueante entre Sabana del Blanco y Los Mecedores, golpeado repentinamente por un frío fulminante. Pregunté por Gilberto, a quien me extrañaba no haber conocido aún: “Murió hace tres meses -respondió Zulay Rodríguez, presidenta de la Fundación-. Se lo llevó el cáncer”.

Yuraima González también cantó. Un baño de lágrimas cuando anunciaron que esta vez la Peña era, también, en homenaje a Gilberto, delató sus querencias. Era su padre y ella recibió esa tarde el zarpazo de su ausencia sentada en primera fila, en medio de un escrupuloso minuto de silencio. Quiso compartir los fragmentos de su rastro y abrió de par en par la entrada del camposanto doméstico: la casa familiar que hace esquina al lado de la iglesia, pintada de azul eléctrico, datada de 1890 y perteneció al Marqués del Toro, donde descansan, dentro de un cofrecito sobre una mesita en una esquina alumbrada por una vela, coronada por un afiche de Gardel y terciada por los retratos de familia, las cenizas del patriarca amoroso de seis mujeres, abuelo de nueve nietos, amantísimo esposo y tanguero hasta el polvo.

Yuraima llora y ríe, canta y solloza y exhibe los vinilos, casetes y CD que poco a poco, según las novedades tecnológicas, su padre fue acumulando en la sede de la peña: una habitación contigua al pasillito de entrada donde despachaba sus pasiones musicales, y llegó a recibir artistas, diplomáticos, emisarios, amigos y contertulios con un mismo afán. A ella le gusta el tango arrabalero, a él los sosegados y amorosos; ella da clases de Geografía e Historia en la otra habitación, él era

radiotécnico de Cantv; ella luce vital y apasionada, él no consiguió más nunca el tratamiento para la leucemia y desapareció como el Jacinto Chiclana en la milonga exquisita de Borges.

Murió con las botas puestas, con voz precisa mirando hacia La Sultana que, si bien no es Buenos Aires, se aficionó desde el principio al sonido altivo y la voz maleva que habló en nombre de los suburbios. Esa vez, en su plaza, con su peña y antes de sucumbir a la agonía, entonó “Por una cabeza”, ese tango que habla de jugarse la vida así sepamos que vamos a perder en los caballos, y en todo lo demás: “Basta de carreras, se acabó la timba, un final reñido yo no vuelvo a ver, pero si algún pingo llega a ser fija el domingo, yo me juego entero, qué le voy a hacer”.



Destroyer party vs. Apocalipsis sound

En 1987 dos eventos extraordinarios conmovieron a los temporadistas que plagaban las sucias playas abarrotadas de Caño Copey, en Río Chico: una ballena orca encalló en las arenas corrompidas, frente al asombro de quienes jamás se habrían imaginado presentar un espectáculo tan extravagante a una hora en carro desde Caracas; y el fin de semana sangriento que confrontó en una batalla final de minitecas a la Destroyer Party, de La Dolorita, con la Apocalipsis Sound de Guarenas, pendientes de una culebra desde la vez que se confrontaron en una cancha de Sarria.

Un tipo, se desconoce las circunstancias, salió apuñaleado de aquel encuentro y una muchacha recibió un tiro en el abdomen en pleno tongoneo del tacatataca, que bombeó adrenalina toda la noche en un club que cobraba 4 bolívares la entrada y que se desbordó de turistas foráneos llegados en moto Yamaha RD 350, viejas Chevrolet pick up sin cabina, Fairlanes rancheras, Mavericks de última generación, escabrosos Malibús dos puertas, o los novedosos Sierra año 86, que resultaban un escándalo postmoderno.

Carlitos "Ilorón", disc jockey de Guarenas, no parecía un gánster ni provenir del gueto, pero andaba escoltado como por 7 muchachitos de cara rabiosa que renegaban de la cordura y por cada rumba se agencia-

...en 1978 Radio Capital AM 710 organizó una fiesta pro-graduación del Colegio San Agustín con la primera guerra de minitecas...

ban palos, manoplas y punzones para evitar las alteraciones públicas, o que algún desaprensivo se acercara demasiado a la araña luminosa que apenas parpadeaba con dos de sus siete faros originales. Menos aún, que las parejas aproximaran peligrosamente el bailoteo del Walk Like an Egyptian de las Bangles a alguno de los dos sub-woofers que bombardeaban beats arbitrarios con toda la fuerza del registro de los bajos. Aquellas faenas se repetían cada fin de semana porque Carlitos, hoy flamante mototaxista sin Ipod, pretendía emular la epopeya de sus arcanos mayores: la Sandy Lane, Bettelgeuse, New York People, Explosion People, Infierno, ZC, Maui, Excalibur, Caribbean, Traffic, The Rainbow, Soultrain, The Lawyers y otras pocas que dejaron una huella indeleble en una juventud fácilmente impresionable por los nombres en inglés y las liturgias del placer, que indefectiblemente desembocaban en la rumba electrónica.

The Bestial Show

“Mil novecientos ochenta y siete, siete, etc, etc, te, te, te...” repetía el jingle que voceaba un emulador deprimente de los locutores Enrique Hoffman o Waldemaro Martínez, con la dicción del Chunior de la Radio Rochela pero que ponía a todos esos chamos a brincar frenéticamente en compases de saltimbanquis.

Era casi una religión para los jóvenes pobladores de las urbes más permeadas por la radio y las modas, desde que en 1978 Radio Capital AM 710 organizó una fiesta pro-graduación del Colegio San Agustín con la primera guerra de minitecas que registre la historia patria, la cual rápidamente devino en poderosa industria de millones de bolívares de entonces, mientras florecían sus versiones pobres auspiciadas por la

relativa facilidad de adquirir el equipo básico de planta, platos, deck y cornetas con dólares a 4,30.

Desde entonces y a lo largo de esa década todo bautizo, quinceaños, fiesta pro fondos y verbena menesterosa o de alto standing, era amenizada por los decibeles más ensordecedores desde las fiestas patronales de Santa Elena de Uairén, hasta el coctel fashion de una mansión de La Lagunita Country Club, con un denominador común: que oliera a espíritu joven.

“¿Quién los entiende? ¿Por qué les apasiona ensordecerse? ¿Por qué todo fragor que no los ahogue en el volumen les parece el frotar de murmullos que se extingue entre los labios sin que el de junto se entere? Al profesar las doctrinas del acabose sonoro, critican implícita y explícitamente a padres y abuelos, sometidos a los que se les daba, el ronroneo de los violines, el falso bullicio del mariachi, la levedad de las bandas de guerra, el recato de los cohetes. ¿Qué nomás eso aguantaba su oído? ¿Por qué se dejaron someter por la voz baja?”, reflexionaba desde las antípodas roncadas del DF mexicano el gran Carlos Monsiváis.

El rito más elevado tenía lugar en las catedrales del género como el Poliedro de Caracas o el Parque Naciones Unidas, donde se celebraron durante esos años bobos (según Edmundo Chirinos) estruendosas presentaciones que convocaban a 10 y 20 mil muchachos a la vez, hipnotizados por esa novedad sonora que se hizo pionera en estas tierras y luego fue producto de exportación a través de sucedáneos como la changa tuki, nacida en el underground petareño y muy admirada en

*...El rito más elevado
tenía lugar en las
catedrales del género
como el Poliedro de
Caracas o el Parque
Naciones Unidas...*

Nueva York; o la fiesta rave que terminó siendo la eclosión desastrosa del desenfreno amenizado con caramelitos de “éxtasis” y mucha agüita mineral.

Esos niños se acomodaban en los intersticios del ruido, en una época donde los medios y las mediaciones abrieron sus mezcquinos pasadizos al protagonismo casi impúber: “El negocio creció vertiginosamente y los dueños de minitecas, que habían tomado todo al principio como un hobby, ya eran empresarios con tan solo 20 años. Cada miniteca tenía un promedio aproximado de entre 20-25 presentaciones en un mes (cada una por un precio aproximado de Bs. 5.000 por 6 horas), cada

...El negocio creció vertiginosamente y los dueños de minitecas, que habían tomado todo al principio como un hobby, eran empresarios con tan solo 20 años...

una tenía sus propios camiones y trailers identificados, sus propios showman y no solamente se dedicaban a mezclar new wave, sino que incluyeron en sus presentaciones salsa, merengue, pasodoble y rock. Los dueños de las minitecas gozaban de total autonomía económica y se permitían el lujo de viajar cada mes al exterior a fin de traer equipos y música”, cuenta Carlos Viña.

The end

Existe una historia oficial y una oficiosa en casi todos los asuntos. Se escribe con letras mayúsculas que la era de las guerras de minitecas culminó abruptamente en 1985 tras una presentación patrocinada por la emisora Caracas 750 AM, con el showman Tony Scott lanzándose en rapel desde el techo del Poliedro vestido con un traje de la fuerza aérea y cierre a trompadas por las pandillas de Santa Mónica y la Hermandad Gallega, terminando con varios heridos graves. Sin embargo, muchos años después Carlitos “llorón” se aferraba con fe

ciega a sus cestas de discos de vinil rayados de tanto pinchazo. Mezclaba los memorables títulos del sello Magic Record: Magic Mezclas I, Magic Mezclas II, Guerra de Minitecas, Invasión de Minitecas, Disco-tequeando y Megaton Mix con los emblemáticos Club *New York New York*, *Bettelgeuse Mix I de Caracas 750* y *Sandy Lane* de Sonográfica, antes de que se diluyeran en una tinta negra y pastosa que dio paso al antipático disco compacto o CD.

Su gloria, en esa liturgia de arrabal que lo elevó a ídolo de pueblo, DJ de los suburbios y maestro de ceremonia enclenque, hizo eclosión dos años después, en el 89, cuando intervino en una ofensiva tragicómica en la concha acústica de Higuerote donde llevó su escasa parafernalia llamada Apocalipsis Sound, que sonó hasta que se achicharró el sistema de cables tras un bajón de luz que fue definitivo para que se dejara de eso y se dedicara al fascinante mundo de las carreritas por puesto.

Sus hermanos mayores, recuerda con cierto arrebatado de furia que le inflama la mirada, siguieron cosechando las glorias de su épica burguesa: el fundador de Sandy Lane, Carlos Bóveda, se convirtió en un reconocido odontólogo; Jhonny Cabrera, el de Betelgeuse y posteriormente Sandy Lane y otras más, terminó siendo presidente de una afamada empresa productora de espectáculos; Tony Scott se hizo famoso locutor y gerente radial; Massimo Coletta, dueño y fundador de “*New York New York*”, terminó dedicado al mundo de la construcción. Él cobra el banderazo barato, pero si le hablas de las minitecas, te cobra lo mismo.

*...muchos años después
Carlitos “llorón” se aferraba
con fe ciega a sus cestas
de discos de vinil rayados
de tanto pinchazo.
Mezclaba los memorables
títulos del sello Magic
Record: Magic Mezclas I,
Magic Mezclas II...*



Beber encapillao

A quién se le ocurre que un trago de aguardiente pase liviano por el pescuezo virgen de un cristiano a las 7 de la mañana? Solo a un grupo de supervivientes de las guerras floridas haciendo círculo al amanecer sobre las mesas recién fregadas del “Tropimoscas”, una especie de merendero del fin del mundo, que despacha por igual

...hay que sentir en la garganta el viscoso dulzor de su caricia, la pulcritud de piel virgen de su textura, la seducción dócil que provocan sus efectos, para entregarse con gusto al beso ardiente...

desayunos a las 7 de la noche o una ronda de anisado cuando las hembras entaconadas y los tipos de corbata trascienden las lagañas del amanecer, con perfumes nuevos, para empotrarse en las oficinas cavernosas de los suburbios. Cada mañana dejo a mi hijo en su escuela y me acerco a ver a esos marinos quiméricos que brindan con pequeñas copas plásticas de ron blanco y ojean el diario con ánimo radiante, sorprendidos por los últimos acontecimientos de la jornada que ya comienza a verse felizmente nublosa.

Uno perfiló su documento de actitud alguna vez y a toda voz: “¡Prefiero andar borracho!”, y se empinó la quinta birra a las 8:45 am mientras yo paladeaba un repulsivo café con leche, con menos café que leche, rompiendo el círculo mágico de esos mártires abstraídos de la cotidianidad en el fragor de la curda matutina.

Pero es que hay que sentir en la garganta el viscoso dulzor de su caricia, la pulcritud de piel virgen de su textura, la seducción dócil que provocan sus efectos, para entregarse con gusto al beso ardiente

de un trago al alba.

El tugurio se angula complacencia en una esquina ancha de pueblo, rodeado por dos bancos, una panadería, el edificio cívico de una alcaldía, un gimnasio, una escuela de kárate y una floristería, y antes de erigir pequeños muros -que no impiden ser vitrina dialogante entre comensales y viandantes por iniciativa de sus actuales gerentes- fue un museo del olvido regentado por dos hermanos portugueses que abrían borrachos y cerraban al borde de la media noche, engarzados en la juma de ayer.

Por sus pasillos, entre gaveras apiñadas, han desfilado aspirantes a alcaldes y gobernadores, actrices en el vértigo de la decadencia, cómicos desempleados de “Radio Rochela”, peluqueras despechadas, celebridades de las avenidas quietas, madamas y chulos, aprendices de sibarita y hasta un general implicado en un intento de golpe de Estado, con su barriga rebosante de abstemia.

Decía Ernest Hemingway que un hombre no existe hasta que se emborracha.

Estos personajes de “Por quién doblan las campanas” son siempre los mismos: militantes del romance tropical con el Ventarrón, la guarapa de parchita, el anís Cartujo, el “espérame en el suelo”, la ginebra lavagallos, el cocuy pinchado y el ron Macondo, que han venido a suplir el café negro amargo que era la bebida de los Buendía, y a golpe de media mañana el mundo les resulta tan difuso que muchas cosas carecen de nombre y para mencionarlas tienen que señalarlas con el dedo, como en Cien años de soledad.

Yo no he podido penetrar jamás sus intrincados códigos de acceso, de-

*...Decía Ernest
Hemingway que un
hombre no existe hasta
que se emborracha.
Estos personajes de
“Por quién doblan las
campanas” son siempre
los mismos...*

venidos en una logia inescrutable de hijos de Hermes, que exigen linaje de casta para adquirir nómina como individuo de número de alguna de las sillas de esa excelsa corte del placer.

Ayer, apenas, luego de varios años de verlos trasegar los alcoholes del amanecer, viendo a mi hijo cursar el primero, el segundo y hasta el tercer grado de su formación secular para asimilarse a la maquinaria de las instituciones que rinden culto a los horarios de la producción, me atreví a empinarme un Cinco estrellas a las 7:30 de la mañana, lunes para más insolencia, encapillado en un punto ciego detrás de un muro de contención y delante del acceso al baño de damas, y puedo jurar, sin temor a estragos, que todo brilló reluciente: la especulación me resultó insuficiente para el goce del consumo; las colas una fila alegre para cobrar la lotería; los choros de la cuadra dulces mancebos dispuestos a ayudar a las viejitas a cruzar las calles, y el precio de las cosas, apenas una referencia de trazos infantiles para señalar que, en el fondo, todo es gratis y rebosa la abundancia.



Los morralitos del Metro

Hay una cosmogonía más demoledora que la de la línea 1 del Metro de Caracas en hora pico? Sí. La de la línea 2. Es, en sí, una dimensión paralela, donde cualquier cosa parecida al concepto de “servicio de transporte” es pura coincidencia.

Sospechamos que hay distintas extensiones en su extraño ecosistema, pero en resumen puede semejarse a descender los nueve círculos del infierno, que es más o menos el camino empedrado entre Zona Rental y Las Adjuntas.

Todo recae, además, sobre las espaldas del obrero que arrastra como por un milagro de la inercia, el morral destrozado donde lleva algo que nunca he logrado descifrar.

El trabajador, el descamisado, el proletario, que camina agotado yendo y viniendo a través del underground de una ciudad que en su superficie lo desprecia, y en el subsuelo también.

Pero hay una dosis de orgullo en el bolsito descuartizado por la rutina, que sin embargo, frente al paisaje, resiste con garbo herido las batallas de la miseria.

Muchas veces me he detenido a pensar, seriamente, qué lleva con tanto celo. Un día, en Petare y a cielo batiente, un malandrín de acera se atrevió a meter su mano subrepticia frente a los ojos indolentes de los viandantes, y extrajo de algún bolsillo maltrecho de uno de esos morrales vagabundos un fajito de billetes de a 10 que valía tan poquito como

...hay una dosis de orgullo en el bolsito descuartizado por la rutina, que sin embargo, frente al paisaje, resiste con garbo herido las batallas de la miseria...

ahora. Todo pasó en fracciones de segundo y el trabajador de cachucha manchada, pantalones grasientos y camisa deshilachada siguió su camino en esa ruta ciega hacia los abismos, sin darse cuenta de que le habían metido mano.

Los secretos de los morrales de los trabajadores que circulan a través del Metro, es una asignación pendiente para los cronistas de la ciudad, llamados a revelar la pócima de la resistencia de esos seres trashumantes, la fórmula de su fajina silenciosa, la intransigencia infinita de los bolsos remendados por hilos de smog y sudor. Qué bellos se ven, al final, en su graciosa obstinación y su sagrada inocencia.



Marcianos en Fuerte Tiuna

Yo juraba que no iban a llegar. A las 3 y 15 minutos de un sábado de éstos, se hizo un silencio sepulcral en el estadio José Antonio Casanova del Fuerte Tiuna.

Las nubes comenzaron a tomar formas irregulares, como pelotas de algodón mohoso, salpicando aleatoriamente el cielo azul profundo de Caracas. Un viento frío arrancó de cuajo varias gorras de las casi 3 mil cabezas presentes en “El día esperado V”, adueñadas de toda la gradería izquierda. Empezó a sonar el “Himno de la Alegría” de Beethoven y un halo de luz brillante repicó desde el Waraira, como haciendo señales en clave morse, a la altura de Los Venados.

De pronto, frente a ningún asombro, aparecieron tres zamuros flacos con pinta de locos, zigzagueando como unos compadres ebrios.

Yo sé que ver extraterrestres es un asunto de fe, pero no estaba dispuesto a que me vieran cara de bolsa, sobre todo porque es sabido que cada cierto tiempo los anuncian, justo cuando el ambiente nacional se pone convulso.

Esperaba que en cualquier momento Carmencita Padrón terminara ofreciendo por micrófono un combo de ollas Rena Ware en cómodas cuotas, o una suscripción a la Enciclopedia Ilustrada Siglo XXI, pagadero en siete partes.

Un hombre detrás de mí sentenció: “Ya yo estoy preparado, estoy en la

...Yo sé que ver extraterrestres es un asunto de fe, pero no estaba dispuesto a que me vieran cara de bolsa...

lista y sé que en cualquier momento me van a llevar”. Tímidamente viré, suplicando presenciar su abducción en ese justo instante, pero cuando se desparramaron sus 80 años ante mis ojos, supe que ese señor estaba registrado en varias listas a la vez.

¿Y SI SÍ?

Hace como dos meses, en un grupo de Whatsapp en el que aparecí sin ser invitado, un carajo comenzó a prepararnos para el acontecimiento que llegaría a su quinta edición. Curioso e incrédulo, me dejé arrastrar por un ritmo vertiginoso de información y empecé a preguntar.

Se trata de un evento que coordina Carmencita Padrón, la turbada Ofelia de la telenovela Cassandra, exesposa del también actor Roberto Moll y madre de la también actriz Natasha Moll, al parecer, según los chismes de las gradas, ahijada de Chávez. Fue agregada cultural de Venezuela en Canadá y conduce desde

hace varios años el único programa de radio que habla exclusivamente de extraterrestres en Venezuela: Ellos, los visitantes del espacio, todos los domingos a las 7 pm por YVKE Mundial. Ella es, por decirlo en términos gremiales, una “contactada” en permanente diálogo telepático con un Hermano Mayor, Yunnis, que tiene 400 años y de vez en cuando se deja ver.

De Venezuela, me cuenta un pana -que llamaremos Melchor para

...los “ufólogos” dicen que es la nueva Jerusalén, con cargas energéticas únicas en el mundo que nos han vuelto un faro para la humanidad...

resguardar su identidad-, los “ufólogos” dicen que es la nueva Jerusalén, con cargas energéticas únicas en el mundo que nos han vuelto un faro para la humanidad. “Tanto así que el cuerpo astral de Chávez entró en una nave el día de su partida. Ahora mismo hay platillos interestelares resguardando el Cuartel de la Montaña y Yunnis cuida personalmente a Maduro”, precisó.

Con esos datos sorprendentes me lancé expectante, aunque sin mucha confianza, pero preguntándome: “¿Y si sí?”

86

Lilia vera en la gala

Janeth, una hermana de tertulias poéticas y cotilleos del corazón, me dio la clave para hilvanar la idea: “Lo ilógico sería que siendo el Universo infinito, solo en la Tierra se expresara la vida”. Yo insistí en una línea de J. J. Benítez y me encogí de hombros: “Mientras no se registre ese histórico encuentro entre el hombre de la Tierra y los ‘hombres’ que nos visitan, lo más que podemos hacer es teorizar, sospechar, imaginar...”

No estaba asustado, pero sí ansioso.

Entrar a la 1 pm y esperar hasta las 3 de la tarde, que era la hora anunciada por los hermanos para aparecer formalmente, se me hizo infinito. Sin embargo, a la 1:35 pm una voz en off interrumpió el barullo: “Bien, amigos, vamos a hacer silencio. Ellos ya están acá y nos pidieron música”. Pensé: pedirle a 3 mil caraqueños que hagan silencio en un estadio de beisbol me parece suicida. Pero se cumplió a rajatabla y enseguida estalló el “Gloria” de Vivaldi, con lo cual se aseguraban las emociones a flor de piel.

“Mira, mira, allá están”, dijo una señora a mi lado y estiré el pescue-

...No estaba asustado, pero sí ansioso. Entrar a la 1 pm y esperar hasta las 3 de la tarde, que era la hora anunciada por los hermanos para aparecer formalmente, se me hizo infinito....

zo. “Están pasando rasantes por el Ávila”, dijo una morena buenísima dos hileras más abajo y lancé la mirada, para verla a ella. “Pasan muy rápido”, aclaró un chamito que observaba con binoculares. Yo me fajé, con mi ceguera parcial, a escudriñar los misterios de ese cielo trashumante que, ciertamente, desde hacía dos días exhibía colores extraños y moldeaba nubes a destajo, como diseñando un escenario movible para comodidad de los ovnis.

“Las nubes no se están moviendo en la dirección del viento”, exclamó

Janeth como una presentadora de noticiero, revolviendo sus ideas con un boletín meteorológico del Inameh.

A la 1:54 pm, mientras todos susurraban, señalaban, estiraban el cogote y hasta sollozaban (la morena no paraba de moquear), Carmencita hizo una entrada discreta al diamante micrófono en mano, se paró mirando al Waraira, se abanicó con la mano, y mientras el sonido lanzaba un estruendoso feedback, me sorprendió su belleza de muñequita de porcelana.

Saludó, pidió perdón a los Hermanos Mayores por la humanidad y lloró. Luego,

después de un repertorio musical que incluyó la aparición de Cristo (o algo así) en bata blanca y túnica verde, Lilia Vera tomó el micrófono, dio la bienvenida apasionada a los visitantes interestelares e interpretó con su poderosa voz la canción “Venezuela”, que unió a todos en un solo coro.

¡Las fotos!

A las 3:45 de la tarde me quería ir.

...Saludó, pidió perdón a los Hermanos Mayores por la humanidad y lloró. Luego, después de un repertorio musical que incluyó la aparición de Cristo (o algo así) en bata blanca y...

No había visto nada y me daba envidia el montón de gente emocionada contando la experiencia de lo que acababa de suceder. De pronto Carmencita subió a los pasillos de la gradería, anunció que tres enfermos de cáncer de próstata habían sido sanados y le pidió a todo el mundo que revisara sus fotos. Yo dije: “Me estafaron, otra vez”, y me fui a buscar un baño con la intención final de escaparme de ese desmadre, mientras veía a funcionarios de la Policía Militar aún deslumbrados. Mi sorpresa no fue pequeña cuando los fotógrafos Michael Mata y Silvino Castrillo, profesionales de la imagen, me pusieron frente a los ojos lo que todo el mundo había captado menos yo: las gráficas de las naves, precisas, creíbles, razonables, aunque muchos confundieron aviones con nodrizas y manchas del lente con marcianos.

Yo y mi pragmatismo quedamos pasmados cuando las evidencias, bastante tangibles, me permitieron separar el trigo de la paja.

La lógica impaciente con la que esperaba la llegada de los extraterrestres, estaba barnizada por la ciencia ficción peliculera. Soñaba escenas de Encuentros Cercanos del Tercer Tipo; ver a ET sobrevolar con su bicicleta El Laguito de Los Próceres. Pero llegaron así, como si nada, en medio de esta Caracas loca.



De Turumo la Champeta

Vete para donde los dominicanos” me dijo Alicia, una cachaca maciza que vende quemaítos de Mr Black, Sayayín, Kevin Florez, Sergio Liñán, Charles King y Eddy Jey al final del mercado de La Cuchilla, cerca de la estación del Metro. “Ahí se bebe, se baila, se jode, se conoce mujeres... y lo que salga”.

Vano esfuerzo al orientarme en mi búsqueda de “champeteros” y descubrir sus prácticas rituales. Con “lo que salga” me abrió la caja de Pandora donde abundan las más encandiladas elucubraciones, sobre

todo en ese paraíso bizarro que es Petare: buscando a los dominicanos (en Petare casi toda búsqueda es fructífera), conseguí café, gatarina, albúmina humana, enalapril, caraotas y, con un poco de esfuerzo, hubiera hallado el unicornio azul de Silvio Rodríguez, un dragón sin fuego amarrado de una pata, una ponchera con sirenas en exhibición y el eslabón perdido de la evolución humana.

Al champetero yo lo había predefinido con todos los estigmas al uso: es una tribu de la periferia, cercana al delito,

libidinosa y degradante. Me dijo una amiga, persignándose luego de entonar tres avemarías: “Son muy vulgares, sus canciones incitan a la violencia de pandillas y hacen apología a la mediocridad, por eso es que estamos como estamos y cada vez más muchachitos regados por ahí; cerveza, vicios, mujeres”. Se me hizo agua la boca.

*...sus canciones incitan a la violencia de pandillas y hacen apología a la mediocridad, por eso es que estamos como estamos y cada vez más muchachitos regados por ahí; cerveza, vicios, mujeres”.
Se me hizo agua la boca...*

Recordé una escena de la película *La lambada*, el baile prohibido, que me transfirió a una escena de *Rebelde sin causa* con James Dean, *La Revue des Revues* de Josephine Baker y así hasta lo más hondo del pecado, que es cuando Eva bachaquea con manzanas y Adán se las compra al triple del precio justo de Dios.

Daniel Jazz, al otro extremo de la ciudad (las alturas de Santa Cruz del Este, en Baruta), me las cantó en un tono de dancehall: “María moñito se le partió / La cama que el chagua le dio / La trajo pa’ que la arreglara / Porque soy el que la lava... serrucho, serrucho, esta noche doy serrucho”. De bolas que no es una línea de *El amor en los tiempos del cólera*, pero sus orígenes tienen el mismo paisaje: la ciudad virreinal amurallada, asediada por los piratas del Caribe, principalmente Sir Francis Drake, que fracasó en todos sus intentos por invadir Cartagena de Indias en la costa colombiana, convirtiéndola en el puerto negrero más importante de la Colonia.

En sus orígenes está su encanto: la champeta constituye un acto de resistencia cultural, un capítulo del cimarronaje, la sedición corporal de las identidades y del contacto sexual. Alexander von Humboldt es más exacto: “Los esclavos ofrecidos a la venta eran jóvenes de quince a veinte años. Todas las mañanas se les distribuía aceite de coco para que se frotasen el cuerpo y dieran a su piel un negro lustroso. A cada momento se presentaban compradores que, por el estado de la dentadura, juzgaban la edad y la salud de los esclavos, abriéndoles la boca con fuerza como se hace en los mercados con los caballos”.

Jazz, efectivamente de los Jazz del departamento de Bolívar en la costa

*...En sus orígenes
está su encanto: la
champeta constituye
un acto de resistencia
cultural, un capítulo del
cimarronaje, la sedición
corporal...*

Caribe, aclara lo que quizás pocos saben: “Turumo es como una sucursal de Cartagena en Venezuela” y deja por sentada la transferencia cultural, simbólica, anecdótica y vivencial de dos pueblos que siempre fueron lo mismo, hoy ligados por un catalizador: la champeta, música de origen africano convertida en danza urbana que se baila con furia sensual, entretiene a muchos y ofende a otros por su sexualidad explícita, su desenfado. Tanto en la urbe turística y blanca de Cartagena como en la ciudad formal y clase media de Caracas, la champeta es un escándalo arrabalero y una lucha contrahegemónica frente a la ciudad amurallada.

Es mentira que alguien se preñe bailando, que se sepa, aunque el tongoneo libidinoso de las caderas tiene más de episodio genital que de divertimento. De la champeta africana a la criolla, de la urbana a la electrónica, desde los discos que produce el picó (la miniteca) Rey de Rocha o El Imperio, hasta los piques entre bailarines y el jamaqueo en pareja, la champeta, como género musical y hecho cultural, puede gustar como generar rechazo.

En Caracas es un fenómeno del underground que por 30 años ha movilizó a los intérpretes de moda y a miles de seguidores al Brígido Iriarte, al estadio de Caucagüita y al Naciones Unidas. Además, fragua rumbas en los más intrincados vericuetos del Petare insondable casi todos los fines de semana, que muchas veces terminan con alguna víctima mortal por plomo, sexo o verdadero amor. Es, además, un privilegio del arte y un ejercicio democrático.

Y uno se pregunta, con razón, ¿qué tendrá que ver el episodio de la historia colonial con el desnalgue de unos carajitos de cachucha y licras, al compás de un sonido machacante con cadencia marginal y maleva en los barrios caraqueños?: pues la memoria ancestral, dice uno.



Los manteleros del centro

92

Si nos atenemos al drama, pensaríamos que se trata de un minúsculo apocalipsis. Sujetados a la narrativa del caos, muy efectiva en su misión de desesperar al pueblo, creeríamos que aquello es una escena opresiva de la serie *The Walking Dead*, con sus zombies caminando hipnotizados y sin rumbo buscando algo que morder. Podría parecer también, el corolario de alguna de esas películas hollywoodenses que insisten en el fin de la vida sobre la faz de la tierra y los coletazos de resistencia de sus escasos sobrevivientes sumergidos en la barbarie, tipo *Mad Max*, *El planeta de los simios*, *12 monos* o *Soy leyenda*, donde por suerte, al final aparece una misión gringa que nos salva de la dictadura, el comunismo y la epidemia radioactiva.

Pero no. Es la avenida Baralt, centro de Caracas, un viernes a mediodía. No hay peste radioactiva ni muertos vivientes -que se sepa-, pero sí recorre el plató un rumor de enjambre que indica que la vida bulle desde una esquina cercana a Cuartel Viejo, donde se hizo famosa otra película pero de terror: *Puente Llaguno*, cuando en 2002 “las fuerzas del bien”, intentaron rescatarnos del fin de los tiempos acabando con “la peste roja”. La escena confluye de norte a sur (y viceversa) con su majestuosidad imponente y su paisajismo tropical. Desde *Dos Pilitas*, arrastrando penachos nubosos desde el *Waraira Repano* -ese muro de contención rocoso que nos regaló Dios como manto protector- llega hasta Quinta

...Es la avenida Baralt, centro de Caracas, un viernes a mediodía. No hay peste radioactiva ni muertos vivientes -que se sepa...

Crespo una ciudad que se desparrama con sus contradicciones del siglo XXI, falazmente atravesada por el enemigo más cruel que jamás hubiéramos imaginado: la guerra económica.

“¿Un maldito pedazo de jabón azul de panela en quinientos mil?”, fue la dulce exclamación de una jeva de caderas espeluznantes en la esquina de Maderero, al intercambiar su singular diálogo de saberes con un buhonero que eufemísticamente un funcionario del gobierno pasó a llamar “comerciante informal”. Fue una tensa negociación que habría

...“¿Un maldito pedazo de jabón azul de panela en quinientos mil?”, fue la dulce exclamación de una jeva de caderas espeluznantes...

terminado en sangre a no ser porque casi cualquiera de nuestras tragedias domésticas se saldan con gracia: “‘ta bien, mami... dame mil”, le respondió el vendedor cagado de la risa, pero sin perder la firmeza frente a su belleza explosiva, a lo que ella respondió con un esbozo de sonrisa resignada.

Es, junto a las avenidas Urdaneta, Fuerzas Armadas y Universidad, la arteria vial más ecléctica de Caracas. Un desnaigue que nació en 1961, en homenaje al historiador, periodista, escritor y poeta venezolano Rafael María Baralt y como

parte de los proyectos de expansión de la ciudad de arriba hacia abajo. La idea era buena, quizás, pero decretó la muerte de muchas de las esquinas iniciales y las antiguas viviendas y edificaciones que albergaron al alma fundacional de la capital devenida en urbe hipermoderna.

Siempre fue calamitosa por sus interconexiones institucionales, su trá-

fico vehicular de líneas informales prestando el siempre deficiente servicio de transporte público y su confluir de necesidades cartográficas. Pero hoy es el sumun del desconcierto, con leyes dictadas por el azar, con su parnaso en el Mercado de Mayoristas de Quinta Crespo donde si algo no se encuentra o incluso no existe, allí encuentra acomodo en alguno de sus oscuros laberintos.

Se trata, para describirlo de algún modo, de un microuniverso de vida cosmopolita “ordenado” por la inercia, con infinitos accesos y corre-dores malditos a donde regresó esa especie tan nuestra como la arepa, pero diversificada por la necesidad fáctica: los “manteros”, ofreciendo todo lo que ha podido ir exigiendo el imaginario urbano como parte de sus necesidades reales y ficticias.

La oferta es variopinta: porno para todo gusto, tubos de media, canillas, alicates, arreglos florales marchitos, ropita extra usada, jarrones partidos, alguna antigüedad incunable, cargadores de batería, piezas de repuesto, celulares aún calientes del atraco más reciente, cauchos rin 13 (lo pides y te llevan a un pasadizo secreto donde descansan apiñados), y cualquier cosa comestible con sabores sospechosos.

“No somos delincuentes”, es lo primero que te dicen si preguntas. Muchos -es lo que en esencia traducen- son pueblo proletario atravesado por la pobreza y la viveza. Otros, son auténticos bichos de uña, que despliegan su mercadería sobre una sábana gastada en medio de la acera por donde fluye la ciudad entera haciendo equilibrio. Ahí vocean o simplemente se dejan arrastrar por la desidia

*...La oferta es variopinta:
porno para todo gusto,
tubos de media, canillas,
alicates, arreglos florales
marchitos, ropita extra
usada, jarrones partidos,
alguna antigüedad
incunable...*

feliz de las horas, en las que aprovechan para comerciar lo que salga en medio de la más vasta impunidad.

No es lo mismo trabajar en horario de obrero para obtener un sueldo mínimo y sobrevivir, que sacarle diez veces su costo “bachaqueado” a un kilo de azúcar en plena vía pública “sin jefe, sin horario, sin roncha”, advierte el flaco Yulbreider, uno que accede a ser entrevistado sin micrófono y cuyo nombre, por supuesto, sí es ese.

Lo observo un rato antes de entrarle. Reina sobre uno de los territorios más malévolos del centro de la ciudad, en uno de los oficios más oscuros y controvertidos. “Mano, yo soy el primero que quiere que esto se acabe: quiero trabajar normalmente, tener comida en el mercado para ir a comprar y llevarle a mi familia, tener mi día de descanso”. No le creo, pero le digo que ese razonamiento lo dignifica. Se toma el pantalón por el cinto y lo estira. “Mira esta vaina, yo pesaba 140 kilos, ahora estoy en menos de 70, en menos de un año”. Tampoco le creo, pero me muestra las estrías de sus caderas. Es guariqueño, vive en la Cota 905, tiene mujer e hijos, 29 años

...Casi todo lo que sucede en las aceras de la avenida Baralt es ilegal o dudoso. Desde el origen de lo que se oferta hasta su destino, pero allí confluye junto al resto de los argumentos históricos...

como mucho. Ni aspecto de malo, ni de bueno. Es un sobreviviente. “Esto es un trabajo”, insiste. De lunes a lunes, con una rutina que implica moverse ágilmente en su ecosistema, ofrecer mercancía, vender, reponer, llevar comida a casa, regresar; y así en una espiral interminable, que encuentra su lado feliz al conseguir el plato de comida servido en casa y los chamos bien alimentados. Su lado dramático es las confrontaciones con la autoridad, que hizo un amago de agudización con la aplicación del Plan Antibachaqueo, para luego convertirse en otro bluff.

Antes se dedicaba a la construcción, pero lo último que llegó a devenir como ayudante avanzado de albañilería en Fuerte Tiuna fue Bs. 10.000 a la semana hace como dos años. “¿Eso de qué me servía si ya el lunes tenía que pedir prestado para el pasaje?”

Casi todo lo que sucede en las aceras de la avenida Baralt es ilegal o dudoso. Desde el origen de lo que se oferta hasta su destino, pero allí confluye junto al resto de los argumentos históricos, políticos, anecdóticos y espirituales que le dan sentido a la ciudad. Allí se dan cita, en la babel vertiginosa que es Caracas, el funcionario policial, el revendedor, el viceministro, el fiscal, la doñita, el bombero, la chamita bien, el mototaxista, el cajero de banco, el jubilado, la parejita enamorada soñando con fundar un hogar, y todos los que hacen parte del trapicheo promiscuo y la épica doméstica que nos permiten sobrevivir.



La memoria del paisaje

Cuando manejo no reconozco el paisaje. Como mucho, me entretengo sacando cuentas de los caminos más expeditos en las horas agudas del tráfico capitalino. Me dedico a dibujar rutas imaginarias, lapsos horarios, estados del tiempo, posibles emboscadas de las avenidas, hasta que arribo sorprendentemente a destino. No pasa lo mismo cuando soy copiloto o usuario de autobús: súbitamente renacen ante mis ojos escenas condenadas a la trastienda por la indiferencia o la desmemoria.

*...Cuando no manejo,
convivo con un
escenario móvil que
permanentemente me
remite a los paisajes
fascinantes de mi
niñez, y a pesar de
haber conocido otras
geografías...*

Cuando no manejo, convivo con un escenario móvil que permanentemente me remite a los paisajes fascinantes de mi niñez, y a pesar de haber conocido otras geografías, afirmo que para mí no existe un universo tan pleno de misterios infantiles como la Caracas que se desviste ante mi mirada, como una vieja amante con obsoletos trucos de seducción.

De este a oeste por la Fajardo, observo hechizado a la altura de La Urbina la chimenea aún humeante de la fábrica

dónde trabajaba papá y que mi mamá siempre nos señalaba con emoción, cada vez que nos embalábamos de bruces en una ranchera Chevrolet del 77 hacia alguna playa de Higuerote. En aquellos días mi imaginación esbozaba un ingenio industrial de dimensiones futuristas con infinidad de obeliscos y portones, por donde accedían millones de obreros de traje negro y luctuoso. Hoy observo con decepción un par

de galpones desde donde tres obreros agazapados salen a meterse una bala fría.

El Parque del Este (hoy Francisco de Miranda) representaba para mí el sueño de la selva infinita de donde, yo juraba, algún día saltaría desde la penumbra un tigre de Bengala de colmillos lustrosos a devorarse a los vendedores de helados de la autopista.

La Carlota, como no, era el epicentro de una operación internacional de salvación del planeta frente a una invasión marciana. Allí operaría un puente aéreo que permitiría salvar a los caraqueños de la marabunta interestelar.

Todo tenía para mí una dimensión gigantesca, y las torres de Parque Central se elevaban más arriba del cielo y rozaban a Dios; el Jardín Botánico limitaba con Tanzania; en El Teresa Carreño cabían tres Venezuela; desde el Metro de Caracas se hacía transferencia al estrecho de Bering, y los picos del Everest apenas si llegaban hasta La cota mil frente a la inmensidad de El Ávila.

Al pasar los años la mirada adulta va asesinando la hermosa sonoridad de la imaginación, y la memoria, con sus fauces de pragmatismo ilustrado, nos postra ante lo que creemos son evidencias de que cuando mirábamos como niños éramos ilusos. Por eso, cuando no soy quien maneja, aguzo mi mirada, sueño despierto con dragones y en Caracas se dan cita todos los mundos arrinconados por el olvido.



Yarisol de la Andrés Bello

Yarisol es una morena cobriza de casi dos metros de alto, camiseta escotada y tres zarpazos sobre su hombro izquierdo. Nunca he preguntado de qué se trata, pero son cicatrices pavorosas, de un tiempo que de seguro no fue el mejor. Sube sonriente cada mañana al autobús en la Plaza Andrés Bello y me acompaña con su perorata hasta la avenida Urdaneta en el punto donde el elevado de las Fuerzas Armadas se trenza como hilo de filigrana con el tejido de la ciudad de norte a sur.

...A mí me engañaron tres veces y me montaron tres muchachos, pero ya no me engañan más porque ya me ligué” dice mientras blande sus bocadillos

“A mí me engañaron tres veces y me montaron tres muchachos, pero ya no me engañan más porque ya me ligué” dice mientras blande sus bocadillos de guayaba que ofrece a módicos costos y hasta fiados, siempre que el cliente sea un asiduo como yo. Vende sus baratijas junto a su hija, una niña hermosa y casi igual de larga de no más de 12 años, con una belleza entre caribeña y mitológica, como salida de un mural funerario en honor a la princesa Itet en una tumba etíope.

Se mueve ágil y atenta, le abre camino a los pasajeros, saluda a las amigas del barrio o a las señoras que van al mercado Guaicaipuro bien temprano, dialoga con entusiasmo, se ríe y de pronto casi llora, cobra las cuentas pendientes y saca sonrisas de más de un rostro desprevenido y aún petrificado a las 7 de la mañana, cuando nadie reconoce aún su lugar en este mundo, y menos en las calles sucias y quejosas de una

ciudad que se la pasa revuelta.

“Dígame esa vaina, esos sifrinos creen que van a tumbar al gobierno, si, hombre, si, como si ellos fueran pueblo”, lanza como un estruendo que enseguida me saca del mutismo lector cuando aprovecho el eco repetitivo de las calles para rastrillar algunas páginas de un libro malgastado. Sin querer, Yari, como le decimos cariñosamente, me coloca de nuevo sobre el pentagrama de la realidad con una habilidad sutil, pero contundente, y me sorprende su rapidez discursiva y su perspectiva ideológica. “Esos locos se están matando allá en el Este, porque aquí lo que sobra es paz”, sentencia y remata, “digan amén”, y todos a coro, “amén”, mientras me mira suspicaz y me guiñe un ojo, buscando complicidad o seguridad o un espejo para verse reflejada.

A veces pienso que esta ciudad no es más violenta ni más hostil sino más auténtica, además con una velocidad de vértigo, la misma con la que Yari expresa su realidad histórica, toma a su muchacha de la mano, sus bocadillos bajo el sobaco y se desvanece con la fugacidad de un petardo por entre la multitud que ya atenaza la avenida en medio del ajeteo capitalino que despierta para incorporarse a la fajina. Cuando trato de congelar su último celaje por entre la muchedumbre de esta mañana, como una fotografía añosa y mohína, me pregunto urgido en qué momento su claridad dejó de ser grito para convertirse en eco.



Arderás en las pailas de El Junquito

“Les dijo Jesús: Venid, comed...”
Evangelio de san Juan 21:12

1 Del Cenáculo a Getsemaní

La noche anterior cené ligero. Sabía a lo que me enfrentaba. Me levanté temprano al día siguiente, llevé a los chamos al colegio y le di tres vueltas a mi puesto de empanadas de confian-

za, evitando la tentación con rigidez de gelatina. Ya gravitaba en el pecado. Orando y en ayuna redoblé la marcha hacia la plaza El Venezolano, donde una cola inmensa, pero fluida, troceaba el centro en dos, a partir del cohete interestelar que se erige con vigor fálico en uno de sus ejes. Un camión despachaba sardinas, boqueando todavía, y la gente las llevaba por toneladas, menos yo, que 15 días antes había recibido el resultado de un perfil 20 de rutina: colesterol en 301 y triglicéridos en 203, es decir, un kamikaze en caída libre hacia la inmolación.

...Corría Semana Santa y me hablaron del demonio y de los pecados capitales. Tantas veces condenado a arder en las pailas del infierno que sentí que la labor sería solo rutina. Así, cargamos esa cruz y aterrizamos con desesperación de aquelarre en el kilómetro 23...

2. Del huerto a la casa de Anás

Corría Semana Santa y me hablaron del demonio y de los pecados capitales. Tantas veces condenado a arder en las pailas del

infierno que sentí que la labor sería solo rutina. Así, cargamos esa cruz y aterrizamos con desesperación de aquellarre en el kilómetro 23 de la carretera que empata a los municipios Libertador y Vargas, a 1.750 metros de altura, con frío, hambre, expectación y angustia frente al pecado de la carne que se dibujaba ostensible sobre una callejuela de medio kilómetro, hedionda a uno de los más sublimes aromas del que tenga memoria la humanidad: el cochino frito, que a la distancia resulta una cruel bofetada.

3. A casa de Caifás

Escupido e injuriado me sentí cuando Miguel Rodríguez, del restaurante La Cubana, me dijo en tono confidente que es puro cuento chino lo de que la gente no come carne en Semana Santa. “Es cuando más se llena El Junquito”, me juró, y pichó dos morcillas andinas con arroz que, literalmente, derritieron su negro aguijón sobre nuestras lenguas. Allí iniciamos el ascenso al calvario, creyendo que hacíamos bien recorriendo los siete templos... de la carne, distribuidos aleatoriamente en la única calle del minúsculo y simbólico pueblo bautizado, por los sibaritas menesterosos como “la ruta del colesterol”. Y no son siete sino más de 70 locales comerciales que, entre otras menudencias, se dedican a despachar con pasión beatífica chicharrón, pernil, pollo, chorizo, morcilla, chinchurria, hígado, panza, oreja, lengua, costilla, bofe, bollitos, cachapas, en presentación individual o en parrilla colectiva.

...es puro cuento chino lo de que la gente no come carne en Semana Santa. “Es cuando más se llena El Junquito”, me juró, y pichó dos morcillas andinas con arroz...

4. A casa de Pilatos

Falsos testimonios cayeron sobre mi cuando, lleno de asombro, me dejé arrastrar por las ofertas cariñosas de los muchachos que brindan de sus platos calientes trozos de degustación, y hasta se ofenden si los desprecias. Por un momento uno dejó su bandeja humeante en mis manos en medio de la acera, mientras ingresaba a la cocina a buscar muestras de cachapa. A punto estuve de alcanzar un estado transitorio de purificación ecuménica ante ese revoltillo de hostias de confirmación. Me persuadió el rostro enternecedor de Petra Delgado,

...A punto estuve de alcanzar un estado transitorio de purificación ecuménica ante ese revoltillo de hostias de confirmación...

dueña de la carnicería El Caserío, con 20 años despedazando piezas de cerdo, quien recordó que antes la procesión de comensales era mayor y hacía más frío. “El secreto es que todo se prepara con productos de primera y picadito, picadito”, y señaló hacia atrás, desde donde la escoltaba una torre de ajoporros con rastros de tierra en sus tallos.

5. Al palacio de Herodes

Entré en trance. Los quise abrazar a todos, picar chorizo, besar a las vendedoras, picar pernil, acariciar a los perritos, picar chinchurria, domesticar un loro, masticar chicharrón, y así. Escarnecido por la soldadesca, me asilé en El Mesón del Junkito, donde Gustavo Flores abundó en las claves del gusto: “Los productos vienen de mataderos cercanos, de Carayaca, Los Teques, los chorizos y las morcillas caseras, de los alrededores”.

6. De vuelta en casa de Pilatos

En Junkito Campestre quemé las naves. Ya sabía que sería azota-

do, coronado de espinas y condenado a muerte, así que pedí una parrillita chiquita para la foto. Enmanuel Rojas, uno de los voceadores de las aceras (que te persiguen, se te pegan como chinches y te convencen de que sus productos son cien por ciento ligeros), le entró al chisme y nos confesó que entre semana suben los novios, los estudiantes, los amantes, escapados y dispuestos a dar la estocada con un arreglo floral de morcilla sanguinolenta en plena ruta del pecado. Me explicó los misterios de la preparación: lo primero es que todo esté fresco, freírlo término medio hasta dejarlo jugoso, aderezar con sal praga (una mezcla especial que resalta el sabor y la textura de las carnes) y orégano, se congela y se repone la mercancía semanalmente. Además, se fríe en manteca extraída del cochino, preparada allí mismo, que se cambia cada día para que no queden restos escaldados.

7. En el Monte Calvario

También había fresas con cremas, duraznos, cerezas, verduras, rosquetes isleños, dulce de guayaba, abrillantados. Pero para allá ni volteé a ver.



Mambo en La Asunción

Yo juraba, a las 5 de la tarde, que vería la pira fantasmal de Roma devorar bajo el fuego el gran templo de Júpiter y el hogar de las vestales desde la quebrada Chacaíto a la altura del Waraira. Cuando embalé a twinki vuelto un Pegaso desde la Cota Mil hacia el Celarg, seguro estuve, por unos minutos largos, que me aventuraba al aniquilamiento. Pero como cuando

Cortés decidió quemar las naves de la conquista a orillas de Veracruz sin darle chance al remordimiento, yo me dije en perfecto monólogo interior: a la batalla voy con mi Caballo de Troya hacia las infames guarimbas de Altamira.

Puro aguaje. Llegué a la Sala Frida Khalo del centro de estudios en fracciones del tiempo convencional de la gente decente, como pocas veces en mi vida, y me fui arrastrando con desparpajo de cínico a las veleidades del placer dejándome seducir por los panas del colectivo

de poetas Oficio puro, y la lírica me fue trasmutando hacia la palabra, el arte y la amistad, cuando me encontré en la sala a mi Hamelín posmoderno favorito, el grande Veneno, con sus marcas gigantes y el flow de la Señora Juanita en tono de Freestyle, y a Pedro Ron con sus increíbles crónicas de camino, tan inverosí-

...Puro aguaje. Llegué a la Sala Frida Khalo del centro de estudios en fracciones del tiempo convencional de la gente decente, como pocas veces en mi vida, y me fui arrastrando con desparpajo de cínico...

miles como ciertas bajo el manto de su memoria paquidérmica y la herencia oral de sus antepasados pumé, guajobos y kuivas que llegaron a nuestros tiempos como una penitencia ancestral contra el olvido.

Con ellos deambulé la tarde-noche de uno de esos días espectrales en que las noticias hablaban del fin de la ciudad y la hecatombe de la Revolución, y terminé, aún no entiendo cómo, en La Patana sorbiendo la exégesis vernácula del tequila, el sustancial y picante Cocuy, hasta que el desparpajo de la bohemia me hizo sortear las barricadas escuálidas a tenor de lo caricaturesco, para terminar bailando Cuero na' ma' apretujado y sudoroso bajo un foco azulado de La Asunción, un templo de salsa y control en el corazón de Sábana Grande.

Yo no sé si es de caballeros o no hacer la referencia del caso, pero en medio de una semicorchea de tobillos y un rebote de batatas exageradamente histriónico, cuando retumbaba el güiro al compás de una remontada gloriosa, no sé por qué se me ocurrió preguntarle a mi pareja de baile si ella prefería el socialismo o el capitalismo. Minutos de terror y silencio se adueñaron de los bailantes, bajo una atmósfera agobiante que se volvió soporosa y febril, hasta que la chica respondió con una metralla cerrada de ojos indolentes y un comentario que aún retumba en mi conciencia resacosa: “señor, yo lo que quiero es mambo”.



Sangueo por la paz

Estaban los muchachos de Marín, unos negros prietos con sonrisas de perlas finas, salpicando el camino de cantos hondos que alguna vez fueron lamentos. La delegación de Antímano la encabezaba Eduardo Méndez, con su larga barba de viejo hechicero y su sombrero ajado de palmiche coronado: “¡Ay!, despierta si estás dormido, Juan, despierta si estás dormido... de ese sueño tan profundo”.

...Migdalia Tovar, de los de la cofradía de La Vega, nos contó que una vez se fueron a celebrar con sus cofrades del Guarataro cuando eso era plomo colado y navajazos con liguitas...

Los de La Vega tenían un bochinche severo. Era una masa compacta de pueblo ebrio de felicidad, que sabía algo que la mayoría de los caraqueños desconocen: “¡Ayyy, mi San Juan!, mete tu mano bendita pa’ que no haiga más peo”, lanzó como ensalme Candelaria, una negra espesa y dulce como la miel, que desde hace más de 40 años le encomienda todas sus causas al patriarca.

Migdalia Tovar, de los de la cofradía de La Vega, nos contó que una vez se fueron a celebrar con sus cofra-

des del Guarataro cuando eso era plomo colado y navajazos con liguitas. Llegaron a media mañana y le pidieron a los malandros que le bajarán dos, pues de ahí no se iban hasta homenajear a su santo. Fue necesario un cónclave cerrado de pranes, unos minutos de agria tensión y una ráfaga al aire para detener la violencia

y darle paso a la procesión y al bailorio. Tambor y canto.

Una marchita buena

El 23 de junio pasado en la mañana, diez parroquias caraqueñas, auspiciadas por el Ministerio de la Cultura, zarandearon a su santo desde la Plaza Bolívar hasta el Foro Libertador, interpretando una de las fiestas de la liturgia popular más arraigadas en la ciudad, a pesar de los extraños pasadizos de ida y vuelta que ha tenido que transitar para aposentarse con toda su carga de fe en la ciudad del siglo XXI.

Ya por la segunda mitad del siglo XVIII, nos cuenta el investigador y cronista René García Jaspe, se envió un pedido de algunas personas al Capitán General para que interviniera en la manera como los esclavos estaban celebrando la fecha de San Juan. La carta se la dirigieron primero al obispo los mayordomos de las cofradías de Nuestra Señora de Guía y de San Juan Bautista de la iglesia de San Mauricio de Caracas, y este, a su vez, dirigió el caso al Capitán General de la Provincia: “Lo que algún tiempo fue una inocente demostración de afecto y pudo entonces ser estimado por culto a los santos, hoy es sin duda intolerable y delincuente desahogo de las pasiones, tanto más criminoso cuanto se cubre con el especioso velo de una sinceridad afectada y de un culto supersticioso. Algunos de los morenos de esta ciudad que en nada sirven a la iglesia de San Mauricio, ni son de sus cofradías, hombres y mujeres en un montón desconcertado en baile profano, ceremonias

*...“Lo que algún tiempo
fue una inocente
demostración de afecto
y pudo entonces ser
estimado por culto a los
santos, hoy es sin duda
intolerable ...*

ridículas e instrumentos estrepitosos, se introducen a ambas procesiones... suplicamos por todo dicho se sirva Vuestra Señoría para el remedio que conviene pasar sus políticos oficios al Señor Presidente, Gobernador y Capitán General a efecto de que en los mismos días de ambas procesiones, por medio de sus ministros de justicia, prohíba absolutamente la pulsación de los tambores que entonces usan los morenos”.

Como consecuencia, sigue García Jaspe, citando los documentos que reposan en antiguos archivos, el Capitán General decretó un Auto prohibiendo el baile y uso de tambores en esas procesiones caraqueñas el 15 de junio de 1793.

Tradición caraqueña

Benito Irady, un experto mundial en asuntos de tradiciones, presidente del Centro de la Diversidad Cultural y artífice de la designación de, al menos, cinco manifestaciones de cultura popular venezolana como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad por la Unesco, nos aclaró: “El origen del culto a San Juan fue en Caracas, cuando se constituyen las primeras cofradías. Después, San Juan se propagó por las haciendas y los pueblos que se fueron fundando alrededor, en Carabobo, Aragua, Miranda y Vargas... Hoy hay alrededor de 500 organizaciones, entre cofradías y asociaciones, que celebran este culto en toda la región, y está planteado iniciar con ellos la organización de los planes de salvaguardia de esa manifestación, pensando en que se puedan mantener por los años, que no desaparezca como desapareció de Caracas en un momento del siglo XVIII, porque la Iglesia lo prohibió, para luego regresar con las migraciones del campo a la capital”.

San Juan Bautista es uno de los santos más legítimos de nuestro panteón místico. Es un santo cimarrón, rumbero, erótico y teme-

rario que ha acompañado la causa de los excluidos en la versión criolla de la religiosidad popular. Podríamos decir, para disgusto de la grey católica más rancia, que es una deidad ñángara.

Pero no entra en los altares de los santeros ni de los espiritistas por una hermética razón que la señora Candelaria, con un ramo de eucaliptos en una mano, no nos quiso revelar.

Durante el régimen esclavista y colonial se le ofrecía a los negros de las haciendas para que matizaran

su dolor con el baile y la parranda cada 24 de junio, cuando hasta podían tocarle tambor. En esta época también era, de alguna manera, un pacificador.

Lo acompañan, además de la desacreditación de los dogmas de la fe, las banderas rojiblancas y unos instrumentos que hacen arder la sangre de cualquiera.

La noche de la víspera, la espera se adereza con la fuerza concéntrica de la percusión que anima las pasiones

con la paila, el cumaco y su sangueo, para estallar a la mañana siguiente con la furia electrizante del culo 'e puya y el quitiplás que, dependiendo de la región del país, mueven a sus adoradores en una danza frenética e instintiva sin distingo de color ni filiación política. Algunos dicen que ahí es cuando a todos nos sale el negro que llevamos dentro.

Herejías de la fe

Pero en San Juan, como en muchas otras fiestas populares regidas por el calendario católico, la religiosidad más profunda no tiene fronteras con lo pagano. Como con San Pedro, San Benito,

*...la espera se adereza
con la fuerza concéntrica
de la percusión que anima
las pasiones con la paila,
el cumaco y su sangueo,
para estallar a la mañana
siguiente con la furia
electrizante del culo 'e
puya....*

San Antonio, la Santa Cruz, Corpus Christi, etc., se le reza, se le instala en un altar, se le acompaña con trances de fe, se le cumple promesas, se le pasea en procesión por el barrio, pero al rato se le cubre con un velo de indulgencia ante la debilidad de la carne: eso termina en baile, parranda, alcohol, roces, cantos profanos y una especie de lujuria que, aunque quizás no sea pecado, lo parece.

Mientras a pocos kilómetros del Centro ardían las hogueras del odio en el día más largo del año, que indica el inicio del verano y que fue por siglos una fiesta muy celebrada por las culturas paganas previas al cristianismo, dos bellezas tropicales sostenían un rezo silencioso por el fin del terror. Paseaban un colorido estandarte, en nombre de la Biblioteca Pública de La Cañada, Ramona Martínez, de 88 años, y Meri Chirinos, de 76, quienes le rinden culto al San Juan del 23 de Enero desde hace 14 años. “Que traiga la paz, pero no solo a Venezuela sino a todo el mundo”, gritó Ramona sin un síntoma de cansancio mientras redoblaban el repique y ella danzaba pesada y feliz.

Jesús “Chucho” García, un importante investigador de las tradiciones afrovenezolanas, se llegó hasta África y vinculó muchos cantos, ritos, instrumentos y expresiones, sobre todo de la región del Congo-Angola, con los que aún se usan en nuestras tierras para reverenciar la santidad.

Benito Irady adelantó que es posible que próximamente el expediente argumental de las fiestas del San Juan de Venezuela, sea introducido en la Unesco para su consideración como patrimonio de la humanidad.



Lebranche en los Manolos

Legan y te sirven un pescado frito del tamaño de un tiburón. Las mesas navegan sobre un turbulento Mar Caribe bajo truenos tormentosos y los corsarios, de a pie, arponean a criaturas mitológicas, como el inmortal kraken, que con sus inmensos tentáculos derrotó a curtidos galeones ultramarinos. Estoy en Los Manolos y no siempre me acompañan. A veces se hacen los locos y la dirección los confunde: ¿En la Andrés Bello? ¿Dónde están los hoteles? ¿Detrás de la Méndez Gimón? Yo me hago el loco también, no me importa comer solo porque nunca estás aislado en el barrio. Te arropan Los hermanos Lebrón, unos panas motorizados que te piden permiso para tomar una silla prestada. José, que te pregunta si quieres otra fría. La señora Carmen picando cebolla en julianas o pimentón en cuadritos chiquiticos. No entiendo cuál es la manía con el barrio. Hay un susto soterrado en la gente que no se atreve a pasar esa frontera imaginaria, entre el centro y la periferia. Algunas de mis mejores tardes han trascurrido en El rancho de ña Carmen. Donde están las canchas. Van médicos, técnicos de televisión, periodistas, gente de la UCV, obreros. Porque de viernes a domingo hay una fiesta playera en medio de la ciudad:

...No entiendo cuál es la manía con el barrio. Hay un susto soterrado en la gente que no se atreve a pasar esa frontera imaginaria, entre el centro y la periferia...

Baco y Poseidón bailan el solo de “La tempeeratuura suuube, suuube...” mientras cruje el lebranche en las pailas de los Ávila Burguillo.

Son unos negros magníficos acostumbrados a fundar pueblos. Salieron de San José de Barlovento, como mucha de la migración que le dio color a Caracas y pobló Sarría, Pinto Salinas, Quebrada Honda, Chapellín. Aunque dicen que Los Manolos lo crearon unos italianos, Pedro Pablo Ávila fue uno de los albañiles que, por allá en los 90, le dio textura a las fachadas, torció los callejones y le puso miel al barrio.

Comenzó siendo un patio de bolas en el 97 (hasta hace poco se le conoció como el Patio de Bolas El negro), y Pedro Pablo empezó

vendiendo empanadas. Hoy es como un museo de antigüedades y curiosidades. Hay carátulas de discos de vinilo, cráneos de vacas, trofeos, pinturas, planchas de carbón, tinteando desde el techo, desbordando las paredes. Atienden de viernes a domingo hasta que salga el último comensal, que puede culminar la jornada con dominó, truco, bolas y baile.

El pescado lo sirven con un borde en filigrana: ensalada rayada, tostones curtidos, un acompañante de aguacate y remolacha, y papelón con limón...

...El pescado lo sirven con un borde en filigrana: ensalada rayada, tostones curtidos, un acompañante de aguacate y remolacha, y papelón con limón...

aguacate y remolacha, y papelón con limón.

Pedro Pablo tiene 71 años, y mira los pescados desde la barrera. A su lado su mujer, ña Carmen, observa a sus muchachos, que son los que se fajan ahora a freír y a servir. Y a cobrar claro.

La especialidad es el lebranche que “pescan” en Coche. El pro-

veedor de confianza les dice que esos mastodontes del mar vienen de las costas de Falcón. Los fines de semana te ofrecen también hervidos y cruzados. Yo he jurado el propósito de no probar otros pescados por ahí, ni siquiera los lebranches asados de la Laguna de Tacarigua, que preparan los Poleo en la desembocadura del río que se besa con el mar.

Ni invento ni exagero. El inmenso estacionamiento de la Méndez Gimón sirve para anclar la nao. De ahí a media cuadra, se desatan las mixturas de nuestros casi 4 mil kilómetros de costa Caribe.

Aquí no hay pirateo ni malandreo: los últimos corsarios fueron pasados por las armas en el siglo XVIII y la delincuencia fue desterrada hace un tiempito ya. Uno que otro jodedor, como siempre, viene y molesta y eso lo machaca la prensa hasta el cansancio, la etiqueta del estigma que suele olvidar que el otro 99% de la gente es buena, trabajadora. Pero Los Manolos es tierra conquistada por la paz. Aquí se viene es a tragar.



Una estatua para Cantinflas

Hasta el diablo tiene su estatua. En Madrid, sobre una fuente, ese bicho de mala índole tiene su pedestal y sus palomas. A nadie parece importarle que ha asustado a tantos niños, y ha obligado a las señoritas de los pueblos a recogerse temprano.

En la capital de Venezuela, para no ir muy lejos, hay una cabeza troceada más fea que Belcebú: es La otra mejilla, de James Mathison, tirada ahí, con repulsión, sobre un espejo de agua en el parque Los Caobos, donde le acompañan de cerca un elefante africano dorado y la imagen de Ícaro muriendo de inanición.

En Plaza Caracas está El Genio, un rostro al borde del llanto de Simón Bolívar que alguna vez fue lo único “humano” que se vio desde las alturas, entre el hormigero de toldos de la economía informal que ocultaban, bajo su tupido follaje, el centro de la ciudad.

Pero no hay una estatua para Cantinflas en Caracas. Nuestro Chaplin, nuestro Cervantes, nuestro Galileo Galilei, con su lujuria verbal, quien injustamente, de paso, fue encorsetado en el Diccionario de la Real Academia Española desde 1992 como un modo de expresión mejicana, sin reparar que gracias al cine de los años 40 pasó

...no hay una estatua para Cantinflas en Caracas. Nuestro Chaplin, nuestro Cervantes, nuestro Galileo Galilei, con su lujuria verbal...

a encarnar, seguramente sin querer, al latinoamericano sojuzgado por el buen habla de las élites: esa manera retórica de significar el mundo a través de la elocuencia católica que, a su vez es, como dice Carlos Monsiváis, la labia del poder y del dinero en México, y donde dice México, que diga América desde el Estrecho de Bering hasta la Tierra del Fuego.

Si hasta hubo un pedestal menguado, el del Monumento a Colón en el Golfo Triste, ajusticiado el 12 de octubre de 2004 por la muchedumbre enardecida que se hartó del oprobio de la conquista y la entrompó contra esa maléfica imagen que alardeaba de su intrusismo desde los jardines de Plaza Venezuela. Justo era que allí, a falta de un sitio mejor, floreciera el busto del prohombre virtual, campeón de la risa en bronce, sobre un mundo donde reinan las efigies que se erigen para recordar a guerreros, mandatarios, empresarios y demonios a caballo, levitando, alados, andróginos, cagados.

Es hora, adoradores de mitos como somos desde que tallamos a una gorda rechoncha, como la Venus de Willendorf para representar la fertilidad hace 20 mil años, de impostar la egregia figura del harapiento universal,

icono del paria urbano, promotor de la fiesta de la lengua, mártir de la blasfemia y la vulgaridad redimidas en su camino hacia la revolución de la palabra, guerrillero en contra de la arquitectura de la sintaxis y apologeta de la incongruencia, métodos infalibles contra

...Le hubiera gustado su estatua en Caracas, porque para él todas las ideas eran respetables, aunque fueran ideitas o ideotas. No le habría importado, para el protocolo laico y la distinción por sus casi 50 películas...

el verbo mediado por el dinero del capital.

Le hubiera gustado su estatua en Caracas, porque para él todas las ideas eran respetables, aunque fueran ideítas o ideotas. No le habría importado, para el protocolo laico y la distinción por sus casi 50 películas, su Globo de Oro y su estrella en el Paseo de la Fama de Hollywood, que algún candidato a diputado, en el acto de inauguración, declarara con sentida grandilocuencia, parafraseando al inmortalizado: “Democracia, mire usted, según la lengua española traducida al castellano, quiere decir demo, como quien dice dimo y dimo con qué nos quedamos. Y cracia, que viene a ser igual, porque no es lo mismo ‘Don Próculo se va a las democracias,’ que ‘demos cracias que se va Don Próculo’”. ¡No hay derecho!



Una rockola en La Concordia

No hay nada más difícil que vivir sin ti. Sufriendo en la espera de verte llegar. El frío de mi cuerpo pregunta por ti. Y no sé dónde estás... Si no te hubieras ido sería tan feliz” retumba al interior de un botiquín desierto al lado de la plaza La Concordia, en cuya puerta de entrada se exhibe un cartel con un mensaje enigmático: “Hay tetas y barquillas cremosas”.

Aunque nada anuncia el preludio de un trío entre Diego Luna, Gael García Bernal y Maribel Verdú, como en la escena playera de la película “Y tu mamá también” de Alfonso Cuarón, cualquiera sospecharía que se está tejiendo, bajo la bitácora despechada de Marco Antonio Solís, una historia de desamor.

En La Caneca sobrevive una inmensa rockola que te oferta una canción por cien bolívares soberanos. Señorea como una madama centenaria al fondo del bar, ofreciendo la homilía. A sus pies han ido a comulgar los más bravos, y han caído rendidos entre sus faldas sollozando, porque la amada se fue sin decir adiós. Pero, como casi todos los besos que se han sellado a su alrededor, se trata de un ardid.

Ana se encarga de romper el hechizo: “no hombre, eso es una computadora” nos revela sin piedad, como despojándonos de la

...En La Caneca sobrevive una inmensa rockola que te oferta una canción por cien bolívares soberanos. Señorea como una madama centenaria al fondo del bar, ofreciendo la homilía...

virginidad de nuevo. Y es verdad. No hay ranura por dónde meter el fuerte, ni un brazo mecánico atrapa un disco de vinil para ponerlo a roncar. Los cien bolívares se los das en efectivo a la encargada y desde unos altavoces invisibles suena un tururururú que activa el artefacto y ahora sí, puedes punzar un juego de botones hasta dar con la pieza digitalizada que deseas escuchar y que, de paso, te ofrece un video clip que nadie espera. Desde un cintillo de pantalla en su extremo superior, relampaguea un anuncio tajante: “En su tasca La Caneca tomará la cerveza más fría de la zona, acompañado de bellas mujeres”.

*...Él las corteja como
un monarca en moto,
y encienden su fiesta
particular sin gradería. A
ratos bailan en pareja,
ahora los tres, ahora solo
las dos, pero la diversión
es escandalosa...*

Llegan como una tromba de hormonas el Braian, Wisleisy y Yaximar. Él las corteja como un monarca en moto, y encienden su fiesta particular sin gradería. A ratos bailan en pareja, ahora los tres, ahora solo las dos, pero la diversión es escandalosa, fugaz y esterilizada, y así como llegaron con sus cascos y sus aspavientos, cual huracán sobre la cuenca del Caribe, se van dejando una estela de silencio y restos regados sobre un salón que de nuevo queda desolado un viernes por la tarde.

La rockola ha de tener toda la música del mundo, nos va contando Ana, y ciertamente todas las que sugiero van apareciendo como un redoblante de tambores antes de que aflore la oscuridad y su piélagos de sombras. Claro, música de la noche: bachata, bolero, vallenato, ranchera, y como para no dejar por fuera cierta vanidad cosmopolita, reguetón, llanera, merengue, salsa cabilla y una que otra balada pop.

60 años atrás, La Caneca era el núcleo del mundo: escala apresu-

rada del funcionariado en pos de caricias baratas, escondrijo de conspiradores, esquina de almuerzos tropicales, punto de encuentro de una diáspora provinciana que arribaba al Nuevo Circo despeinada, delirando con el Dorado de concreto. Las oleadas migratorias traían a la capital, sobre todo, ejércitos de impúberes huyendo del hambre que no lograban saciar ni en Tucupita ni en La Grita, ni en Calabozo ni en Puerto Ordaz, y se aposentaron entre La Lecuna, Quinta Crespo y San Martín para rastrear empleos. Y lo consiguieron rápido. Eso sí, a cambio de piel.

Se enamoró en el bar

Ana llegó desertando de la miseria. Dejó atrás Capaya, Miranda -donde sus parientes festejan un parentesco probable con el mismísimo Libertador- aspirando encaminar su destino. A La Caneca entra a las 10 de la mañana; primero se encarga de la limpieza y, a lo largo del día, atiende como anfitriona a una clientela cada vez menos distinguida y menos clientela, pues lo que queda, cuenta, son los restos.

“Aquí llegó a haber hasta 15 mujeres, de las más bellas de todo esto, y los hombres incluso permanecían parados porque no quedaba puesto en las mesas”, asegura mientras escudriña como un barco a la deriva a su alrededor, desenmarañando el pasado. “La última de las ficheras se fue ayer”. Era una niña que al final se supo que no pasaba de los 17 años y, de paso, se embarazó de un cliente.

...La Caneca era el núcleo del mundo: escala apresurada del funcionariado en pos de caricias baratas, escondrijo de conspiradores, esquina de almuerzos tropicales, punto de encuentro de una diáspora provinciana...

Sin embargo, en la medida en que avanzan las horas el bar se va poblando de nuevo y, aunque no hay “mesoneras” fijas, van retonando desde la nada las mujeres que esperan. “Aquella es decana, tiene como 19 años fichando”, y señala a la barra donde descansa sobre una silla de metal, una distinguida dama de aspecto nubloso, que poco a poco se va borrando como un espejismo, entre un trago y otro.

En la puerta espera un enjambre inestable de muchachas que van y vienen, cruzan la calle, corren hacia la plaza, huyen hacia la otra esquina, o entran y piden el baño prestado, o alquilado.

Fichar es una labor elemental. Las chicas se sientan en la mesa y aceptan beber con el que las invite.

Por cada trago reciben un ínfimo bono especial pues, como es sabido, la casa nunca pierde. Ya queda en pareja pactar un destino de amor que bien puede fraguarse entre los “mata-deros” indescriptibles de los alrededores, o donde les coja la noche.

Ana no ficha, nunca le gustó. Llegó pidiendo empleo y se encontró con una tarea sencilla: sonreír. Confiesa que ha atravesado la existencia con fascinación loca, y de su valija vital

extrae oficios como enfermera y chef, un hijo de 19 años que estudia y una puntualidad marcial para atender a su marido en casa a la hora acordada. Lo conoció en el bar, un cliente asiduo de 67 años con el que descubrió la felicidad y a quien le plancha 5 mudas para la semana, y le confecciona el almuerzo para dos o tres días de una vez. “Usted no sabe lo que es querer hasta que no es feliz sirviéndole un plato de comida a su marido” reflexiona con un

...Ana no ficha, nunca le gustó. Llegó pidiendo empleo y se encontró con una tarea sencilla: sonreír. Confiesa que ha atravesado la existencia con fascinación loca...

brillo elemental en su sonrisa.

A las 7 de la noche se dispara por entre las rendijas del centro, donde no todo ha sido feliz siempre, y una vez la golpearon tanto para asaltarla, que le hicieron perder al bebé que venía en su vientre. Va hipnotizada al encuentro de su hombre, con esa celeridad feroz y heroica, a pesar del fatalismo de algunos cronistas reverenciados que nos hablan de nuestras “verdades” desde los tópicos del miedo, como el argentino Martín Caparrós, que hace unos días nos dijo del horror que implica salir a la calle en la Caracas de los días que corren.

A sus 42 años, y antes de culminar su turno en La Caneca, un bar de ficheras de La Concordia que tuvo mejores tiempos, Ana jura que, por fin, ya sabe a qué se parece el amor.



Una porno y una flor

Mi proveedor de porno del centro de la ciudad, en los pasillos de las Torres de El Silencio, me miró suspicaz cuando regresé a sus predios, donde gobierna con lascivia: “¿Usted por aquí?... ¡Tanto tiempo!”. No me atreví a revelar que el triple X y sus encantos migró conmigo a la internet, donde tiene un reinado poderoso e imbatible, y es más barato. “¿En cuánto están?”, pregunté con un dejo de nostalgia. “15.000 para usted”, me indicó con tono aprehensivo, como la amante que ofrece sus

besos al alza cuando uno regresa buscando reconciliación.

Al lado de Evil Angel, una peli de la franquicia Private que exhibe en su portada a una descomunal pelirroja abierta de par en par, Resident Evil, la película de Paul Anderson, en 5.000. Un poquito más allá, la señora Francisca, vendedora de los peluches para enamorados más espantosos del Centro, sentada como una flor tersa en el desierto, buscando con la mirada serenar sus horas de desaliento.

“¡Ay, mijo!, pronto voy a tener que cerrar”, adelantó antes de mi pregunta. Un arreglo de globos rojos con la inscripción “I love you”, un oso de felpa mugrienta y un chocolate Carré como piso alcanza, fácil, los tres palos.

Precios hay por montón y para todos los gustos: la obra más ela-

...Al lado de Evil Angel, una peli de la franquicia Private que exhibe en su portada a una descomunal pelirroja abierta de par en par, Resident Evil, la película de Paul Anderson, en 5.000...

borada, con dos globos hinchados de helio y tres estrellas acristaladas, un perrito ajado sobre un columpio que no oscila hacia ningún lado y una taza de porcelana con el nombre personalizado, se cotiza en 8 millones. “¿Así quién puede?”, se pregunta, y se responde: “La gente prefiere comprar comida antes que dar 4 millones por un pedazo de oso Teddy”.

Capullo

Pero en Caracas reina el amor. La comprobación empírica permite establecer que los gestos del romance cotidiano siguen en pie, pese a los embates de la economía. “La que más se vende es la rosa”, nos dice un gocho de Quinta Crespo mientras poda un ramito de girasoles con follaje de pino y eucalipto, que primero me ofrece en 280.000 y luego rebaja, por órdenes directas del jefe, a 220.000, como si hubiera percibido en mí el rostro de un amante atormentado. Las más buscadas son las rojas que, como todos saben, representan la pasión. En estos días escasean; nadie me supo explicar por qué. Una rosa está en 70.000, precio promedio. El capullo rosado tiene una presencia categórica en el centro de Caracas, donde ofrece su imagen vintage de envoltura aterciopelada, para quienes invocan un pasado cercano, en el que la plata y el deseo permitían agrupar amantes en la geografía errante de los instintos.

Si se trata del comienzo de la relación, una rosa blanca es un clásico. Las rosas de color rosado son también inofensivas, más

*...Un poquito más allá,
la señora Francisca,
vendedora de
los peluches para
enamorado más
espantoso del Centro,
sentada como una flor
tersa en el desierto...*

adecuadas para muchachas jóvenes. Hay que evitar el amarillo, porque dicen que traduce que eres infiel.

Las flores, cuentan todos, ya no vienen de Galipán. Casi todas hacen un tour imposible desde Bailadores, estado Mérida. Algunas provienen de Colombia, como las gerberas y las rosas; unas pocas de El Jarillo y San Cristóbal. Del poblachón avileño apenas si sobreviven la cala blanca y el eucalipto.

Baby girl

En La Concordia abundan los hoteluchos de mala muerte y las barberías de viejo cuño. Los mataderos sirven, ya sabemos, para el desahogo fortuito del amor, y las peluquerías para cincelar la belleza. Sobreviven pocas de las esquinas y los quioscos que antes polinizaban de frescor recién talado el centro de la ciudad, ofreciendo su festival de pistilos al mejor postor.

...En un local de portugueses, a una cuadra de la plaza, un museo del horror se erige entre elefantes roñosos, corazones entumecidos...

En un local de portugueses, a una cuadra de la plaza, un museo del horror se erige entre elefantes roñosos, corazones entumecidos y peluches agonizantes. Los dueños, hijos de Madeira, juran que la oferta natural cayó en 50%. En cambio, los arreglos de fruslerías no se ven-

den en absoluto. Un trasto de Baby Girl se observa al fondo como el monumento decadente a los amores contrariados: son dos peluches de Hello Kitty (macho y hembra) sobre la base de una caja de regalo coronada con un lazo rojo, fundidos en un abrazo desolador. “La gente prefiere comprar maticas de tomillo, romero, albahaca, malojillo, orégano y menta para

regalar”, afirma la portuguesa, en un lenguaje ininteligible.

Bachaqueros del amor

Ahora que es abril y las matas de mango florecen y frutecen a la vez, la Revolución recuerda la épica del retorno de Chávez, y la historia patria se regocija en la gesta emancipadora de 1810, hay jevas que antes que un peluche o una flor, prefieren que les regales un paquete de harina pan. Es el sino de los tiempos: un corazón de chocolate cuesta el monto exacto de un salario mínimo o se acerca al Bono Independencia.

La margarita podrá simbolizar la inocencia y la pureza, el clavel orgullo y belleza y los lirios fertilidad y crianza. Pero las connotaciones de un kilo de caraotas negras no tienen parangón, ni en el amor ni en la guerra.

“Pero eso es una apreciación subjetiva tuya”, me aclara un sabio como Carlos Cova, editor jefe de *Épale Ccs*, quien no cree que un peluche sea un argumento débil en el contubernio del amor. Bien que coronó -recuerda- durante los días de gloria, cuando un oso a escala real era de fácil acceso, cualquier mes del año y con un sueldo de corrector de textos.

Decía la cándida letra de una canción de la banda caraqueña Sentimiento Muerto: “El amor ya no existe, hay que hacerlo”. La conclusión contundente de esta apreciación bien puede ser sustituida por una aspiración postmoderna: el amor sí existe, pero hay que complementarlo con productos de la cesta básica; regales o “bachaqueados”, da igual.



De las costas de Vargas el susto

Si alguien me hubiera pronosticado en la mañana que acabaría el día cantando alabanzas al Señor, a las 10 de la noche, durante la apertura de una vigilia por la paz mundial que ofrecía una iglesia evangélica en el centro cultural y deportivo de Naiguatá, me habría parecido absurdo. Que nuestro recorrido por la costa dorada del Litoral Central terminaría de forma dramática y anticipada por un tropiezo casi mortal, menos que imposible.

...Vargas es una incógnita velada por el manto del estío. Sus más de 150 kilómetros costeros de bahías infinitas, pueblitos desolados, muelles desconchados, cementerios de barcos vencidos...

Vargas es una incógnita velada por el manto del estío. Sus más de 150 kilómetros costeros de bahías infinitas, pueblitos desolados, muelles desconchados, cementerios de barcos vencidos y restos del kraken regados por sus arenas -a media hora del centro de Caracas-, parecen más que razón suficiente para mantener a esa apretada línea de tierra sacudida por el Mar Caribe y cobijada por la Cordillera de la Costa, como una tacita de cristal labrada en conjunción por la mano del hombre y de la naturaleza.

Si bien las fuerzas primitivas de la tierra han permitido dotar a su litoral de una belleza de gasa chamuscada, modelada por la potencia abrasiva de las aguas y del viento, la inercia le ha permitido sobrevivir y ser, a pesar de todo, un destino extraordinario para los que buscan playa, selvas y ríos

en estado semisalvaje.

Desde Naiguatá, en sentido este, pasando por Osma, Oritapo, Todasana, Urama, La Sabana, Caruao y Chuspa hasta besar la línea fronteriza con el estado Miranda, a través de Chirimena, la carretera de la costa va serpenteando paisajes lunares imposibles, entrando al mar y emergiendo de sus espumas como Yemayá, con aerolitos dispersos a modo de restos volcánicos labrados por olas brutales hasta adquirir formas caprichosas de catedrales en ruinas, o miradores escultóricos dispuestos para los pelícanos en orgía mientras afilan sus radares de pesca.

La vía, bombardeada en algunos tramos que han acabado casi inservibles a lo largo del camino, sube y baja como una montaña rusa flanqueando barrancos absorbentes y paredes verticales de piedras movedizas que de vez en cuando, con cada lluvia, escupen rocas colosales que cortan el paso y recuerdan, con rumor de pánico, los deslaves de diciembre de 1999.

Mar de fondo

Nos habían dicho que todo eso estaba absorbido por la delincuencia, que las posadas estaban cobrando en dólares, no había comida y los pecadores y posaderos eran muertos vivientes deambulando hipnotizados por el hambre. Genoveva Bolívar, una matrona gruesa y alegre sentada debajo de una churuata de hojas de palma en la orilla de la playa de Todasana, nos reveló la verdad: “Nosotros somos un pueblo fiestero,

...Desde Naiguatá en sentido este, pasando por Osma, Oritapo, Todasana, Urama, La Sabana, Caruao y Chuspa hasta besar la línea fronteriza con el estado Miranda a través de Chirimena..

bonchón, con parranda en diciembre, santos inocentes, el carnaval, coronación de la reina, samba, comparsas; tenemos velorio de Cruz, baile de San Juan, y el tambor de Todasana que es el mejor en todas estas costas”.

La alegría de vivir, honesta e inagotable, es la manera que tiene el pueblo de afrontar las dificultades, y un arma defensiva de los pescadores y agricultores de esos parajes que no se dejan someter por los malos augurios y que si se les dificulta ofrecer comida, porque no hay punto, ni luz, ni agua, ni gas, sacan la mantelería

y disponen mercancía de tocador para vender en el mismo muelle desde donde zarpan las humildes embarcaciones a depositar turistas en las paradisíacas y lejanas playas de Majaguán, Caribe, Mono Manso y Los Indios. Como Marlene Zambrano que, cuando no alquila la casa de su comadre -con cocina, nevera y ventilador-, vende desodorantes y jabón azul en un costado del bulevar que corona el antipático busto del conquistador Francisco Fajardo, que a mediados del siglo XVI desembarcó

*...Los pescadores
parten de madrugada.
Se internan 33
millas mar adentro
dejándose mecer por
el intenso oleaje, con
temor a los piratas...*

sobre las arenas metálicas en sus primeros amagos de conquista de las tribus caracas.

Los pescadores parten de madrugada. Se internan 33 millas mar adentro dejándose mecer por el intenso oleaje, con temor a los piratas de aguas saladas y de aguas dulces. En la orilla los asaltan con el precio del aceite para motor que adquiere una organización de base (la Asociación de Pescadores de Guanape), a través de subsidios del estado, que luego revenden por encima de 20 veces

su valor. Los piratas de alta mar los someten, les obligan a tenderse sobre el fondo de sus embarcaciones y los despojan de los motores y la pesca, dejándolos muchas veces peligrosamente a la deriva. Pero no logran arrebatárles la sonrisa perlada que aflora de sus labios.

Amada Castillo no pudo salir a pescar por culpa del mar de fondo, pero ante nuestra búsqueda desesperada de alimentos nos ofreció cariñosamente llegarse hasta su casa para freírnos unas empanadas y amortiguar el almuerzo. “Ven

pa’ decirte mi eslogan: si quieres comerme un buen pescaíto frito y unas ricas empanadas, visita el rinconcito de Amada... más nada, ja,ja,ja,já”.

Es una exageración afirmar que están abandonados. El gobernador del estado, Jorge García Carneiro, parece estar absuelto ante la opinión pública por su buena índole (hasta los escuálidos lo adoran): en casi todas las esquinas de la entidad se habla bien de él. Hay una evidente preocupación de su gestión por la calidad de vida, por eso que Chávez llamó el “buen vivir”. A las obras de la Cinta

Costera, la plaza Bolívar y Chávez, el Parque Temático Armando Reverón, el terminal de transporte interurbano y suburbano La Guaira-Naiguatá-Caruao, el gimnasio vertical de Mare Abajo, el estadio de los Tiburones (que va ralentizado), la ciclovía (que en algunos tramos es devorada por la maleza), la ornamentación carnestolenda que desde ya engalana la entidad y las playas en óptimas condiciones, se le debe agregar un trabajo consecuente sobre

...La chamba de la pesca es cosa fácil, cuentan los muchachos con erudición de sabios espartanos. En una jornada de media mañana es fácil coleccionar hasta 80 o 100 kilos de pesca...

los tramos de asfalto y pavimento que se han visto afectados por los constantes derrumbes, como el trayecto que sale de Naiguatá a Playa Los Ángeles y el puente de La Sabana.

David Curvelo pesca desde hace más de 50 años frente a las playas de Chuspa. Piensa en retirarse cuando cumpla la venerable edad de 70 años, en menos de una década, pero por ahora parte cada madrugada en busca de lisa y lebranche, que son su especialidad.

También abundan el cazón, pez espada, atún, pargo y cojinúa que atrapan Michel Camacho y cuatro tripulantes más dedicados a las faenas mar adentro, cuando no hay turistas para movilizar en sus naves con motor fuera de borda.

...un pargo o una cojinúa frita llegan a costar entre 350 y 400 mil bolívares con sus contornos, dependiendo del peso...

7 Puentes

La chamba de la pesca es cosa fácil, cuentan los muchachos con erudición de sabios espartanos. En una jornada de media mañana es fácil coleccionar hasta 80 o 100 kilos de pesca que luego venderán entre 120 y 180 bolívares el kilo a los posaderos y negocios locales, o a los intermediarios

de distintas procedencias, que luego ametrallarán al consumidor de la urbe con sus precios de “dólar today”.

En un quisco de techo de zinc y cervezas calientes, en alguno de los corredores turísticos que solo fluyen en temporada, un pargo o una cojinúa frita llegan a costar entre 350 y 400 mil bolívares con sus contornos, dependiendo del peso.

Los pueblitos, trazados por la conquista y adoquinados por indios bravíos y negros esclavos, no se ven sembrados por el desorden

132

sinfónico de la civilización. A pesar de las puertas y ventanas abiertas para que corra el calor, existe una sensación de lugar deshabitado, devastado por la borrasca. Pero en los palmos de sombra reinan los pescadores recios, auténticos jinetes de la mar con los brazos forjados en acero y marchitos por el sol, que también encuentran tiempo para el béisbol profesional, pues de allí han salido varios nombres que han brillado en el firmamento del deporte rey de los venezolanos, como los grandes ligas Ángel y Kelvin Escobar y Adonys Cardona. También son de allá apellidos como Ugueto, Blanco, Izaguirre, Echarry, Gámez, descendientes directos del árbol genealógico del mestizaje. Miguel Ángel Romero vive plenamente del turismo. Como muchos otros, alquila su lancha en 50 mil por persona, hasta llenar al menos 12 puestos que justifiquen el viaje hasta los destinos más alejados del litoral, donde la gente aprovecha la soledad paradisíaca y lo abrupto del paisaje para hacer turismo “made in casa” pero con sabor a alto standing. Trabaja con efectivo y punto, y atiende a su gente con pasión desbordada, siempre que paguen y pidan varios mandados, que incrementen la comisión y garanticen su regreso para una próxima temporada.

Bullen la alegría de la subsistencia, el sopor en la epidermis, la humedad del follaje y la negritud marcada con el hierro hiriente de la nostalgia. En la entrada a La Sabana el marialonzero Diego

...En la entrada a La Sabana el marialonzero Diego López ofrece desde hace 10 años un brebaje ensalmado a base de “lecho vacuno” que se extrae de un árbol local y que sirve para sanar todo el cuerpo y parte del alma ...

López ofrece desde hace 10 años un brebaje ensalmado a base de “lecho vacuno” que se extrae de un árbol local y que sirve para sanar todo el cuerpo y parte del alma, con algarrobo, artemisa, orégano, propolio y varios ingredientes secretos en botellas de a litro. Nos hace ingresar a su altar de consultas, al fondo de un bosque de cariaquito morao, y las energías desatadas nos remueven el escepticismo. Del patio nos robamos tres ajicitos picantes y salimos de allí con un pálpito, que luego recibiría la confirmación de los poderes vengativos del más allá.

Se atraviesan siete puentes gravitando sobre los innumerables ríos que vierten con fuerza tropical sus aguas turbias en la herida costera, desde el macizo montañoso que juguetea con el Waraira Repano y le dan al paisaje un aura apocalíptico.

Tan relajados de regreso y enamorados, como siempre, de nuestro pueblo combativo que contradice con hechos las matrices mediáticas, y de repente ¡tracataaaaannnnn! como canta el insigne Rubén Blades: “Pito, choque y la pregunta: ¿Qué pashó? Pa’ la eternidaaaa”. Unos borrachos nos embistieron y estuvieron a punto de frustrar esta crónica festiva.



Una pandilla de exorcistas santiguando la ciudad

Lo único misterioso, a simple vista, de Lala y Beatriz Ferreira Goncalves, es que son idénticas, como dos gotas de agua infernal. La sensación que producen es que estás viendo doble: la mujer y su sombra, la tesis y la antítesis espectral de la misma portuguesa, a Jekyll y a Mr. Hyde con el mismo aspecto, o a Dorian Grey y su retrato madeirense. De resto, son como dos pancitos dulces. Muy panas y sabias en materia del más allá. Ellas conforman, junto a Denitze Veludo, Darwin Ortega y Carlos Oliveros, el Círculo del Miedo, una cofradía de cazafantasmas tropicales que lo menos que meten es miedo, pero con los que se pasa del carajo una tarde persiguiendo espíritus en los meandros de la ciudad, porque Caracas y sus alrededores -afirman ellos- están plagados de entidades superiores, oscuras, negativas, malignas, que te poseen y anulan, que están ahí a veces para el bien, pero la mayoría de las veces para el mal.

Lo de ellos es escudriñar los asuntos paranormales, investigarlos, medirlos, darles sentido y narrarlos con criterio de redes sociales a través de su perfil en Facebook, que ya cuenta con 7.500 seguidores, además de las visitas fortuitas que algunas veces suman más de 100.000 “me gusta” sobre algunas de las historias más escalo-

...La sensación que producen es que estás viendo doble: la mujer y su sombra, la tesis y la antítesis espectral de la misma portuguesa, a Jekyll y a Mr. Hyde ...

friantes, como la de las momias del doctor Knoche en el Waraira Repano o la Casa del Fin de los Tiempos de El Paraíso, que a cualquiera ponen los pelos de punta.

También colaboran para portales nacionales y extranjeros, donde tienen pegada trasatlántica y ofrecen sus fortalezas: utilizar los instintos a la hora de investigar, más allá de los que se conforman sólo con los equipos electrónicos. “Nosotros usamos todos nuestros sentidos y artilugios técnicos, los péndulos, varillas de radioestesia, las mansias, el Mel Meter, grabadora de video y de

audio para descubrir qué fue lo que sucedió, qué mensajes quieren transmitirnos desde el más allá y traducirlos en esta dimensión”.

Tampoco andan uniformados, armados con disparadores nucleares de protones de alta capacidad, ni se desplazan en una ambulancia Cadillac del 59, como los Ghostbusters atravesando la avenida Francisco de Miranda, sino a pedal y bomba, completando el sencillo para el pasaje en el Metro, pero llenos de una vitalidad excitada por las señales que para otros pasarían desapercibidas: estremecimientos al recalar en el baño de un restaurante chino, déjà vu telúrico al escuchar a Ramos Allup hablar de futuro, sinsabor del paladar

... ni se desplazan en una ambulancia Cadillac del 59, como los Ghostbusters atravesando la avenida Francisco de Miranda, sino a pedal y bomba, completando el sencillo para el pasaje en el Metro, pero llenos de una vitalidad excitada por las señales que para otros pasarían desapercibidas...

al saber que van a explotar el arco minero del Orinoco, sudores al ir a chequear el precio de algún producto de la cesta básica en un auto-mercado, y así.

Va de retro

Veludo tiene un toque de malicia en la mirada. Hay algo en la profundidad de sus ventanales verdes que hace presumir que alguna vez voló de noche sobre una escoba flotante. Denitze es Ministra Extraordinaria de la Eucaristía, preparada por los sacerdotes salesianos. Tiene licencia para exorcizar y no le gusta la poesía, a menos que sea macabra. “A la gente, aunque pase miedo, le gustar acercarse a lo desconocido, a algo que no esté desvelado”, dice antes de sacar su Mel Meter y activarlo para requisar presencia incorpórea en el templo Dulce Nombre de Jesús de Petare, un punto neutral entre el más allá y el más acá en el que nos dimos cita, con un pie en el acelerador del “bachaquismo” crónico y el otro en el altozano de un portal a la dimensión desconocida.

La iglesia de 1621, ubicada al frente de la plaza Sucre, es un reconocido epicentro de actividad paranormal.

Se dice que hay un monje sombrío que vaga por las noches, imágenes que en fechas de procesión duplican su tamaño y no se dejan sacar a través de las puertas principales, santos milagreros como el mismísimo Niño Jesús o el Cristo de la Salud. Entre otros vestigios de la memoria y el olvido cuenta con un extraordinario retablo mayor, ubicado en la pared de fondo del presbiterio, hojillado en oro, que no ha sido casi tocado desde el siglo XVII. Entre sus pasillos exhibe losas cinceladas con los nombres de ilustres desconocidos. No es difícil presumir que allí pasan cosas ocultas por los arcanos de lo esotérico. El Mel Meter (detector electromagnético infaltable

*...La iglesia de 1621,
ubicada al frente
de la plaza Sucre,
es un reconocido
epicentro de
actividad
paranormal...*

en el kit de cualquier cazafantasmas) no registraba alta energía aunque sí cambios bruscos de temperatura. “Eso indica que hay calor pero que, residualmente, no hay una energía fuerte, lo cual debe significar que las presencias no están”. Las chicas estaban sudando y llamaron la atención de mi aspecto distendido. “Quizás estás bloqueando la energía, pero nosotros venimos preparadas a recibirla”.

En La Casa del Fin de los Tiempos de El Paraíso, la cosa fue distinta: los valores eran altísimos y el grupo logró ver a dos mujeres ectoplasmáticas y grabar la sicofonía de un niño. La vivienda, que alguna vez perteneció al jefe de la Seguridad Nacional, Pedro Estrada, y cuyos sótanos insondables sirvieron de centro de tortura durante la represión perezjimenista, fue locación para la película de terror de 2013 del mismo nombre, protagonizada por Ruddy Rodríguez. Hoy es una sede PSUV.

Lo de Caricuao sí fue heavy metal. Cuentan que lo que sucedió allí movió los cimientos del grupo y provocó la salida de unos cuantos cautivos del pánico. Tenían que investigar a una dama que estaba poseída. La noche anterior una de las integrantes del Círculo soñó que ingresaba a una habitación donde había una peinadora y una mujer se alisaba los cabellos convertidos en hebras de fuego. Así y todo trataron de llegar al sitio al día siguiente con gran esfuerzo: autobuses que no pasaban, moscas que atravesaban ventanas, hasta que llegaron al apartamento y, tal como lo soñaron, había una peinadora y, en la sala, cuadros sobre incendios y hogueras.

Comenzaron los rezos y todo se volvió un tráiler de El Exorcista: lámparas que tintineaban, olores intensos, sensaciones incómodas y la repentina petrificación de una abuela de lentes oscuros que empezó a hablar en distintas lenguas. Cuando le dieron la mano a la señora para despedirse y dejarle el pelero, ésta atenazó a las gemelas y no las soltó más, mientras Denitze rezaba sortilegios libe-

radores. Uno de los compañeros trató de ayudar a desentrañar el nudo de brazos y lo que recibió fue un corrientazo que le atravesó el cuerpo y estalló en su corazón. No le quedaron más ganas. La abuelita endemoniada, que permanecía rígida, fue recostada sobre un mueble mientras hablaba con voz de niña dulce (“esas son artimañas del demonio”, nos explica Denitze) y recibió un bombardeo de oraciones de exorcismo, a todas estas sin soltar a las gemelas con una fuerza invencible, hasta que invocaron el Salmo 91 de la Biblia: “El que habita al abrigo del Altísimo morará a la sombra del Omnipotente. Diré yo al Señor: refugio mío y fortaleza mía, mi Dios, en quien confío. Porque Él te libra del lazo del cazador y de la pestilencia mortal...” La mujer (o la entidad que la poesía) empezó a repetir con tonos misteriosos la oración hasta, finalmente, tranquilizarse y soltar a las portus. Salieron de ahí volando, con dolor de cabeza, malestar y un pinchazo en el corazón. “Y, entonces, ¿por qué lo hacen?”, pregunto perturbado: “porque amamos el misterio”.

Zape, gato

“Nuestro interés es rescatar leyendas y mitos de la Venezuela pasada que los jóvenes ni conocen. Cuando posteamos las historias en la página, hay mucha gente que dice que tiene toda la vida viviendo en ese sitio y nunca habían visto tal cosa, así que nos acusan de mentirosos. Bueno, no todo el mundo tiene la sensibilidad de presentir actividad paranormal o no todas estas presencias quieren dejarse ver”, dice Veludo. La estación del Metro Gato Negro, el Camino de los Españoles,

... El que habita al abrigo del Altísimo morará a la sombra del Omnipotente. Diré yo al Señor: refugio mío y fortaleza mía, mi Dios, en quien confío. Porque Él te libra del lazo del cazador... ” ...

La Pastora (donde aparece la famosa Mujer de los Cachos); el tren de El Encanto y Villa Teola en Los Teques; y la casa del Club Caraballeda, en el Litoral, han sido algunas de sus locaciones. También son asiduas informantes, cual brujas cibernéticas, de cómo celebrar la noche del Walpurgis con calabazas ensangrentadas y todo, hechizar a través de fotografías, utilizar correctamente atrapasueños, hacer limpiezas rituales y narrar historias increíbles como la de Franklin Tortoza, un hombre que cohabita con el demonio Merlsum en los Altos Mirandinos.

“¿Se sienten cazafantasmas?”. “No” -salta Beatriz-. “Investigadores paranormales. Nosotros en realidad somos muy sensitivos y mucha gente se nos acerca para averiguar qué es lo que sucede en su entorno”. “¿Qué buscan ustedes?”. “Pues, conocer la historia. Si hubo un enterramiento, un tesoro oculto, un suceso, una muerte, algo que haya marcado ese lugar”, remata Lala.

Como buen ateo, que en momentos de pánico se persigna y entona un Padre Nuestro, debo concluir diciendo que esta nota permaneció detenida durante muchos días, sin poder salir del tintero. No terminaba de fluir, quizás, por alguna razón superior y desconocida. Al redactarla, lo juro, se bloqueó internet, se borró misteriosamente el texto casi al terminar y, finalmente, pude rehacerlo entre muchos tropiezos inexplicables, incluyendo una indisoluble sensación de sombra que me escudó de principio a fin durante todo el proceso. Huelga decir que, al poner el punto final, e incluso después, permanecí cagado.



Hacia Higuerote, cocodrilos

Viernes de cacería. Nos fuimos a Higuerote con nuestro kit de Cocodrilo Dundee, contentivo de un abrazo sombrío y una advertencia premonitoria para el camino: “No te dejes comer, mira que caimán no come caimán, y si lo come lo vomita, pues las mujeres bonitas, con cualquiera se nos van”, dijo, en tono aprehensivo -sabiendo mi debilidad por la negritud- la madre de mis hijos, previendo un desenlace carnal a orillas de la mar bravía que últimamente arroja chapapotes de aligatóridos que mantienen a todo el mundo pendiente, mas no asustado, en esos barloventos. Más miedo le tienen a un apellido, el tal Capracio, que me exigieron los vecinos que no volviera a pronunciar en esas tierras más nunca. Tienen oídos en todas partes, ojos que lo ven todo, son los dueños y señores y han causado más muertes que las que han ocasionado los descendientes visados de los dinosaurios. Además, son los únicos negros miembros de “La Camorra”.

En Higuerote y Carenero todo el mundo es “caimanólogo”. Desde Cuchivano hasta el caño Ganga, pasando por la laguna La Reina o La Playita, no hay quien no haya visto un bicho de esos merodear a sus anchas, como si estuviera reclamando antiguas posesiones. Betania Palacios, una negra de piel aceitunada, sentada a orillas del puente de Carenero esperando su autobús, es de las que han

... Más miedo le tienen a un apellido, el tal Capracio, que me exigieron los vecinos que no volviera a pronunciar en esas tierras más nunca..

escuchado algo, pero no saben nada. Rara excepción.

Tres panas, a la entrada del Carenero Yacht Club y bajo una lengüeta de sol ardiente, fueron más concretos: “Si los quieren ver, tienen que venir tempranito en la mañana, o en la tardecita, cuando salen a comer”.

Mayyuly Castellano, trabajadora de Hidrocapital sistema Barlovento, cuyas oficinas están bordeadas por las misteriosas estribaciones de los canales de Higuero, tiene su propia historia. Cuenta que durante una escapada, una tarde de esas en que los bostezos de oficina son más letales que un memo de amonestación, se asiló en el abrevadero más cercano junto a una compañera, aprovechando que el jefe estaba de inspección. Como en la segunda rondalla, una vaina que no llegaba a culebra pero tampoco parecía un delfín, serpenteó casi por entre sus piernas, a orillas de Playa Chocolate, para devorar algo en un lance atrevido y desaparecer velozmente entre el oleaje marrón del viscoso litoral. Era una cosita chiquitica y casi tierna.

...El Monstruo, un animal de 11 metros que sembró el terror entre los higueroes. Dicen que en Valle Seco tienen a uno de mascota...

Un superviviente

Todos tienen algo que decir. Cuentan que por los años 90 se hizo muy famoso “El Monstruo”, un animal de 11 metros que sembró el terror entre los higueroes. Dicen que en Valle Seco tienen a uno de mascota. Es un cocodrilo cebado que los niños usan de peñero y las mujeres miran fijamente a los ojos en las noches de luna llena, para predecir el futuro. Comentan que en las ciénagas, entre el manglar, lloran como niños recién nacidos y a veces se asoman como bestias gigantes de lomos espinosos, que entornan sus ojos tristes, casi diciendo: “¿Qué me ven? ¿Nunca habían visto un cocodrilo? Todo el mundo viene y me moles-

ta, me jalan por la cola, me meten un dedo en la nariz”, como El cocodrilo rojo de Eduardo Liendo.

Todos saben algo que el otro no sabía. Los “guacuqueros” saben demasiado, es gente que lleva salitre en la piel y chocolate en el corazón. Son tipos que tienen historias increíbles, más irreales que la del caimán. Dicen que pueden sacar hasta 30.000 bolívares en un día, con el trabajo de extraer el guacuco de la playa, cernirlo con una malla o una cesta de verduras para separar a los pequeños que devuelven al mar, en un acto de ecologismo militante, y vaciar los grandes en una paila de latón que avivan con fuego, para extraer la pulpa que luego compramos en la pescadería. Parece sencillo, pero es un trabajo duro. Hay que pasar una tarde en Playa Chocolate para ver cómo es que se bate el guacuco, que es parecido a como se bate el cobre. Nos enteramos, gracias a esta gente del mar, que el cangrejo azul, también redivivo en el interludio del cambio climático, no se come cuando sale del hueco sino después de purgarlos con maíz.

De entre una montaña de conchas aparece Humberto Piñate, un cernidor. Tiene brazos de hierro y un humor manso, se ríe de todo. Es un superviviente. Hace un mes le corrió a un caimán y lo cuenta entre carcajadas. Estaba sacando su cosecha de las orillas pantanosas frente al Cabo Codera, que alguna vez fue caladero de guerrilla, cuando de pronto sintió una respiración a sus espaldas. Apenas voltear y fue ver a un monstruo de diez metros que se le venía encima. Como pudo corrió, cuenta, y vio a esa bestia despa-

...Todos saben algo que el otro no sabía. Los “guacuqueros” saben demasiado, es gente que lleva salitre en la piel y chocolate en el corazón. Son tipos que tienen historias increíbles...

recer bordando la ensenada para ir a dar a Cuchivano, donde los fines de semana revientan las minitecas, en carnavales y Semana Santa se presentan grupos en vivo y cualquier día de la semana, muy tempranito, se anclan los pescadores a descargar la captura que venden fresquita, a precios razonables. “Todo lo que dicen por ahí de los caimanes son cuentos”, advierte Piñate. Los supervivientes son siempre los más sabios.

Un experto

...la Alcaldía de Brión y Protección Civil y cuyas alertas obligaron a activarse cuando se reportaron a algunos especímenes vagando como borrachos extraviados por los embarcaderos....

Ilin Fuentes es el encargado del área de Vigilancia y Control del Instituto Nacional de los Espacios Acuáticos (INEA), con sede en la capitanía de puerto de Carenero, ubicada al final de la calle La Línea. Coordina el Comité de Zonas Costeras que, además, integran los bomberos marinos, Inparques, la Alcaldía de Brión y Protección Civil y cuyas alertas obligaron a activarse cuando se reportaron a algunos especímenes vagando como borrachos extraviados por los embarcaderos de Higuerote, Carenero, Río Chico y Tacarigua. Tanto, que la Organización Nacional de Salvamento y Seguridad Marítima de los Espacios Acuáticos de Venezuela (ONSA) divulgó un comunica-

do puntualizando algunos aspectos: “Presumiblemente, la aparición de estos animales se debió a las alteraciones en los niveles y temperaturas del agua de la Laguna de Tacarigua, así como de otros espacios naturalmente ocupados por estos reptiles. Solo los cocodrilos pueden vivir en agua salada o dulce debido a glándulas en sus bocas, mientras que los caimanes solo pueden vivir en agua dulce. Los cocodrilos son conocidos por ser muy agresivos en la naturaleza, mientras que los caimanes

son menos propensos a atacar a los humanos, a menos que hayan sido provocados. Los cocodrilos son animales carnívoros que se alimentan, cuando son jóvenes, de peces pequeños, ranas, caracoles, cangrejos e insectos. Los más grandes comen peces, ranas, reptiles, aves, carroña y diferentes tipos de mamíferos que se acercan al agua. La comunidad costera debe mantenerse atenta, debe evitar la presencia de animales domésticos y de niños y niñas cerca de cuerpos de agua salada sin la debida supervisión de adultos”. En caso de avistar a un animal, concluye uno, ¡corra!

Parece que los factores climatológicos influyen. El calor excesivo, El Niño. Hace tres años, en los fondaderos de Carenero, aparecieron muertas millones de sardinas Cola Amarilla que tapizaron las aguas de un gris metálico encandilador a cientos de kilómetros de distancia. Se cree que por razones similares. Ilin insiste: “Los que se han visto aquí son cocodrilos de la costa, como los que hay en el Parque del Este”.

En este momento, los organismos competentes están en la fase de ceba y captura de los animales para devolverlos a su hábitat natural. “El cocodrilo no ataca”, dice él, que es un tipo que sabe porque tiene a su cargo la vigilancia de 194 kilómetros de costa mirandina. Aunque, por las dudas, de todos modos ¡corra!

Un dundee retaco

Pero lo de los cocodrilos es historia antigua, tan vieja que está tatuada en la memoria curtida de los marinos. Como Pedro Mata,

...Pero lo de los cocodrilos es historia antigua, tan vieja que está tatuada en la memoria curtida de los marinos. Como Pedro Mata, pescador margariteño...

pescador margariteño que se alojó a mediados del siglo pasado en la plataforma continental, donde hoy regenta la cooperativa de turismo San Onofre, al lado del astillero de Higuerote. Es una pequeña sociedad familiar que ofrece viajes en lancha a Buche y Caracolito full day.

Conoció la pobreza extrema y la pobreza media, cuando las calles eran de tierra y un tren maltrecho cubría la ruta Higuerote-Río

...Lo que quedaba era para el festín culinario: "Lo más sabroso es la cola, sabe a chicharrón. Las patas son buenas también, se preparan guisadas..."

Chico cargando plátano, cacao y verduras, para luego partir desde los embarcaderos en vapores desvencijados hasta las Antillas Menores.

Fue un auténtico cazador de cocodrilos, la versión retaca de Cocodrilo Dundee, de metro y medio y el rostro lacerado por el sol de esa tierra ardiente y del tambor.

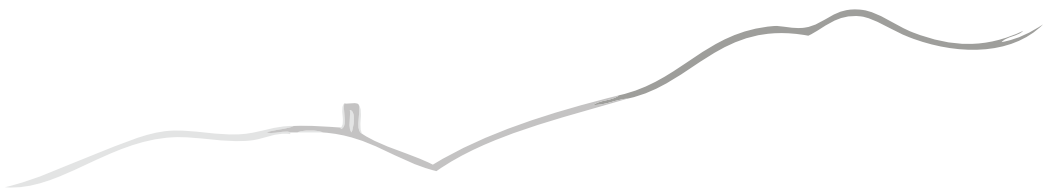
Con un alemán, se dedicó por muchos años a cazar caimanes para arrancarles el cuero, que luego vendían a una peletería de Sabana Grande. Lo que quedaba era para el festín

culinario: "Lo más sabroso es la cola, sabe a chicharrón. Las patas son buenas también, se preparan guisadas". "¿La carne es seca?", pregunto. "Qué va, es suavcita", responde con nostalgia. "También se comía seco, como el pescado; quedaba como bacalao, esmechadito, con platanito verde, topocho y funche".

A veces capturaban hasta seis caimanes en una noche de ronda. Recorrían en cayuco la costa -que no estaba tan desfigurada como hoy en día-, a remo y palanca, y los encandilaban con las luces sorpresivas que inmovilizaban en seco al animal, quedando petrificado como una bestia de cerámica. A veces se internaban en la

boca de los caños, tendían una red y esperaban hasta cuatro horas, cuando regresaban a buscar a los animales ya ahogados después de permanecer enredados dentro del agua más tiempo del natural. En el pueblo, calle Tocuyito de Higuerote, saben de caimán y de muchas cosas más. De una licorería emerge La Paola, una peluquera reverenciada por su destreza con las tijeras. Nadie repta para señalarla. Solo es una más. Así como César Márquez, que resultó la guinda de una jornada de caza que terminó sin una foto directa a los ojos del caimán, pero plagada de buenas intenciones. Don César, exguerrillero, comerciante informal, tratante de perlas, cazador de mariposas amarillas y hasta hipnotizador de rabipelados, es el que más sabe. “Yo no sé cuál es la vaina: aquí toda la vida hubo cocodrilos, y siempre nos llevamos bien”.





C·A·R·A·C·A·S P·A·R·A P·R·I·N·C·I·P·I·A·N·T·E·S

ÉPALE^{CCS}

